

VARGAS

POLÍTIAS E

HISTÓRICAS

(PAGINAS ESCOLIAS)



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

UNIVERSITY OF N C AT CHAPEL HILL



00014491196

POLÍTICAS É HISTÓRICAS

(PÁGINAS ESCOGIDAS)

OBRAS DE VARGAS VILA

HISTORIA

Los Providenciales.	Historia de una Revolución.
Bajo Vitelio.	Los Césares de la Decadencia.
Los Divinos y los Humanos.	La República Romana.
Siluetas Bélicas.	

POLÍTICA

La Regeneración.	Ante los Bárbaros.
Verbo de Admonición y de Combate.	Laureles Rojos.

ARTE

Prosas Laudes.	Ars Verba.
----------------	------------

ESTÉTICA Y FILOSOFÍA

El Ritmo de la Vida.	Huerto Agnóstico.
----------------------	-------------------

POESÍAS

Pasionarias.

NOVELAS

Aura.	Los Parias.
Lo Irreparable.	El Alma de los Lirios.
Ema.	La Simiente.
Flor del Fango.	El Camino del Triunfo.
Ibis.	La Conquista de Bizancio.
Las Rosas de la Tarde.	Páginas escogidas.
Alba Roja.	

CUENTOS

Copos de Espuma.

PARA PRENSAS

Tragedias Líricas	La Revolución y el Cesarismo.
Roma Imperial.	

EN PREPARACIÓN

Ex libris.	De la Solitaria Via (Memorias).
La cabeza del Bautista.	Al pie de la Esfinge.

J. M. VARGAS VILA

Políticas é Históricas

(PÁGINAS ESCOGIDAS)



LIBRERÍA DE LA V^{DA} DE CH. BOURET

PARÍS

23, Rue Visconti, 23

MÉXICO

Avenida Cinco de Mayo, 45

1912

Propiedad del Editor.

The Library
The University of North Carolina
Chapel Hill

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme á la ley.

POLÍTICAS É HISTÓRICAS

(PÁGINAS ESCOGIDAS)

PÁGINAS POLITICAS

vox clamavit.

No deshonremos con la bajeza el duelo de la libertad;

si no podemos salvarla, permanezcamos dignos de servirla;

sepamos llevar con majestad el duelo del derecho asesinado;

no coronemos con las flores del Silencio la frente del delito vencedor;

en esta apostasía colectiva de los pueblos contra la libertad;

en el espanto doloroso de las sociedades vencidas;

en el derrumbamiento de tantas cosas sagradas que parecían eternas, pongámonos de pie, acariciando las imágenes que surgen de esas ruinas al

lado de las cosas inmutables, y vueltos los ojos á las tormentas futuras, agitemos en las tinieblas la llama que no se extingue, y arrojemos el Verbo de la Esperanza á la tierra que gime bajo los escombros...

una marea angustiosa, una marea de infamia, sube con silencios de muerte al horizonte;

grandes cimas han desaparecido ya, y las que quedan de pie, tiemblan bajo el crepúsculo;

las últimas cumbres melancólicas, se ven aún perfilarse en agonía, bajo la tristeza infinita de los cielos;

todo desaparece, todo se hunde, en la bruma siniestra del naufragio;

y, el sol del vencimiento, alumbra con palideces vesperales, esa decoración de catástrofe;

un huracán de devastación, pasa por sobre los campos del Ideal, talados por hoces invisibles, y lleva los hombres y los hechos en un turbión de ráfaga otoñal, hacia abismos muy hondos, muy remotos...

es la hora del espanto indescifrable;

y, es necesario hablar al horror de esa hora, en ese limbo de miseria, donde grita el desastre;...

.

el oprobio vence, y es necesario luchar contra el oprobio;

si los dioses y los hombres decretan el silencio y la quietud, es necesario removerse aún en el fondo del sepulcro, rebeldes á los hombres y á los dioses;

es bello el gesto del vencido, que abofetea á dos
manos la Victoria;

la Victoria no es la Gloria;

el Crimen vencedor, es siempre : el Crimen;

el Triunfo, no transfigura, el Monstruo;

no se está definitivamente vencido, sino cuando
se acepta cobardemente la derrota;

alcémonos contra el Crimen;

combatamos contra él;

y si los dioses están del lado del Crimen, comba-
tamos también contra los dioses;

.
tal es el deber de la hora actual;

resucitar en plena derrota un pasado de victo-
rias;

contar en la esterilidad vergonzosa de este ins-
tante de oprobio, la fecundidad prodigiosa de las
virtudes antiguas;

revivir en la declinación rápida de la raza, el
culto de las grandezas extintas y de las glorias olvi-
dadas;

atizar la hoguera de la ilusión, en las negras
horas de la desesperanza;

fabricar con el prodigio del Verbo, el edificio del
porvenir, sobre los campos de la devastación y de la
ruina;

gritar la vitalidad indestructible de las ideas, en
el momento de las derrotas definitivas;

cantar las epopeyas del derecho salvador, ante la
lanza brutal del hecho violador;

hacer del polvo de los vencimientos inmerecidos, la columna de fuego que conduzca las nuevas generaciones á los heroicos triunfos presentidos;

marcar rumbos al espíritu nuevo, sobre ese mismo terreno removido por las catástrofes recientes;

prender con las últimas tablas del naufragio, una hoguera en la playa desierta, bajo la noche impenetrable, para orientar á los que van aún perdidos, en el horror de la tormenta cercana;

no dejar lugar al desaliento, á la inercia, á la desesperanza...

gritar á todos los tiempos y en todas las horas, que la libertad es intangible y la América es indivisible;

que si somos ingobernables, somos también inconquistables;

que preferimos morir en el desorden, á perecer en la conquista;

resistir la Opresión y la Invasión;

denunciar los despotismos que nos deshonran y los protectorados que nos asechan;

romper los sables que nos asesinan dentro, y no temblar ante los cañones que nos amenazan fuera;

ser los sagitarios terribles, con el arco tendido siempre, denunciando el vuelo de las águilas sinietras;

despertar el alma de la raza amenazada,

proclamar la Unión, como único remedio á la Invasión;

unirnos para combatir, si escrito está que combatamos, y abrazarnos para morir, si decretado está que desaparezcamos;

pero, morir de pie, morir como un pueblo y no como un rebaño : morir matando;

nos agitamos entre la conquista pacífica y la conquista bélica, entre la absorción y la agresión; entre los que quieren fundirnos y los que quieren hundirnos;

todo tiende á nuestra desaparición;

negarlo, es añadir la maldad á la ceguera;

silenciarlo, es añadir la impotencia á la inconciencia;

decir lo contrario es añadir la imbecilidad á la debilidad;

es el derecho de los ciegos, negar la luz, y es acaso su consuelo;

el derecho de conquista y el de las nacionalidades se disputan el mundo;

esa lucha es nuestro peligro, y puede ser ¡ay! nuestra muerte;

¡es tiempo de revivir la nacionalidad!

es hora de reaccionar contra la debilidad;

las tiranías han educado nuestros pueblos para el yugo;

la Tiranía precede á la Conquista;

el Despotismo es el heraldo de la Invasión;

los dictadores han abierto el campo á los invasores;

ellos, haciendo perder á los pueblos el sentido de

la libertad, mataron en los corazones el sentimiento de la independencia;

pueblo esclavo, pueblo apto á la conquista;

los dictadores llaman á los conquistadores;

ellos atraen las águilas terribles;

reaccionar contra su dominación, es reaccionar contra la invasión;

defender la Libertad, para conservar la Nacionalidad;

combatir por la Libertad de los pueblos, para defender la independencia de América;

combatir por la Libertad, no es ser libre, pero es mostrarse digno de serlo;

tal es el destino de los pueblos heroicos;

pactar con el Despotismo es la agonía de un pueblo;

pactar con la Conquista es su muerte;

denunciarlos ambos es el deber del hombre libre;

el deber no se discute : se cumple.

es la hora del Sembrador...

Hay una palabra que condensa la vida, y la llena toda : el Deber.

y hay para el hombre de pensamiento, á quien las multitudes están habituadas á escuchar, una forma ineludible de ese deber ; la de hablar alto y sin miedo en las horas trágicas de la Historia ;

la Musa divulgatriz de la Verdad, debe poseer su espíritu, atormentado por la adivinación del peligro, inspirado por los dioses del prodigio, por la visión anunciatrix de la catástrofe y debe fulgurar en sus labios proféticos y aletear en sus frases incendiadas ;

su palabra, dominadora y sugestiva, como una admonición y un sortilegio, debe pasar como una oriflama conquistadora por sobre las almas atentas y sorprendidas, mudas en esa hora de su revelación ;

su frase, incitativa como una caricia, magnífica como un crepúsculo, luminosa como un sol, debe

vibrar sobre las multitudes, con el sonido augustal y grave, de una lira dórica, pulsada por la mano de un Profeta;

como una rosa de oro y púrpura, la palabra reveladora debe brotar de sus labios prodigiosos;

como de un cornucopio mágico, toda la flora de la Elocuencia, todos los frutos de la Belleza y de la Verdad, deben fluir de su boca reveladora, hecha augusta, por la majestad del Verbo anunciador;

y, su grito anútebo, debe sonar como una diana, en la calma somnolienta de los pueblos;

y, debe ofrecer la linfa inagotable de la Esperanza, al labio sitibundo de la Multitud, ardiente y pueril, exhausta de ideales;

y, debe, como la figura del Cristo mitológico, proyectar la fiera mansedumbre de su virtud esquiva, sobre las ondas en furia del incalmable mar humano, misterioso; ..

la caricia brutal de su palabra denunciadora, debe pasar por sobre la multitud, como una ala de fuego, y debe aplicar el beso sangriento de sus labios vengadores, sobre la máscara deforme del grande Enigma de Inconstancia y de Dolor : la Muchedumbre;

y, su Verbo, embriagador y despótico, capcioso como un licor, vibrante como un Epinicio, debe sacudir la cabeza de esa multitud, — fiera dormida — y despertar en ella toda la brutalidad de sus pasiones atávicas, pasiones heroicas, salvadoras en la hora del peligro;

y, á su acento, los pueblos deben sentir la vibración sonora de una heroicidad ancestral vibrar en ellos, la levadura épica de generaciones guerreras hervir en su sangre, el grito sonoro del combate subirles á la garganta, como una marea de grandes olas bélicas, mientras la Visión de púrpura y de luz, la radiosa visión de la Victoria, les arde las pupilas como un deslumbramiento;

tal es el deber del hombre de pensamiento, en la hora que precede á la conquista;

y, los lustros son horas en la vida de los pueblos;

y, la hora de la conquista va á sonar para la América;

¡la hora fatal!...

.

... Porque el momento es doloroso y solemne;

porque la caricia pérfida viene del Norte, fría como el ala de un halcón de la Groenlandia, disimulada y brutal, como la garra de un oso polar;

porque los hijos de Jacob llaman á su hermano y le hacen señas á orillas de la cisterna, desde la puerta de la tienda del mercader egipcio;

porque José, cándido, va hacia ellos, y vendido será y hecho esclavo, y en esclavitud morirá, porque la ciencia de los sueños ha acabado y las serpientes del Mago no se retiran ya al conjuro adolescente;

porque el lobo del Septentrión ríe á los corderos del Sud;

porque las palomas acuden al grito del milano ;
porque es la hora crepuscular vecina de la Noche ;
porque la vida sería vil si el culto del deber no la
llenara ;

porque del deber lo sublime es el dolor ;
porque el deber no sabe del Éxito ;
porque ha llegado la hora del deber, la hora de la
palabra admonitriz ;

por eso sale del Silencio la palabra ;
sale del Silencio y va hacia el Tumulto ;
es la hora del crepúsculo sobre los cielos y de la
conquista sobre la tierra ;

la hora en que los pueblos dormidos van á ser
encadenados ;

es la hora del grito en las conciencias ;
es la hora de arrojar sobre los corazones, la semilla
de la Rebelión, del Heroísmo y de la Gloria,
es la hora del sembrador.

Per inania regna...

Todo se hunde en la sombra, en un vago crepúsculo de crimen ;

rojo como un mar de púrpura el horizonte y vagas esperanzas de idealidad cayendo en él, como rosas blancas en el fondo de una ánfora de sangre ;

un sollozo gigantesco, amenazante saliendo del pecho de los pueblos, del alma inconsolable de las multitudes, una sinfonía de dolor hecha de esperanzas perdidas y de sueños imposibles ;

nunca siglo alguno había muerto en un fracaso más completo de todos sus ideales ;

la mentira de la civilización se ha roto, y de su seno de Esfinge como de la cabeza del Dios del Serapeum, han salido las quimeras como un tropel de insectos asustados ;

y sobre sus labios lacerados, no se posa ya, aquel rayo de sol, que hacía cantar la verdad entre los labios del Ídolo ;

el eclipse de la Esperanza es completo en el alma de los hombres ;

y la sombra brutal, impenetrable, se hace noche en el horizonte de los pueblos ;

la Fe, que es la esperanza en Dios, ha muerto y la multitud estulta va como un toro ciego al ateísmo ;

la Esperanza, que es la fe en los hombres, también ha muerto, y las turbas desilusionadas, van como un rebaño asustado el pesimismo ;

la Caridad, que es la Fe en el Bien, también murió, y el hombre entregado á sus instintos de bestia, va en carrera precipitada al barbarismo ;

el mundo ya no cree, ya no espera, ya no ama ;

todas las formas del Entusiasmo, de la Esperanza y del Amor, se mueren ;

y, es, que todo nos ha mentido, todo nos ha engañado, á nosotros, los hijos ilusos de ese siglo de miseria y de dolor ;

todo ha sido estéril, todo es triste, en esta hora fatal de negación ;

y el mundo tiembla aterido, deseconsolado, sombrío, en un campo de cenizas ;

todas las grandes ideas han hecho quiebra fraudulenta, arrastrando en su fracaso las ilusiones todas de la conciencia universal ;

la Libertad, ha sido una quimera ;

la Civilización, una mentira ; el Derecho, un sarcasmo ;

y la humanidad miserable, despojada, ham-

briente de Ideal, pide cuenta á los explotadores de su Fe;

y delira sitibunda, como el camello rendido, que en una tarde de marcha, se lleva al torrente seco y se le dice : *bebe, camello, ese fué un torrente, si tú quieres un mar, muy cerca está la Mar Muerta y el pasto de sus orillas y la sal de sus guijarros : bebe la muerte...*

y se da la Muerte, como único premio á la Esperanza...

¿qué queda de las que fueron luces de alba y estrellas de la aurora, en ese siglo muerto de mentira?

el Derecho, la Justicia, la Ley, ¿qué queda de ellos?

¿habrá quien ose decir que aun viven?

el Derecho, se llama Fuerza;

la Justicia, se llama Fuerza;

La Ley, se llama Fuerza;

ningún Ideal queda en pie, todos han sido volcados;

ninguna Idea queda pura, todas han sido violadas;

sólo la Fuerza queda, erguida, vencedora, omnipotente, sobre la tumba de ese siglo mentiroso y venal, nacido en el cráter de un volcán y muerto como Job, en un estercolero ;

la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, esas tres Musas que velaron la cuna del siglo muerto, ¿qué se hicieron?

¡desvanecidas fueron como fantasmas! ¡rotas como estatuas de diosas de una religión proscripta!...

¡la Libertad!...

en su nombre se vieron los bárbaros del Norte, alzarse como un huracán devastador, caer sobre la hispánica Nación, desprevenida, hierirla, despojarla sin combate, sin gloria, sin esfuerzo, expulsar del Continente los restos de sus legiones que

... un día

sorprendieron al sol que se dormía
tras los remotos mares de Occidente...

y el gran cerdo de Pensilvania, gloria del escudo de esos bárbaros, alzó su mole grasa, allí donde los leones de Castilla, perfilaban su silueta de gloria en un horizonte de leyenda;

¡la Igualdad!...

preguntad por la caricia de esa diosa, á las turbas dolientes que se arrastran en la senda tortuosa de la vida;

á los obreros esclavos, que nacen, viven, luchan y se mueren en las entrañas de la mina oscura;

á los judíos, insultados, perseguidos, dispersados por el mundo;

á los rebaños de niños que la tisis consume en las fábricas de vidrios, y cuyos labios adolescentes sólo los desflora el beso de la Muerte, en el seno de la tumba;

á los negros, linchados diariamente, en espectáculo público en los Estados del Sud, de la *República Modelo*, y cazados como fieras, á plena luz meridiana, en las calles de New York;

á las multitudes analfabetas, que pululan en vida vegetal, bajo las altas capas sociales;

á los campesinos que mueren de hambre y de fiebre, cerca á la azada inútil, sobre la tierra estéril;

¡la Fraternidad!

preguntad á las mujeres y los niños boers, fusilados por Lord Roberts, sobre las cenizas de sus casas incendiadas;

á las poblaciones filipinas, asesinadas durante el sueño ó cazadas y fusiladas en masa, en las calles y en las plazas, por orden del General Arthur;

á los Ministros y á la familia de la reina de los Hobas, hechos fusilar en Tananariva por el General Galiani;

á los cuarenta mil derviches, asesinados en un solo día, por Lord Kitchener, en Odurmán;

á las poblaciones de Tien-Sing, de Cing-Fou, de Pekín, que han visto pasar sobre ellas el espectro rojo de la Civilización europea;...

las mujeres violadas; los niños desventrados ó estrellados contra los muros, por los soldados ebrios del Emperador de Alemania; los hombres asesinados en los brazos de las esposas; los hijos en el seno de las madres; los templos en ruinas, las tumbas profanadas, os hablarán de ese vocablo;

¡la Civilización!...

¿no visteis su última epopeya? (1)

¿no visteis las hordas de los soldados europeos, al grito del Atila teutón, cuya espada virgen tiembla en el brazo roto, lanzarse sobre las costas del mar amarillo, para castigar un pueblo culpable del solo crimen de amar sus dioses, su patria y su derecho?

al grito de esos nuevos bárbaros, salidos del fondo de la Europa, para imponer á pueblos lejanos nuevos dioses, nuevas leyes, nuevos amos, ¿no escuchasteis mezclado el grave rumor de los diplomáticos discutiendo las cabezas que habían de cortarse, los tormentos que habían de infligirse á Príncipes y generales culpables del crimen de haber amado á su país y defenderlo de una invasión extranjera?

los enviados de Atila, de Alarico, de Genserico, á pesar del *Væ Victis* del galo, no discutieron tanto la tortura, no vendieron el martirio, no metodizaron el asesinato con una ferocidad semejante á la de ese grupo de ministros europeos, discutiendo la muerte al pie de las murallas de Pekín incendiadas por sus hordas tumultuarias;

la onda de la barbarie europea sumergió el viejo Oriente;

y sobre las olas rojas de esa inundación que

(1) La invasión á China predicada y ordenada por Guillermo de Prusia, cuyas hordas desenfrenadas de hotentotes rubios, eclipsaron la barbarie de los hombres primitivos.

hicieron un mar de sangre, las piedras mismas protestaron contra tanta iniquidad;

y la alta marea no desciende, la cólera de los fuertes no se aplaca;

¿cuándo se retirarán esas olas de barbarie que hoy se rompen contra los pechos inermes de pueblos cuyos brazos desarmados se alzan para pedir Misericordia?

¿qué nuevo solitario saldrá al encuentro de estos nuevos Vándalos, diciéndoles como Isac á Valente : *cesa tu iniquidad, tú haces la guerra á Dios?*

los altares de la Piedad no humean;

el crimen no detiene su carrera;

los tiempos son de Intolerancia y de Injusticia;

las jornadas sangrientas se suceden con la rapidez de un vértigo rojo;

los pueblos desaparecen en el torbellino de la conquista como envueltos en un manto de rayos;

la fuerza pasa como el caballo de Atila, sembrando la desolación sobre la tierra;

los hombres se precipitan en la iniquidad y los pueblos en la demencia;

tal es la tristeza del momento actual;

per Inania Regna.

verso la vita.

Es la hora fatídica del Caos;
los pliegues de la bruma monstruosa se detienen
estupefactos en las grandes cimas sombrías;
y en el misterio del horizonte se sienten remover
sudarios invisibles y vuelos letárgicos de larvas
gigantescas;
los soñadores tenebrosos y sinceros, con la pupila
fija en el abismo profundo, meditan sobre Patmos
invisibles;
la insania divina los posee;
olas de blancura estremecida vienen hasta ellos;
y en la bruma, su palabra florece, como una pri-
mavera de mirtos, y revienta en la noche, como una
floración de estrellas;
y sus sueños van fingiendo en la sombra dolo-
rosa, un tropel de cisnes negros, en un lago espe-
cular;
porque es la hora fatídica del Caos;

gérmenes de Muerte trabajan en el seno de la Vida;

y son luces trémulas de noctículos lívidos, las que bordan como tenues luces de oro el horizonte escarlata;

blancuras de mortajas y albas ropas bautismales, silencios de tumba y rumores de cuna se miran y se escuchan;

y el alba permanece inquieta, envuelta en densas vaguedades de crepúsculo;

la tumba abierta en que cayó un siglo triste de mentira, de agitación y de conquista;

y la cuna donde ha abierto sus ojos á la luz un siglo niño, nacido entre la guerra y el escándalo, el dolor y la iniquidad;

y la Muerte, como un pelícano de mito, extendiendo sus alas inmóviles sobre estos dos extremos de la Vida;

una época que no tiene ya fuerzas para la Vida, y otra que no tiene aún conciencia de ella;

algo que ha dejado de ser y algo que no es todavía;

tales son los signos del tiempo informe y azaroso en que vivimos;

hora de descomposición y de transformación;
vestigio de lo que fué, germen de lo que será;
montón de ruinas, bajo las cuales germina sepultada la nueva vida;

restos de incendio, en cuyas cenizas, se oculta el fuego en ignición eterna;

algo testigo de duelos inacabables y sombríos;
rastros de una nueva titanomaquia, de una lucha formidable, aun indecisa, entre los dioses y los hombres;

momento sociológico informe y confuso, que no tendrá nombre en la Historia, porque no es la Fe, ni la incredulidad :

ni la Paz, ni la Guerra;

ni la plena Barbarie, ni la plena Civilización;

ni la inviolabilidad de las naciones, ni la legitimidad de las conquistas;

ni la revolución, ni la estabilidad;

ni la anarquía, ni el orden;

ni el yugo de la tiranía, ni el reinado de la libertad;

ni el régimen del privilegio, ni la plenitud de la igualdad;

ni el triunfo del individualismo, ni el del colectivismo;

ni el de la aristocracia, ni el de la democracia;

ni la hora de la Monarquía, ni la de la República;

no es ya el derecho divino y no es aún el derecho humano; no es la hora de los reyes, ni la hora de los pueblos;

es la incoherencia, la inconsecuencia, la impotencia;

la confusión de todos los principios, el contubernio de todos los errores;

la duda, la incertidumbre, el caos;

sobre la tumba aun entreabierta de ese siglo, crece
la Esperanza como un lis;

y en la vaga penumbra astral, el siglo niño se
yergue y con pie alado, como de ninfa que desflora
la vaga quietud de un lago escandinavo, avanza,
¡blanco Mago! en los hondos silencios del Misterio;

y avanza, bajo el cielo que se incendia sobre su
cabeza y la tierra que tiembla bajo sus pies,

¿á donde va?

va hacia la Vida...

y nosotros con él;

verso la vita, verso la vita...

Ecce Deus..

Un viento de desolación y de espanto, pasa en este momento por sobre la Europa sorprendida...

los sabios callan, guardando el secreto en la boca amarga, seguros de que la aurora del verbo no ha llegado;

los héroes, nostálgicos de gloria, no mueven sus espadas, pues saben que los siglos heroicos han pasado;

las águilas de la Victoria, se han posado sobre cimas inaccesibles, y se niegan á seguir esas turbas oscuras, que en marejadas de barbarie, parten de Europa sobre el África, el Asia y la América, portadoras de la muerte y del pillaje;

y, la angustia sube formidable, con lamentos de treno enfurecido;

y, ese clamor viene de lejos, de muy lejos, de las selvas insondables del dolor;

esa voz de marejada que se escucha, es la voz de

un océano que no ruge, sino en muy raras horas de la Historia;

el océano de las lágrimas del mundo;

ese aullido que llena las ciudades y los campos, no es el de las fieras del desierto, es el de un noble animal que muere de hambre sobre los campos incultos y en las ciudades hostiles;

es el grito del hombre miserable, que antes de morir en el combate de la vida, ensaya la lucha, rebelde á pronunciar ante los felices de la tierra, el: *morituri te salutant*, de los antiguos gladiadores;

esos nuevos esclavos que se rebelan á entrar en el Circo, para morir en él, bajo las grandes fieras potentadas, no vienen del desierto y de la estepa, sedientos de la sangre y del botín;

vienen del fondo de la mina obscura, larvas ciegas en busca de la luz;

vienen del campo triste, donde la helada mató en germen, el mísero alimento del mañana;

vienen del taller, donde la máquina hace inútil la mano del hombre;

son los sin pan, los sin trabajo;

no son las legiones de Atila las que llegan, son las legiones del Hambre, de aquel pálido hermano de la Muerte;

ya los pueblos no van á la conquista de la Gloria; ese miraje astral no los seduce;

ya no van á la conquista de la Libertad;

la sangrienta Quimera no los toca;

no van á la conquista del Derecho;

dejan á Prometeo sobre su roca;

van á la conquista del pan;

ya no piden ser grandes, no piden ser libres, no piden sino : *ser*;

no aspiran á combatir, no aspiran á gobernar, no aspiran sino á *vivir*;

¡la vida, la vida!, he ahí el grito formidable de los grandes miserandos de la tierra;

¡la Vida!

he ahí el grito que resuena en Roma, en Turín, en Trieste, en Marsella, en Barcelona, en Amsterdam;...

y la invasión pavorosa avanza;...

¿en qué Campos Cataláunicos, contra qué escudo invencible se romperá esta invasión de la Miseria?

¿se romperá? ¿nos romperá?

.
 la onda sangrienta sube,
 sube;

los sembradores de la Muerte, arrojan la semilla en el surco rojo, abierto con sus picas demoledoras, y esperan ver surgir la gran cosecha libertaria y renovatriz del mundo;

sus trágicas siluetas se proyectan en la hora crepuscular, desmesuradas, en las livideces del paisaje campesino, ó se diseñan formidables en el horizonte cárdeno, sobre los muros negros de las ciudades incendiadas;

son los lívidos sembradores del Espanto;

¡los amos del mañana!...

en esta hora dolorosa de la Historia, hora de revolución universal, hora de gestación caótica, en que todo el pasado se derrumba, con siniestro fragor de catástrofe y un porvenir incierto se anuncia en una alba rojiza amenazante ;

en este instante psicológico de la vida universal, en que un hondo lamento anuncia la muerte dolorosa del mundo antiguo, mientras un quejido como de niño enfermo, anuncia la aparición de un mundo nuevo, los pensadores, los escritores, los conductores de conciencias y de pueblos, tienen el derecho y el deber de detenerse á contemplar esta hora crepuscular y decisiva, las luces rojas de este ocaso, el incendio de esta aurora ;

hombres y dioses, todo se sepulta ;

hombres y dioses, todo va á surgir ;

cuando los dioses sonrientes y bellos de la Ilíada, cayeron bajo el hacha de los bárbaros, salidos de los más remotos puntos del planeta, para insultar la Belleza y sepultar el Arte, ascetas repugnantes, venidos de los desiertos, con pieles y con almas de fieras, monjes ignorantes y groseros, predicadores enfurecidos ó tiernos, anunciaron al mundo la Libertad, la Redención, la Paz, entre los hombres ;

de los confines del mundo bárbaro, los mendigos, los libertos, los miserables, trajeron el Dios de una horda esclava, lo alzaron desgarrado y muerto, en lo alto de un monte, clavado á dos maderos en cruz, por sobre la tierra incendiada y penitente ;...

era la bandera de todas las reivindicaciones ;

la rebelión contra los dioses, contra los sacerdotes,
contra los Césares ;

la condenación implacable del pasado ;

los dioses y los hombres, todos fueron hallados falsos, ante el tribunal de aquel plebeyo triste, de aquel insurrecto, que había amotinado con su palabra los esclavos, los mendigos, los anarquistas de esa época oscura de la Historia, que se oculta más allá de la falda opuesta del Gólgota ;

y el visionario destructor triunfó ;

y, al pie de la cruz, que fué su trono, la humanidad desarrapada, sembró la semilla de la libertad, y esperó ver surgir el árbol inmortal ;

¡ y aguardó siglos !

y el árbol no nació ;

extrañas larvas salieron del pie mismo de la cruz, horribles monstruos coronados y mitrados, con mantos de púrpura y de armiño, grandes capas pluviales, coronas y tiaras y un brillo cegador de orientales pedrerías ;

todo el pasado resurgió del pie del mismo árbol ya podrido de la cruz ;

y hubo Césares y Pontífices, y esclavos y rebaños como antes de que el extraño Cristo pastóforo, subiera á su patíbulo, entre los gritos de la plebe soez, que tanto amaba ;

el ensayo de aquel anarquismo pastoril, fué un fracaso ;

su triunfo fué efímero ;

el despotismo reinó más fuerte, después de aquel abono de sangre ;

hoy, el Galileo, agoniza de nuevo sobre su madero negro, en una desolación mayor que la que lo rodeó aquella tarde triste, en que entregó su cuerpo á los verdugos ;

y su reinado agoniza con él ;

en un noble gesto de fatiga, el ajusticiado, parece querer desprender sus manos del madero y arrancarse la corona de su reinado quimérico, para coronar con ella el nuevo dios ;

¿quién será él? ¿de dónde vendrá?

¿en qué oscuro rincón del mundo lo engendrará el milagro de la plebe?

¿en medio de qué conmoción profunda lo parirán las entrañas de la tierra?

la época no es propicia para el nacimiento de los héroes ni de los dioses ;

ya el gesto extinto de los viejos héroes no muestra á los pueblos el camino de la Gloria ;

ya los mártires no mueren señalando el cielo ;

la plebe que avanza á devorarlo todo, no tiene ideas ;

no tiene sino apetitos ;

es la gran bestia apocalíptica, somnolienta y triunfal ;

lo que asoma en el horizonte no es una pálida cabeza de mártir, pidiendo la corona y la aureola ;

es un inmenso vientre, pidiendo pan ;

la lucha de las grandes ideas, pasó ;

la lucha de los grandes apetitos ha llegado ;
ha muerto el Ideal ;
no queda en pie, sino el Instinto ;
el nuevo dios se llama : *Ventre* ;
¡ salud al nuevo dios !

Cristo rojo...

El mundo es un campo abierto á todas las carreras del espanto;

en el horror de la bruma insondable, el estremecimiento del pavor pasa sobre el alma de los hombres, llenándola de una extraña, inexplicable inquietud;

los reyes tiemblan, en el soberbio aislamiento de su grandeza quimérica;

los pueblos espantados se refugian en un raro sueño de soberbia, enarbolando el pabellón rojo de un desastroso sueño sombrío;

en aquel peñón de todos los dolores, se organiza la rugidora invasión, que como una manada hambrienta de lobos de Circasia, ha de caer sobre el mundo y devorarlo;

la revolución de la Miseria organiza sus legiones, y como en todo período histórico que precede á una submersión del mundo en la barbarie, una angustia formidable priva sobre la tierra;

los poderosos tiemblan de soberbia, los ricos tiemblan de espanto, los pueblos se estremecen de piedad y los miserables rugen de hambre y de cólera ;

la crisálida de un gran sueño se rompe en la estepa solitaria, en medio de uno de esos grandes, pavorosos silencios de la Historia ;

rayos de Helios penetran en las almas soñadoras ;

y el problema avanza, más augusto, más angustioso que nunca, y aprieta la garganta del mundo, sofocándolo ;

el ejército del Hambre, hace su tremenda aparición ;

el anarquismo, desarrapado y sucio, es su Redentor, su Apóstol, su Profeta ;

es él, quien avanza, trágico como la Muerte, y dice al mundo sorprendido : ¡heme aquí !

es el Mesías de las turbas miserables, el sombrío conductor de los hambrientos, que se presenta á los ahitos, pidiéndoles cuenta de su hartazgo ;

conquistador implacable, cuya bandera es un harapo, llama y reúne bajo ella, todos los miserandos de la tierra ;

y avalanchas de turbas famélicas, van en pos de ese lívido guerrero, que parece evadido de la tumba de un nuevo Gengis-Kahn ;

y el fúnebre Apóstol de la Destrucción, fija su mirada asesina sobre el mundo, y avanza contra él ;
y da sus grandes batallas ;

¿no lo sentís estremecerse formidable, en el corazón de la Europa amedrentada?

¿qué son esos motines sangrientos y terribles, á cuyos gritos de rebelión responden los cañones, las fusiladas y la muerte?

¿qué son esas huelgas amenazantes de Marsella, de Barcelona, de Génova, de Turín, de Madrid, del Havre?

son los estremecimientos de la gran bestia dolorosa y terrible : la multitud ;

es ella, que se despierta, llena de sueños brumosos y de apetitos insaciables ;

sus ojos lúgubres, sueñan con visiones de sangre y de exterminio, y su gran vientre, inapaciguado, sueña con el hartazgo indefinido ;

su grito de guerra paradoxal y extraño, estremece al mundo, como un gemido en la noche ; como un rugido en la selva ;

manifestaciones de una alma soberana brillan en esta triste visionaria del horror, que no tiene la apacible mansedumbre de aquel otro desarrapado de la Historia, aquel humilde Cristo de Betania, que la precedió en los senderos de la predicación y del patíbulo ;

en la ambigüedad sangrienta de sus sueños, en la incertidumbre turbadora de sus aspiraciones, surgen, como una primavera de horror, todos los fermentos y los venenos del odio secular ;

ni un rayo de azul atraviesa las pupilas y los sueños de ese monstruo ;

es ciego á la piedad y á la esperanza;

en vano habla del amor á todos los dolores, á todas las miserias, á todas las angustias, á todas las tristezas de la plebe, y pone en el canto litúrgico de sus aspiraciones las notas moduladoras de la Caridad y del Amor;

su rugido es refractario á las conmiseraciones y al perdón;

es implacable é inexorable;

el mundo había olvidado la piedad;

y este extraño destructor, viene á recordársela, en nombre de la Muerte;

los dioses y los cultos, los sistemas y las ideas no mueren : se transforman;

y, este anarquismo, vengador y tenebroso, no es sino el discípulo y el continuador de aquel Cristianismo primitivo; como él desarrapado y triste, como él perseguido, y que, como él, caminó al triunfo por el Dolor y por la Muerte;

el anarquismo es el *Cristo Rojo* de la Historia;

el *Cristo Blanco*, el Cristo de la Piedad y del Amor, ha muerto;

el Cristo de la Venganza y la Justicia, el *Cristo Rojo*, ha nacido, y adoctrina, como el otro, entre los harapientos de la tierra;

Tiberio, ignoró el obscuro vagabundo que con sus parábolas de amor, sembraba sueños de redención en las almas de Judea;

y los herederos de ese dulce visionario, llegaron un día á Roma, y hendieron con los brazos

de la Cruz, el cráneo del Imperio, moribundo ;
los poderosos de hoy, fingen ignorar ó desfiguran
la aparición de este otro novador, nacido como
aquél de las entrañas de la plebe y sembrador como
él, de sueños de rebelión en la mente de los hom-
bres ;

y, ese terrible visionario, henderá con su hacha
ensangrentada, la cabeza del mundo envejecido ;

el Cristo del Amor, ha muerto ;

el Cristo del Odio, ha aparecido ;

el Apóstol de la Piedad, se borra y muere en las
perspectivas cándidas de vaguedades infinitas,
como una rosa mustia, en la luz de un crepúsculo
doliente ;

el Apóstol de la Venganza, aparece entre el in-
cendio y el horror, como una flor de sangre, bro-
tada de las entrañas del Averno ;

Algo muy albo, muy triste, se ve perderse en las
lejanías del horizonte ;

es el *Cristo Blanco*, que se aleja, recogiendo sus
albas vestiduras, cual las alas de un pájaro que
muere ;

y, algo sonoro y purpúreo, se ve surgir en la
densa cerrazón del horizonte, como un relámpago
cárdeno, que rompe una nube negra ;

es el *Cristo Rojo*, que hace su aparición si-
niestra ;

como una floración de rosas blancas, bajo el he-
lado beso del invierno, las parábolas del triste Re-
dentor, se mueren en las almas de los hombres ;

como una floración de cactus rojos, bajo el sol cegador de los desiertos, las paradojas del nuevo Redentor, estallan en la mente de los pueblos;

amor, fué la palabra del Cristo que se va;

odio, es la palabra del Cristo que aparece;

amatos los unos á los otros, exclamó agonizante el Galileo, cuando cerró sus labios, como el cáliz de una flor que dió polen de la Vida;

mataos los unos á los otros, es la palabra del nuevo Salvador, cuya boca se abre como el cráter de un volcán, para dar la palabra de la Muerte;

el Cristo mítico y blanco, se elevó sobre el Tabor, en una nube de ensueños;

el Cristo trágico y rojo, aparece sobre el mundo en una nube de horrores;

el *Cristo Blanco*, era la promesa pueril de la Esperanza;

el *Cristo Rojo*, es la promesa viril de la Venganza;

más allá de la cruz del *Cristo Blanco*, se extendían los reinos fabulosos de la Vida;

y, en torno al pedestal del *Cristo Rojo*, los reinos silenciosos de la Muerte...

¡oh, el *Cristo Blanco*!

¡oh, el *Cristo Rojo*!...

Fatal exodus...

Uno como soplo de tempestad pasó sobre la América;

el huracán de la guerra asordó el espacio, en-crepó los mares, sepultó las escuadras como las caravanas el vendaval de los desiertos, quebró un poder cuatro veces secular, desgarró la bandera de Lepanto, borró fronteras de reinos, hizo retroceder asombrados los tercios de Pavía, y á su conjuro formidable, se alzaron legiones de combatientes en una selva de esclavos;...

temblaron á su paso las islas y los hombres;

en el incendio de la selva, el -viejo león hispano huyó despavorido, y el águila salvaje persiguiólo, batió sobre él las alas formidables, desgarróle el flanco ensangrentado, desgrenó su melena encanecida y tinto en sangre lo dejó partir;

y se fué .. se borró su silueta enflaquecida en esas lontananzas incendiadas, en el crepúsculo gris de la derrota... mudo en el dolor del vencimiento...

y su rugido que tantos siglos repercutió en la Historia, no estremeció las selvas ni los valles;...

sólo se fué el viejo león de los combates;

y, los cachorros que deja en América, se ocultan en sus selvas, asombrados, confusos ante el vuelo de las águilas;

y la bandera hispana desapareció del horizonte americano;

y, allí, donde extendía su rojo y gualda, señal de la Victoria, abren sus alas sangrientas, flámulas del combate, las águilas de Zaratoga y de Yorktown, señal de la conquista;

¡lábaro de la Fuerza vencedora!...

.

la Europa, vuelta de su asombro, de su pavor inmenso, herida en su orgullo con el despojo de su hermana débil, silenciosa y hosca, vuelve sus ojos al Oriente, donde el oso del Cáucaso, vela el letargo del hombre amarillo opiatizado;

y el águila del Norte, avergonzada de su lucha sin gloria, sedienta de conquistas, se resigna apenas á plegar las alas ansiosas de espacio y á cerrar las garras nostálgicas de presas;...

el reparto de Oriente no la seduce;

no despiertan su apetito los miembros enflaquecidos de esos pueblos, que duermen como faquires, en las faldas del Godjar y en las riberas del Petchili;

cuando hayan sido despedazados por otros, extenderá su vuelo desde el archipiélago malayo, donde

colgó su nido, irá al festín de carne y se posará allí, silenciosa y hosca, sobre su presa escogida, con las alas extendidas y los ojos desmesuradamente abiertos sobre el inmenso y silencioso oriente ;

por hoy, no piensa en eso ;

su pupila roja se vuelve hacia el sur, que es su pertinaz visión ;

es el país de su ensueño ;

Cuba es tierra suya, Puerto Rico es su conquista ;
y eriza las plumas de sus alas y VA HACIA PANAMÁ, que le oculta la vista de Hawai (1) ;

leed los periódicos del día ;

todos ellos hablan del *destino manifesto* de este pueblo hacia el Sur ;

todos marcan EL ISTMO, como el límite momentáneo á su ambición ;

y van sobre él ;

nada detendrá á ese pueblo en su camino de invasión, nada, sino la Fuerza ;

un destino fatal é inapelable lo impulsa allá, y parece que oyera vibrar en el espacio las palabras de la Escritura : *date prisa al despojo y apresúrate á la presa.*

los instintos brutales de su raza los llaman á la conquista ;

son los hombres del Norte, los descendientes de los normandos, de los piratas del Báltico, que en las barcas de cuero cruzaron la ola negra bajo el cielo

(1) Escrito en Roma en 1899.

brumoso para dar principio al pillaje de los pueblos;
 son los hijos de los teutones, que enterraron en
 el silencio de sus selvas las legiones de Varo, que
 hicieron la desesperación de Octavio, y asaltaron
 el Capitolio con sus cabezas blondas, como un tri-
 gal movable, y sus ojos azules, llenos del estupor
 salvaje de sus montañas sagradas;

son los descendientes de los peores mendigos de
 Albión y de Germania, venidos en obscura emigra-
 ción á América, hechos poderosos, y que hoy sien-
 ten vibrar en sí todos los atavismos de su raza
 aventurera;

lo que pasó en Cuba, no fué sino el prólogo de
 un drama: la conquista de América.

no fué una reflexión filantrópica, fué un odio etno-
 lógico, lo que levantó aquellas olas de fuego y sangre
 en que naufragó la independendia de dos pueblos.

no fué una guerra de dos países, fué un duelo de
 dos razas;

un pensador sajón lo dijo ya;

y el fracaso de la raza latina se acentúa;

todo es vencimiento, todo es ruina, en torno de
 esta raza, que parece herida por la cólera de los
 dioses, denunciada por el verbo de los profetas,
 tocada por la lepra de Lázaro;

¡derrota y decadencia!

.

.

. algo más que el periplo de
 Hannón, que las medallas de que habla el historia-

dor, que los versos de Plinio y el recuerdo de Aníbal, queda de Cartago;

queda su espíritu, encarnado en la raza sajona;
queda el odio latente de las dos viejas razas;

Cartago vive contra Roma;

Cartago vence;

el triunfo es suyo;

hoy el mundo es cartaginés, sí, porque es inglés;

hoy el alma latina está vencida;

nada puede el fantasma de Escipión;

todos los muertos de Zama están en pie;

los fenicios rotos por Ciro, y los cartagineses,
muertos por las legiones, se han rehecho y son los
vencedores;

las ruinas de Tiro se animan con nueva vida, sin
recordar el paso de Alejandro, y de la hoguera de
Cartago, sale un cisne immaculado, cisne con alas
de oro;

Tyro, Babilonia, Capadocia, resucitan, bajo otros
nombres, Mercurio, el dios de alados pies, impera
solo;

la India, el Soudán, Matabelán, Egipto, Dongola,
Gibraltar, Malta, Manila, Haway, Cuba, Puerto Rico,
tales son las grandes avanzadas de los modernos
fenicios;

y el verso de Homero, que hizo llorar al romano,
parece vibrar, no ya para un pueblo, sino para una
raza;

Troya también verá su último día.

y el crepúsculo de ese día aciago avanza ya ;

los vencedores de Salamina son mendigos bajo el cetro de un Glencksbourg ó esclavos bajo la cimitarra del Tártaro ;

los campeones de Himera, no encuentran tierra donde posar el pie, y el último Hohenzollern, se unió al turco para asesinarlos en Armenia ;

y los sajones crecen, marchan, se dilatan, y unen á su destino la Victoria ;

tienen sus reyes en Escocia é Irlanda, su *alma mater*, en Windsord, los nietos de su reina en Berlin y Petersburg, sus abuelos en Copenhaghen, reinan bajo el cielo de Ática, tienen sus legiones en Egipto, en la India, en África, y los bastardos de sus pecheros y lacayos tienen la garra puesta sobre América ;

con tanta razón como Carlos V, pueden decir que en el Imperio de su raza no se pone el Sol, pues los primeros ojos que lo ven surgir en el Oriente, y los últimos que lo ven ocultarse en el Ocaso, ojos sajones son ;

el águila que se escapaba de las hogueras en las orgías tirianas, cubre hoy con sus alas toda la extensión del globo ;

nada detiene su vuelo majestuoso ;

su aleteo formidable pone pavor en la conciencia humana, y una sola pluma caída de sus alas, basta para aplastar á un pueblo ;

raza soberbia y triste, soñadora y sensual, avara y cruel, va bajo las banderas de Mercurio conquis-

tando el mundo, rapaz como los lobeznos de Sarmacia, astuta como las panteras de Sumatra;

libre ya de la neurosis semítica que la agitó en la antigüedad, más cultos sus atavismos de dominio, ya no crucifica los leones á la vera de los caminos, pero crucifica los pueblos en las grandes veredas de la Historia;

ahí están, puestos en cruz, los tres últimos vencidos;

las águilas remolinean en torno á esos islotes de allende el océano, donde los pueblos conquistados principian su agonía;

y parten en obscura emigración;

¿á dónde van las águilas del Norte?

allá van en columna triangular á los bosques del trópico;

; allá van!...

despertad los cóndores de Ayacucho;

; despertad los cóndores de Maipu!...

el apóstol...

El apóstol es solo ;
¡glorioso y conmovedor destino el suyo!
su corazón, aislado del corazón de las multitudes,
las fecunda como el sol á la tierra, sin tocarlas ;
la soledad es su reino ;
toda alma es un universo, cuando deja de amarse
ama, cuando deja de escucharse escucha ;
y, el Apóstol vive en el limbo radioso de su soledad,
en mudo coloquio con su pensamiento, bajo el ojo fulgurante de su dios ;
se siente pensar, y el ruido de su pensamiento se hace Verbo ;
el coloquio del Sinaí es eterno ; vibra siempre en las on las del Misterio ;
las águilas de Patmos, vuelan, vuelan...
no se cansan jamás ;
la curva luminosa de sus alas y el salvaje fulgor de sus pupilas brillan siempre en la roca formidable ;

y, pasan, como flechas de lo eterno, iluminando el horizonte obscuro ;

¡terrible sagitario el pensador !

aquel que no se aísla, se dispersa ;

y, el apóstol se aísla ;

y, como todo le es hostil, refugia en la soledad su cabeza lapidada, mientras puede reclinarla en la tumba cariñosa ; casi siempre una tumba en tierra extraña ;

la patria del apóstol : el Dolor ;

bajo su inspiración sagrada, confía como la Pitonisa, su pensamiento al ala tenebrosa de las tempestades ;

y dice la palabra fecunda de la Vida y la Verdad ;

sus ojos, viudos de emoción, no lloran nunca ;

sus oídos, vírgenes de la lisonja, no la sienten ;

sus labios inaccesibles á la mentira, no la dicen ;

y, en el círculo simbólico de su aislamiento, el demiurgo borrascoso é insociable, alza su frente como un faro ;

y, su mano es la columna de fuego en el desierto de las almas : *eris sicut deus...*

airado, inaccesible, como un dios ;

es fuente de Verdad ;

el Dolor tocó en su pensamiento, y la Verdad brotó de él, como el agua del seno de la roca ;

y, como un pelícano salvaje, da su inabarcable corazón á devorar ;

Dios, lo hizo inagotable y formidable ;

el carbón de Isaías, que ardió sus labios, también cauterizó su corazón ;

el dardo del insulto no lo hiere ;

inclina por piedad, su cabeza, cargada de pensamientos eternos, hacia la efímera lucha, hacia las turbulencias de los hombres, y siente venir á él, el vértigo de la Muerte ;

y, como un cisne en agonía, da entonces la palabra de la Vida ;

el grito del espanto, el sollozo de la misericordia, la voz de la consolación, brotan de sus labios, pero no la palabra de : Adorar ;

no adorará ;

si el pilar de un templo, conmovido de adoración, quisiera doblarse y adorar como los fieles, el templo se derrumbaría, sepultando en sus ruinas los dioses, los creyentes y el altar ;

la adoración del hombre por el hombre, es vil ;

el evomerismo de la política es servil ;

¿ qué hay digno de adorar, en esas turbulentas insanias de la fuerza, en ese fangal hirviente, donde al calor del lodo, el Escolopendro crece hasta el Tifón ?

sólo la Verdad es inmutable ;

la nobleza de una Vida, es servir á la Verdad :
Vitam impendere Vero ;

la gloria de un talento es ser fiel á las ideas ;

y, el Apóstol, desprecia el crecimiento fenomenal de los hombres de la fuerza, en las orgías sangrientas de la política ;

¡trágicas flores de sangre, efímeras y crueles, como la angustia de un mal sueño!

y, va al encuentro de los pueblos, que marchan en manada, condenados inocentes, como los cerdos de Agrippa, llevados al sacrificio por parásitos ciegos de soberbia ;

y, de pie, sobre el sendero de la piara, les pregunta como el Apóstol al Maestro : *¿ quo vadis ? ¿ á dónde vais ?*

y, con la grandilocuencia de su cólera, con su inflexible querer de Taumaturgo, rompe los ídolos en presencia de la muchedumbre estupefacta mientras tendiendo, en el crepúsculo, su mano pálida de sembrador de sueños, les muestra en lontananza el polo inmóvil de la Idea ;

y con el acento del legislador hebraico les grita : *No adorarás ;*

no adorarás esos amos de un momento, esos dioses de carne que tu corrupción engendró y tu servilismo nutre ;

no adorarás esos ídolos pretorianos, hijos de la turbulencia, que en una hora de insania se acostaron hechos monstruos y despertaron hechos dioses ;

no adorarás esas libélulas fugitivas, alzadas de tu propia corrupción, que han arrojado sobre sus hombros de insectos, un harapo sangriento como púrpura ;

no adorarás esos césares de un día, esos hijos del acaso, nacidos de las entrañas de la guerra, como la larva de las entrañas del volcán ;

no adorarás ese monstruo : el Déspota ;
no lo adorarás ;
como al ídolo de la Biblia, rómpelo en pedazos ;
forjado en la fragua de tus pasiones, fúndelo de
nuevo y arroja al viento la miseria de sus metales
en fusión ;
y con el verso mosaico les repite ;
no adorarás sino al señor tu Dios ;
y Dios tiene un solo nombre : Libertad ;
adorarás la Libertad ;
he ahí la palabra del Apóstol...

la inexorable ola...

El peregrinaje devastador de la Conquista no detiene su marcha ;

va por entre los granos magníficos y los campos florecidos, tronchando las espigas del derecho, sembrando la esterilidad en los llanos arados por sus garras de pillaje ;

los pueblos en un espanto de agonía, apenas si alzan sus frentes de larvas, hundidas en la tierra para verlo pasar ;

y no ven la Muerte, que llega, sino al resplandor de la espada que cercena sus cabezas ;

un gran silencio, grande como el de un mar ante los náufragos, parece escuchar la majestuosa voz evocatriz, que puebla el horizonte con la pesada gloria rítmica de las grandes evocaciones ;

el vértigo de la gloria no pasa ya sobre los corazones trágicos ;

los herederos de las grandes epopeyas, no saben resucitar de entre el lodo sangriento, la sombra de

aquellos grandes victoriosos, que se alineaban para morir, ebrios de gloria, al sonido de las fanfarrias épicas, que sonaban sobre sus cabezas transfiguradas, como el himno luminoso de una tempestad de prodigios ;

degenerados, enervados, se debaten en las tinieblas, sin acertar á salir de la angustia, por las puertas del esfuerzo ;

su enervamiento poderoso es cuasi la apoteosis del marasmo ;

las palabras, sonoras y grandiosas no dicen nada á sus corazones atrofiados ;

¡la Gloria! ¿ es que dice algo á sus oídos ese vocablo, intraducible y cuasi extraño á sus almas nostálgicas del yugo ?

las visiones raras, apoteósicas de heroísmos antiguos ¿ no dicen nada á sus pupilas turbias, obscuras por el llanto del esclavo ?

¡nada, nada!

nada despierta los cóndores, que duermen con las alas rotas, sobre los estandartes vencidos ;

nada ;

y, las águilas llegaron, llegaron de mares muy remotos poblados de maravillas y posadas sobre el pecho de los pueblos inertes devoraron su corazón, su cobarde corazón, que no habia sabido ni latir para la libertad, ni ofrecerse á la muerte en el amor heroico de la gloria ;

ahora que el conquistador avanza, mutilando los pueblos que vence, insolente y feliz entre la turba

de libertos, que baten palmas de victoria, delante del carro vencedor, ¿ qué dirán aquellos profetas de la servidumbre, que rieron al anuncio de los profetas de la libertad que anunciaban la aparición terrible de los bárbaros ?

¿ qué dirán de la miseria infinita de sus mentes sin vuelo y de la enorme estulticia de sus palabras sin portada ?

¿ qué dirán ?

¿ conservarán aún adeptos en presencia del mentís que los bárbaros les dan golpeando con sus picas, sobre sus cráneos sin pensamientos y sobre sus corazones sin valor ?

¿ qué actitud guardarán en presencia de la derrota que los acontecimientos les infligen ?

¿ la enfatuación del sofisma les cerrará los ojos, ante la sangrienta lección que los hechos terrificantes y sangrientos les han dado ?

ese contagio bélico que gana todos los poderosos, y resucita las orgías de sangre, la saturnal de las hecatombes que parecían cerradas para siempre ;

esos gestos sangrientos del furor humano, terribles gestos de barbarie, que hacen recular asombrada la pobre piedad consoladora, relegada á los limbos del olvido, ¿ serán hallados bellos por estos indigentes de la mentalidad, por estos terribles acéfalos de la banalidad, cuya miseria intelectual se ejerce en trazar eternamente una curva ignominiosa en el vacío ?

tal vez ;

voluntariamente ciegos ó ignominiosamente serviles, continúan en negar la amenaza que se alza formidable ante la clarividencia y la lucidez trágica de los grandes visionarios ;

.
.

¡oh, pueblos de América! ¡la hora ha llegado!
las hordas mercenarias que devastan la tierra
han llegado hasta vosotros ;

no se detendrán ;

marchamos á reculones ante ellas, por un llano
sin senderos, ante un horizonte iluminado de relámpagos ;

el movimiento de devastación avanza ;

ó armarse ante él ó sucumbir bajo él ;

he ahí el dilema.

la cólera sagrada...

No hay retórica posible frente al crimen irreducible ;

el trabajo de la frase, el brillo de la metáfora, se rompen ante las sinuosidades del delito, como la ola contra la roca, y saltan coléricos con el desgremamiento tormentoso de una cabellera de Medusa ;

meditando sobre las vastas obscuridades de la Historia, la cólera puede hacerse serena como en Tácito ;

la lontananza tenebrosa, lima los hoscos y lejanos lineamientos del delito ;

pero, ante el encuentro tumultuoso, inmediato, del crimen, y la aparición fantástica de los harapientos de la crápula, la serenidad sería una complicidad ;

el grito es un deber ;

la vasta meditación religiosa del pensador, interrumpida por el tumulto, ha de convertirse en cólera

sagrada y su frase en látigo de luz vibrante en los espesores de la sombra, con ceguera inexorable, castigadora de larvas insurrectas, en el tormentoso abismo, donde fluye y refluye el oleaje tenebroso del delito;

Isaías, prometiéndole Nínive á los topos ;

Ezequiel, prometiéndole Jerusalem á las llamas ;

¿qué son ?...

son el encuentro trágico de la conciencia humana con el cínico crimen vencedor ;...

.
la fidelidad á las ignominias de su tiempo, es la mayor vileza de las mediocridades y la mayor tristeza de las grandes almas, que ven, con espanto doloroso, la declinación rápida de su tiempo hacia el oprobio ;

cada hora de la Historia tiene su Tiberio y su Cristo, su Capitolio y su Calvario, su César y su Mártir ;

adorar lo que ella adora, vilipendiar lo que ella vilipendia, es la triste misión de las turbas inconscientes, la sola noción de vida de las mayorías abyectas, ineluctablemente enfermas del torpe pecorismo nazareno ;

el alma del hombre libre no sigue esa corriente de bajezas ;

aislada en esa tempestad de fango, es como un gran farallón iluminado en la sombría tragedia de la noche ;

el refractario es la protesta ;

es el grito contra las cosas viles de su siglo ;
sobre él caen todas las violencias y todas las inclemencias del rayo y del insulto ;

porque no sigue las debilidades de su época ;
porque no adora sino la libertad y no corteja sino á ella ;

porque no canta las *aleluyas* de la victoria, miserable y vil ;

porque no se inclina ante las grandes imposiciones del Destino adverso ;

porque en medio del desaliento invasor que paraliza los ánimos, las tempestades de sus cóleras decoran con una emoción de incendio, el horizonte fastuoso de sus grandes pensamientos ;

porque sus brazos, perfilados en el gesto del espanto y del reproche, no se extienden en actitud suplicatoria ;

porque su frente se alza hacia la tempestad, desafiadora, buscando el rayo, sin temerlo ;

porque sus rodillas no se doblan ;

porque desprecia los recursos del silencio ignominioso ;

porque sabe que el silencio quema los labios que sella ;

porque mira con horror y castiga con rigor á los amos de los hombres ;

porque no se inclina ante la talla de esos pigmeos, que para verse grandes hacen poner los otros de rodillas ;

porque su risa agobia la triste grandeza de esos

ídolos, que no pueden verse altos sino en su horizonte de cabezas inclinadas ;

porque su desdén es implacable para aquellos que deshonoran el suceso por la ineptitud y sacrifican los caprichos de la victoria por el exceso de su mediocridad y que ciegos ante el horizonte negro, provocan las tormentas, no por exceso de valor sino por falta de genio ;

porque afrenta esos déspotas ridículos y sensuales, que viven bajo el solio como en un escenario de opereta y se revuelcan en la púrpura como en el calor hospitalario de su lecho de mancebía ;

porque se indigna ante esos pueblos ávidos de milagros y de azote, que esperando la grande Epifanía de la Quimera, se desbordan de ese entusiasmo con que el servilismo de las multitudes saluda á los amos que la casualidad les da ;

porque sonrío de misericordia y de desprecio, ante esos zoófitos de la omnipotencia, pobres seres de miseria, que no tienen nada en torno suyo, ni siquiera las tristes mentiras del prestigio ;

porque sacude y hace estremecer la cabeza estupefacta de esos ídolos de la Idiotía, monstruos de arcilla, instrumentos de destrucción al servicio de una fuerza brutal, trágicos como el incendio, irresponsables y fatales como el hacha de un verdugo, gesticulando en la insolencia de sus pretensiones ya que no pueden tener el orgullo de ellas ;

¡tristes electos del acaso y del favor, cuya desme-

surada maldad, está en razón directa de su sagrada nulidad !

porque se rebela á reconocer que el esfuerzo noble sea impotente á conjurar las catástrofes y arroja una mirada de legítimo orgullo sobre su obra redentora ;

porque el magnetismo del peligro lo seduce en las cargas heroicas de la prensa y ama la atroz poesía del combate, el gesto del último vencido, cabalgando hacia la muerte ;

porque en la pertinaz visión de las cosas humanas, sus ojos se hacen tristes y sus frases se hacen amargas ante la interminable procesión de los rebaños de hombres en camino hacia los rojos mataderos, bajo la sangrienta aprobación de ponientes incendiados, en la tristeza infinita de un horizonte de cenizas ;

porque con un amplio gesto indignado, como el de Antonio descubriendo el rostro de César apuñaado, descubre el cuerpo sangriento del derecho asesinado y clama por su venganza ;

porque no capitula, no se rinde, no se calla ;

porque persiste en denunciar el crimen, cuando la tierra tiembla y enmudece ante él, como dice la palabra de la Biblia ;

por eso lo insultan, por eso vociferan, por eso amotinan los pueblos y los lacayos contra él: . . .

.

y todas las flagrancias de la tortura no podrán nada contra él ;

los Xerxes del espanto y del terror, retrocederán ante su cólera, que es santa, ó temblarán ante su serenidad, que es augusta:

el Destino lo hizo así, inquebrantable como la roca, inexpugnable como el sol;

alumbrará, quemará y carbonizará;

así estaba escrito en la génesis de su vida;

su lumbre de astro, iluminará y fulminará, sobre las podredumbres desoladas de los siglos;

y, el paso de su vida se sentirá como los truenos del Sinaí: como el tropel de las águilas enloquecidas de Efeso; como las cabalgadas astrales del Apocalipsis;

la soledad potente de su vuelo apaga los rumores del tumulto...

El Incororable Dilema.

La fuerza es el derecho de las bestias, dijo Cicerón ;
y ese derecho de las bestias, es el que hoy priva
sobre el mundo ;

en este momento de estupor y de desolación uni-
versales, en que con sus manos negras, las tinieblas
cierran el horizonte, ante nuestros ojos hambrientos
de esperanza, no se ve por toda el haz de la tierra,
sino las fuerzas tumultuosas del pillaje, preparán-
dose al combate ó marchando á la conquista ;

como inmensas aves de presa ; ellas caen sobre
los pueblos inermes ó desprevenidos y los devoran
impasibles ante esos vencidos que piden ; gracia !
cerrados sus oídos al clamor de todas las miseri-
cordias ;

con las águilas y los vientos descienden en tromba
impetuosa, la muerte y la desolación sobre la tierra ;

de ellas es el dominio amplio del mundo que
tiembla bajo este deseo inhumano, bajo este sueño
bárbaro de la rapacidad y el exterminio ;

las turbas carniceras pasan sembrando la muerte, y su espada se retuerce, asesinando la Libertad en las profundas fuentes de la Vida;

y, va feliz la conquista, hermana sitibunda de la muerte, por entre el polvo de los pueblos que su arado sembró de infames ruinas, extinguendo en ellos todo germen radioso de vidas futuras;

en las Filipinas, la raza vencida es exterminada por el agua, por el hierro y por el fuego; nadie, ni los niños de pecho obtienen gracia ante los conquistadores airados, bajo cuyos pies de bárbaros septentrionales perece una civilización de siglos; entre la gleba ensangrentada yace el corazón de los héroes exterminados por la conquista; los herederos de Washington eclipsan el horror de los conquistadores asirios, y allí donde no llega la pica de Atila, asciende lentamente la mula de Filipo; vencen por el oro los corazones que no fueron dignos de ser traspasados por el hierro, y deshonoran las almas que no fueron dignas de morir...

comprar la victoria al precio del crimen, no es comprar la gloria, es deshonorarla;

los alemanes en África, aun castigados por la derrota, marchan á exterminar las razas *inferiores*, á las cuales no son capaces de civilizar, y tienen tiempo de deshonorarse por manos de sus príncipes, entregados al *heroico sport*, de hacer blanco de sus tiros el cráneo de sus vencidos indefensos; y así deshonoran la civilización en una *epopeya* que no puede siquiera apellidarse bárbara, porque le falta

el heroísmo, que ha sido siempre la virtud de la barbarie;

en el Transvaal la raza vencida perece ó se dispersa, recordando que :

No hay más salud para el vencido que una;
y es no esperar del vencedor ninguna.

la China, siente el esfuerzo de la conquista desesperada ensangrentar sus campos y profanar sus templos; y espera el fin del duelo formidable, para saber quién ha de devorarla, qué fauces mutilarán la cola del dragón;

los valles silenciosos y monacales de Thibet ¿no han sentido bajar hasta ellos, y caer sobre el palacio de los Lamas, las águilas de la conquista, descendiendo de sus altos cerros, furiosas, como si las crestas de las montañas sagradas hubieran sido piedras para afilar sus garras?

el espíritu de los conquistadores parece presa de una embriaguez de sangre... y como leones en la selva, entran en el pillaje.

el contagio bélico gana todos los corazones;

los grandes gestos de la violencia y la conquista llenan el horizonte;

no se ven sino manos tendidas hacia la rapiña y hacia la muerte;

la crispatura de la codicia y del coraje, descompone los rostros, sobre los cuales la mueca convulsa

de Caín recuerda el horror del hombre primitivo ;
 las palabras han perdido su significación augusta ;
 no se habla sino de *héroes*, es decir, de hombres de
 violencia y de matanza ; los más sangrientos gestos
 del furor humano son hallados bellos, y la barbarie
 hace recular asombrada la pobre piedad humana, á
 los limbos del Olvido ;

¿qué podrán contra esos hechos, abrumadores y
 tangibles, las sonoridades oratorias de los apóstoles
 de la piedad y de la paz ?

¡nada! ¡ nada!...

es la hora del furor en los fuertes ;

¡la hora del valor para los débiles!

ellos son los acechados ;

y serán los devorados ;

¿qué piensan ante este movimiento de regresión
 á los instintos primitivos, nuestros pueblos de Amé-
 rica, tan débiles y codiciados, ya mutilados y ven-
 cidos ?

marchando á reculones por un llano sin senderos,
 acorralados entre la selva y la conquista, ¿qué piensan ?
 ¿ piensan siquiera ?

ante esta condensación de peligros que descende
 sobre ellos, ¿han de permanecer inmóviles, aguardando
 la ola negra que debe devorarlos ?

¿ quedarán inertes ante este huracán de catástrofes
 que llena el mundo y conmueve las más hondas pro-
 fundidades ?

¿ volverán los ojos hacia el peligro y mirándolo de
 frente, sabrán esquivarlo ó vencerlo ?

¿sabrán conocer sus enemigos y desconcertarlos por la audacia ó vencerlos por el coraje?

.....
¿cuál es el peligro de la América Latina? : EL PELIGRO YANKI;

alguien, desde lo alto de sus soberbias demencias, denunció al mundo occidental : *el peligro amarillo*;

y, la Europa se prepara contra él;

esas olas de tártaros feroces, que cayeron el rostro contra el suelo en los fangosos llanos de Mandchuria, fueron algo más que las vanguardias de la desolación y del pillaje, fueron las avanzadas de una raza, marchando á contener la invasión silenciosa de otra raza adventicia que despierta;

fueron la primera muralla, que Europa, desconcertada y vencida, quiso alzar ante el Asia vencedora;

esos esclavos armados, bestias de pasividad, que cayeron así, en montón informe, los puños alzados contra la suerte adversa, al pie de los muros negros y las fachadas centellantes de oro de los grandes templos mongólicos, fueron la primera cosecha que el miedo de una raza amenazada y decrepita ofreció á la hoz segadora de una raza resurgida, que avanza con el esplendor cegador de un *sol levante*;

en ese mar de sangre se ahogó la rebelión de un crepúsculo, contra un cielo oriental, resplandeciente de auroras:

.....
y, he ahí cerca de tres lustros que vengo anun-

ciando á los pueblos de la América *el peligro yanqui*;

y, con sus oídos, sordos por el rumor de sus vociferaciones, ellos no oyeron;

y, con sus ojos turbios por brumas de esclavitud, ellos no lo vieron;

desde la soledad de mis dolores y de mi ostracismo, sobre las playas del infortunio y del destierro, por todos los climas donde la tempestad empujó mi barca, mi grito anunciador y denunciador no se ha callado;...

dondequiera que he puesto el pie, he hecho tribuna de las tablas de mi barca, rota por los naufragios, y desde ella he anunciado á la América Hispana, la llegada de los bárbaros...

y, ella, no me oyó;

y, los bárbaros llegaron;

ellos han quitado los más bellos florones á la corona secular de la latinidad vencida y dispersa en las selvas del trópico;

ellos, han mutilado á México, aprisionado á Cuba, conquistado á Puerto Rico, y despedazado á Colombia, con el robo audaz de Panamá...

el águila azteca tiene ya una ala rota y aprisionada en el pico del águila sajona;

la *Estrella Solitaria*, cautiva cayó, como un pez dormido, en la red de oro de aquellos pescadores de pueblos;

las turbas hambreadas y esqueléticas que en diaria y dolorosa emigración, dejan cada día las costas de Puerto Rico, anuncian al mundo, cómo la raza inva-

sora y rapaz, persigue, aniquila y destruye la pobre raza vencida, que se les entregó allí como un rebaño!

la ironía cruel del insulto responde al gemido de los que, debatiéndose en esa tenaza de Hércules, osan reclamar el derecho sagrado de la Vida, al derecho brutal de la Conquista;

en Panamá, no es la raza latina, la vencida y la humillada : ella no había echado allí raíces;

pero, mueve á piedad esa triste raza negra, crecida allí en aluvi3n cosmopolita, sorprendida y vendida al yanki, por las manos delictuosas de un sucio aventurero;

aquellos tristes siervos del océano, que Buneau Varilla vendió en Washington á tanto por cabeza, comienzan ya á temblar bajo el látigo del amo;...

la raza conquistadora romperá pronto bajo sus pies, ese imbécil tumulto de razas africanas, abrumándolas con la misma ley del desprecio, que hace del negro americano el más doloroso de los parias;

¡pobre pueblo vendido! ¡triste fragmento de Colombia despedazada!...

mutiladores de México, expoliadores del Istmo, ellos tienen el cuello de la América prisionero en esa tenaza formidable;

y, continúan apretando y estrangulando á esos pueblos, que se debaten, prisioneros en ese círculo de hierro, amenazando su existencia efímera, que, despojada de la fuerza, parece no tener una sombra de derecho para cubrirse;

¿cómo alzarnos, cómo organizarnos, cómo defen-

dernos, ante estas avanzadas de hoy, débil anuncio de las que vendrán mañana, para despojar, anonadar y extirpar nuestra raza vencida, sin fuerza y sin cohesión?

¿Cómo prepararnos para resistir y para vencer ante esta alba profunda, — alba de sangre — ante este enigma de fuego, que nos cerca, poniéndonos el pavoroso dilema de *Luchar ó abdicar, Vencer ó desaparecer?*

no es posible otra solución;

¡vencer! y, ¿nuestra debilidad?

pero, ¿por qué somos débiles?

porque estamos aislados, disjuntos y dispersos; y, así, extraviados, divididos, diseminados, como tribus aventadas por el huracán de una maldición bíblica, somos un campo abierto á la conquista, y con los ojos cerrados ante el abismo, nada pensamos, nada acordamos, nada hacemos para organizarnos ante la invasión de los bárbaros, para repeler á Atila y á Alarico, ó para escribir con nuestra prudencia páginas de previsión, antes de desaparecer escribiendo un poema rojo de heroísmo estéril, ante la obra inexorable de devastación, que viene sobre nosotros;

el dolor tiene admoniciones trágicas;

inclinados sobre el abismo, como sintiendo el encanto del vértigo, los pueblos de América, parecen no escuchar las advertencias del Destino, cuando la lanza de los bárbaros se ha clavado en su corazón;

¿cómo no oír los toques de clarín de la conquista,

que compendian toda nuestra vida en su siniestra vibración?

PREVER Ó DESAPARECER, he ahí el dilema;

y, ¿cuáles la palabra de la Previsión? UNIÓN;

unión de esos pueblos todos bajo el estandarte glorioso de la raza;

unión estrecha y fraternal de los pueblos todos de la América Latina hasta hoy ferozmente encelados y dispersos;

unión de esos países con la Madre Patria, unión estrecha y filial, ante el espanto y el peligro, frente al furor y al odio del contrario;

aproximación á la Italia y á la Francia, las dos hijas mayores de la raza;

como una continuación del Congreso Hispano-Americano reunido en 1900 en Madrid, convocar un Congreso Ibero-Americano, para reunirlo en Caracas, Santiago, Lima ó Buenos Aires, con diputados de España y la América española, *exclusivamente*, sin mezcla exótica con la raza invasora y voraz, como ha sucedido en esos congresos del Pan-Americanismo, ideados é impuestos por el yanki y secundados por nuestros políticos intonsos y pueriles;

invitar á ese Congreso á los publicistas y periodistas que en Francia y en Italia secundan y definden el pensamiento de esta unión;

promover de una manera ordenada, constante y pertinaz, el movimiento de una grande emigración española é italiana, hacia nuestros bosques ubérrimos y nuestros llanos desiertos;

y, para ello, dar nuevas y generosas eyes de emigración, que no conviertan en parias desventurados á aquellos que van hacia nosotros, en busca de trabajo y de fraternidad;

á la diplomacia, protocolaria, apolillada y vacua, suplirla con una mejor organización consular, activa, ilustrada, concedora de las necesidades comerciales, industriales y agrícolas de esos países y los de aquende el mar;

dar por medio de tratados comerciales y de nuevas leyes aduaneras, las mayores franquicias posibles al comercio de España y los otros países de Europa, hasta *boicotear* y colocar en una inferioridad marcada, el comercio yanki, que tiene acaparadas las mejores plazas de nuestra América;

promover con el intercambio de productos el intercambio de ideas y unirnos por los intereses, por el cerebro y por el corazón;

aliarnos, es decir, amarnos y ayudarnos;

unirnos, es decir, salvarnos;

he ahí la obra;

trabajar por ella y en ella, es la única obra digna de los pensadores y de los hombres de Estado, de todos los conductores de conciencias, en esta época menguada en que todo se empequeñece, hasta los más altos ideales, y, en que entre la polvareda de una ruina total, nuestros pueblos parecen haber perdido todo: hasta la conciencia de la Vida;

es necesario no consentir en esta muerte social, en este desaparecimiento lento de la raza, en esta

total abdicación de los corazones, en este envilecimiento de las almas, que no muestran ante el peligro sino el ineluctable horror de una absoluta indiferencia;

es necesario reaccionar contra la inercia suicida de esos pueblos, que renunciando á las justicias humanas, parecen esperar lo todo del milagro y sólo traen con su marasmo, un acrecimiento mayor de sus calamidades;

es necesario arrojar al abismo el hacha ya mellada de las ideologías é ir directamente á la acción;

nuestros invasores son los zorros escapados de los arenales de Cartago; nosotros somos lobatones de los del Lacio y cachorros de los leones de Castilla; sepámoslo probar;

frente á los mercenarios de Amílcar, alcemos la sombra de Escipión;

.

Es necesario combatir el yanki, ó declararnos francamente sus esclavos;

to be or not to be;

pero en caso de decidirnos por la esclavitud tener siquiera el valor de proclamar altamente nuestra infamia;

y, probar claramente al mundo, que los leones de Castilla no dejaron descendientes en nuestras selvas,

donde manadas de orangutanes bélicos, se dejan domesticar, apretando entre sus manos de palmípedos venales, las bellotas de oro que los conquistadores les arrojan, y, alzando al viento sus colas, como estandartes de victoria;

¡la triste victoria de la animalidad domesticada por la Fuerza!...

anticiparse á la derrota, es el triste recurso de los pueblos que no merecen ni el honor de ser vencidos;

Luchar ó abdicar ;

Vencer ó perecer ;

Unirnos ó morirnos ;

La Unión ó la desaparición ;

he ahí el Inexorable Dilema ;

es necesario escoger ;

escojamos.

El alma de la Raza.

¿ Somos latinos los americanos del Sur ?

¿ Somos retoños puros del latinismo enfermo, que se transforma ó agoniza, en los llanos tristes de la Historia, sobre las ruinas de su civilización greco-romana ?

¿ podemos incorporarnos, *sin objeción*, al grupo de naciones latinas, que se disputan la hegemonía del mundo, con las hordas crecientes y voraces de la raza anglosajona ?

¿ somos *puramente latinos* ?

yo, no lo creo ;

no somos una raza ; somos un turbión de razas, una como barra, formada por el oleaje fortuito de una marejada de pueblos ;

toda nuestra ancestralidad esta allí, contradiciendo la leyenda de nuestro latinismo presuntuoso ;

¿ todo está de pie para atestiguar nuestra procedencia bárbara y el ocre impuro de nuestra sangre de mestizos ?

esa es la verdad, y ese el orgullo nuestro debe ser; ¿por qué avergonzarnos de no venir directamente de los galos ó los helvecios, de los iberos ó de los francos?

no hay razas inferiores;

la inepta teoría, hecha ya de un arcaísmo repugnante, ha sido arrinconada por la ciencia, en el rincón de los tráfigos inútiles;

hoy no la profesan sino los ignorantes y no la creen sino los necios;

el hombre, es uno;

todos iguales, todos producto animal, de esa *gelatina amorfa*, que forma las entrañas del planeta (1);

en vano el orgullo de los estultos, ensaya todo para negar su obscuro pasado de cuadrumanos, su gran abolengo de antropoides migratorios, del océano índico á las mesetas de Iran, y á los tranquilos valles del Thibet;

el *Ramayana*, la Biblia india, ¿no consagra el abrazo de Rama, con el mono Hanouman, el universal lazo, de todos los seres vivientes?

no hay diversas humanidades, no hay sino *la humanidad*, — el hombre, — ese triste animal pensante, condenado á la pena de vivir;

el mismo, desde el canibal antropófago de la Nueva Guinea, *al bello animal rubio hiperbóreo*, como llama Nietzsche al germano, descendiente de los doliocéfalos de Reihengräber;

(1) El Bathybus.

¿por qué pues dolernos de nuestra estirpe?

no somos latinos; somos latinizados;

el aluvión de todas las promiscuidades nos hizo una raza aparte, heteróclita y multicolor, llevando en nosotros, todas las debilidades y todas las energías, de las razas genitoras;

y por eso somos, esa mezcla abigarrada, de salvajismo y de refinamiento, teniendo todos los furores de la selva y todas las arterias de la civilización; confinando por un lado con el mono, y por el otro, con los viejos dioses de las teogonías asiáticas;

como César, el romano, podemos hacer el alegato de nuestra ascendencia divina, y como Darwin, el sajón, podemos enorgullecernos también, de nuestro abolengo simiesco;

colocados á igual distancia entre la barbarie y la civilización, entre la Heliada y la selva, extendemos al Oriente y al Occidente, nuestros dos brazos bravíos de bárbaros autóctonos;

y mientras grandes monos épicos, y enchamarrados, llenan nuestras selvas, con el grito guerrero, de sus heroísmos mitológicos, ó sorprenden y asombran el criterio de la historia, con el horror de sus tiranías bozales y grotescas, espíritus nuestros, cultivados y exquisitos, afinados y sutiles, llenos del más puro helenismo, sorprenden el pensamiento de la Europa, y fuerzan su admiración, con la riqueza de una cultura que asombra y la exquisitez de un gusto artístico que encanta;

pero, nuestras multitudes acerebradas y analfabe-

tas, vegetan en un limbo cercano al de las bestias, y su inviolada animalidad, los hunde en un marasmo de larvas ;

¿ somos bárbaros? no.

¿ somos civilizados? no.

estamos tan lejos de la civilización como de la barbarie ;

somos pueblos en gestación ;

nada definitivo, se marca aún en esta hora de nuestro crecimiento ;

somos amorfos ;

.

¿ somos latinos?

no, en el sentido étnico de la palabra ;

no pertenecemos á la raza latina, pero sí á las naciones latinas ;

la raza implica la unidad de caracteres físicos y etnológicos, la homogeneidad antropológica, mientras el ser naciones latinas, ó latinizadas, no implica, sino el habernos asimilado por predisposición de gérmenes ancestrales, el genio y la cultura latinos ;

hablamos la lengua de los dominadores, es verdad, pero : *la lengua no es un carácter de raza, sino de nacionalidad* ;

nos falta cohesión orgánica, para ser pura raza latina; y no podemos serlo, dentro del tributo de razas diversas que nos informan ;

en el grupo de naciones latinas de Europa, la raza es *una* : todos son blancos.

¿ podemos nosotros decir lo mismo? no;

en América hay gente blanca, gente india, gente negra, pero no hay una raza blanca, raza india, ni raza negra;

no hay sino la raza, — nuestra poderosa raza tropical, — hecha de todas las variedades humanas que han entrado en la formación de ella;

de ahí nuestra asombrosa y oculta potencialidad orgánica para lo porvenir;

de ahí que no tengan que ver con nosotros, esos estigmas de muerte y decadencia, que asaltan á la raza latina, como á todas las grandes razas que han culminado;

no se decae sino cuando se ha llegado al apogeo de la civilización;

nosotros, no hemos llegado aún á ese cenit;

hemos sido y permanecemos bárbaros;

las sutilezas de la falsa civilización no han acabado con nuestra fuerza étnica, con el arcaísmo de nuestra barbarie, casi viejo como el mundo;

nuestra salud, nuestra fuerza de pueblos vírgenes, es la garantía de nuestra individualidad;

pueblo que nace civilizado, nace enfermo;

haber nacido bárbaros es nuestra fuerza;

lo que hay de enfermizo y de morboso en nosotros, nos viene de las razas afinadas que nos dieron su sangre;

nuestros defectos y nuestras virtudes, nuestras debilidades y nuestras energías, fruto de nuestras mezclas étnicas y de las infiltraciones extranjeras,

nos hacen un grupo aparte, matizado y cambiante, incalificable é inabarcable;

somos amarillos y berberiscos, africanos y celtas; confinamos etnológicamente, con los nipones y los hotentotes, con los iberos y con los chibchas, con los artabros y los aztécas; llevamos el atavismo de todas sus religiones, de todas sus civilizaciones, de todas sus barbaries;

nuestra historia está allí para gritarlo; . . .

.

El Continente occidental, dormía en una noche de siglos, en una quietud milenaria, en la lenta agonía de los imperios estacionarios;

ningún viento extraño soplaba, sobre el pálido estancamiento de aquellas razas quietistas;

la civilización azteca, la civilización maya, la civilización inca, la civilización chibcha, eran civilizaciones de origen oriental; imperios hieráticos, llenos de la majestad de reyes salomónicos, de la quietud de pueblos esclavos, de la omnipotencia de pontífices erméticos;

lo que queda de sus grandes templos, de sus palacios suntuosos, de sus ciudades neolíticas, ardidors por la conquista, lo testimonia aún por esas ruinas en pie;

¡ ay! aquellas eran razas de adoración y razas de sumisión, razas de sangre y razas de fe y la sombra que proyectan en aquella época de la historia, es la de un trigal inmenso doblado por el viento; un gesto de adoración;

esas razas habían venido en quién sabe qué obscura, antediluviana emigración, al occidente, pasando por el estrecho de Bering, que era entonces un istmo;

rota por las olas aquella puente, que los unía á su tierra oriental, lenta y grandiosa, quedaron aislados los grandes imperios y las tribus bélicas y se desarrollaron autóctonos, pobladores en el inviolado Reino del Silencio...

los siglos los usaron y los domeñaron;

su civilización se hizo decrepita, como la de los grandes imperios del Ganges, del Nilo, del Eufrates, llena del silencio caótico y pesado de los grandes valles mesopotámicos;

y, como nuevas Persépolis, sus grandes ciudades, languidieron en la inercia, se hundieron en el marasmo, y las torres de sus templos, vacilaron en un miraje de muerte...

entonces llegó Colón;

el aventurero que iba á las Indias, tropezó con la América; la casualidad lo hizo inmortal; su gloria es hija del Acaso; su genio se llama : el Azar;

cuando el genovés pisó la América, las civilizaciones orientales, crecidas bajo el sol del trópico, tocaron su esquila de agonía : la hora de morir les había llegado;

y, fueron arrasadas;

como toda raza en decadencia, su resistencia fué débil, y su desaparición silenciosa y triste;

se hundieron bajo sus soles impasibles, que

habían adorado, desaparecieron en un mar de sangre, con sus dioses, con sus reyes, con sus tristezas y con su historia;...

nada se salvó;

Guatimozin, se esfumó, como el alma de una raza, como un perfume de heroicidad, entre la hoguera roja, como *sobre un lecho de rosas*;

Atahualpa, alzó su augusta cabeza sin corona, en la pica en que la justicia, debería haber alzado, la de aquel bandido sin entrañas, que se llamó : Pizarro;

el Cacique de Guatavita, al sepultarse en la laguna sagrada, con sus siervos, sus ídolos y sus tesoros, se hundió también con un jirón de la historia, entre sus vasos de oro;

nada quedó de la raza. . sino las hembras sometidas, para procrear otra nueva;

en aquellos moldes indígenas, creó la semilla ibera, el *etalón* de la raza futura;

la que había desaparecido, no era una raza pura;

cuando los amarillos, los aventureros malayos, aparecieron sobre el continente, debieron mezclarse con hembras aborígenes de quién sabe qué razas, de paleontología prehistórica, con las cuales crearon las muchedumbres de sus imperios oscuros y babilónicos;

los aventureros de España, feroces y sensuales, asesinaron todo germen de varón y fecundaron todo vientre de hembra;

así, latinizaron la raza, con lo que de latinos tenían, aquellos descendientes mezclados de árabes y berberiscos, de astures y cantábricos;

y, esa nueva raza híbrida de conquistadores y de esclavos, pobló los grandes campos talados, donde se alzaba antes, el esplendor de los imperios desaparecidos;

¡raza también de abyección y raza de adoración!
¡raza también de fe y de sangre! ¡raza homicida!
hecha para pasto de los dioses y de los amos;

aquellos aventureros que la engendraron, eran esclavos también, de un rey, católicamente bárbaro; su sangre no era pura; ella tenía del vasco y del évor, del celta-nerio y del godo invasor, de los musulmanes soñadores y de los ligures braquicéfalos; en muchas de aquellas tecees cobrizas y de aquellos grandes ojos, nostálgicos de soles blancos, brillaba el alma africana, el alma mora, engendada en noches de luna en los aduares de Córdoba ó á la sombra de los grandes palacios de Granada;

mezcla de godos y abencerrajes, del islamismo y del catolicismo igualmente feroces, aquella raza llevó consigo todos los fanatismos y todas las violencias, todas las ignorancias y todas las supersticiones de los cultos sangrientos y tenaces; y con ellos encadenó las almas que no mandó á la muerte;

á la teocracia oriental y mongólica, sucedió la teocracia occidental y católica; á los Emperadores sucedió el Rey; el culto de la divinidad, se hizo culto de humanidad; ya no se adoraron los astros sino los

hombres, y al Sol, sucedió el Cristo, en la stirpe degenerada de los dioses ;

y, al pie de la Cruz y de la espada, se ayuntaron, la raza vencida y la raza violadora, en uno como abrazo de fieras ;

y, de allí surgió una raza triste y rencorosa, llena de instintos vagos, de fatalismos siniestros, de tradiciones absurdas, y en cuya sangre el virus de la religiosidad, se infiltró como un morbus de muerte ;

como en una confluencia de obscuridades todos los fanatismos se encontraron en ella, y fué religiosa y guerrera, como una tribu de islam, aventada por la palabra de Mahoma, tumultuosa y abyecta, como una turba de esclavos, educada por la palabra de Jesús ;

así pasaron siglos, de una como vegetación animal, hasta que un día, como si esa pobre raza, hecha de bastardías, no tuviera bastante con la hibridez de su sangre, la codicia de los conquistadores trajo á sus campos el esclavo africano, y desató sobre ella el aluvión de las razas negras ;

y, el negro apareció entre nosotros, diseñando su silueta encorvada, sobre los campos taciturnos, bajo un ramal de azotes ;

y, él, nos trajo también su alma enferma de esclavitud y fanatismo ; su pobre alma estática y mímica, todavía más cerca que la nuestra del hombre primitivo ;

y su barbarie se unió á nuestra barbarie, bajo este huracán de esclavitudes ;

y sus ojos, soñadores, de los blancos soles de Nubia, y de las obscuras selvas hotentotas, miraron con codicia de carne, la desnudez tranquila de la hembra indígena, perdida entre el agua y el sol, bajo el follaje espeso, que la quimerizaba;

y, su cerebro caótico tuvo acaso presciencia de los soles gloriosos del futuro, bajo los cuales sus hijos habían de ser como reyes..

y, acaso miró á lo lejos, la sombra de Lili, dominador, con una espada sangrienta y la gloriosa visión de Maceo, libertador, con una estrella en la mano;

y, en su cerebro, que la sombra cubría con manos negras, como un flotamiento de hullas, impenetrables, la esperanza abrió un hueco de luz, tras del cual miró la vida, grande y sonora, como un mar. . .

.

Pasado el tiempo, un movimiento de revuelta, terrible como un cataclismo sísmico, conmovió ese mundo, bajando como un alud, de los grandes montes negros hacia los llanos de oro;

todo lo llenó en un instante, con su potencia profunda, con el galope salvaje de sus corceles guerreros;

este huracán rompió las cadenas del esclavo, lo hizo hombre, y lo ayuntó á las hembras libres;

y sus nervios, su sangre, su fuerza hicieron alianza, de esclavitudes vencidas, en los vientres estremecidos y gozosos;

pero ¡ay! esta raza era también, de esclavitud y

religión, de sumisión y fanatismo, también sufría la obsesión de los dioses y de los amos;... también era una raza de presa, vencida por la conquista, domada en su triunfal orgullo; sus rodillas eran hechas para doblarse ante los ídolos y sus espaldas para inclinarse laceradas, bajo el azote; fueron nuevos gérmenes de esclavitud que entraron en la raza nuestra; otra raza vencida, que vino á arrodillarse á nuestro lado...

y, en los Estados independientes y oligárquicos, que se formaron entonces, prestos á la contienda y á la disgregación desenfrenada, y á la decadencia política rápida y completa, imperó el alma ondeante y maleable, inquieta, feroz y religiosa, de ese aluvión de razas, atónitas por la conquista.

y nuestro corazón rojo y viril sangró en la historia;

de ahí el estancamiento, la inmovilidad, el brillo artificial y monótono de nuestra civilización oleaginososa y difusa, que semeja el verde maléfico y mortal de una madrepora;

¡inmóviles, como los dogmas que nos enseñaron á amar! ¡tristes, como los mitos que nos enseñaron á adorar! ¡rebaños en tumulto, como tribus berberiscas bajo el alfanje de un Profeta! ¡raza extática y fanática, que se arrincona para morir, al pie del patíbulo de su dios! ¡raza católica, raza fatal! ¡es de nuestra alma mística que morimos!

.

.

Hay, pues, que remontarnos á los orígenes de la raza, para explicarnos sus desgracias de hoy ;

el elemento étnico es toda el alma de nuestra historia ;

es en él que debemos buscar, las razones á nuestra cobarde postración de hoy, la esperanza de una probable resurrección mañana ;

¿por qué conservando casi todos los instintos de la barbarie, no conservamos *la energía*, que es el distintivo, aun de los bárbaros conversos ?

¿por qué vamos de playa en playa y de naufragio en naufragio, en un monótono peregrinaje de esclavitudes, sin acertar á dar con la playa, donde pueda asentarse, nuestra integridad como pueblos y nuestra libertad como hombres ?

¿en dónde nuestra alma occidental, se separa del alma latina, que podríamos llamar europea, para designarla de algún modo ?

como la corriente de dos mares, una línea imperceptible pero profunda nos separa ; el alma oriental duerme en nosotros, indestructible como la vida, con su fuerza de inercia y de meditación, su profundo y pavoroso caudal de inexorables fatalismos...

Somos y permanecemos, chinos ;

psíquicamente, todo el problema de la civilización occidental, nos es extraño ;

lo tomamos y nos adaptamos á él, con un sentimiento vago de venganza, como los japoneses se han asimilado las fuerzas de Europa, para destruirla ;

en nosotros, grita la revancha, un odio atávico

muy rencoroso, mal oculto bajo nuestro diletantismo artificial de bárbaros europeizados;

el Asia, enorme y caótica, grita en posotros, con su grito solitario de bonzo ante el crepúsculo, un lento grito nostálgico de su grandeza domada;

el África, pone en nuestras fauces, el grito de sus leones famélicos; el huracán victorioso de sus desiertos, convulsionados bajo los soles, donde pasa el gesto de la luz, como una caricia de ala en el rostro de la noche;

y las razas eliminadas ó esclavas, protestan como un largo lamento, en el fondo de nuestra sangre turbia de mestizos...

es ella, la que hace esperar á algunos, en un florecimiento de razas autóctonas, en una resurrección de las razas vencidas, en un anficionado amarillo, que ha de ser como la resurrección del Lázaro asiático;

según ellos, el Cristo, el pálido Cristo malayo, amarillo y exangüe, que ha de tocar sobre la tumba muda, viene ya por los blondos arrozales, avanza por los senderos blancos, bordados de crisantemos, á la luz tranquila, cuasi estelar de un Sol Levante...

el anficionado de las razas se impone;

el humanismo, no puede nada contra el atavismo indestructible de las razas; el primero, es una teoría, el otro es un hecho; el primero es un sentimiento, el otro, un instinto; el instinto triunfa sobre el sentimiento; la civilización educa el instinto, no lo destruye;

la amplitud mental de los pueblos, comprende ciertas fraternidades, que el instinto ciego del hombre, no posee;

los grupos étnicos, los grupos de humanidad se aproximan, pero no se eliminan: viven autóctonos, á despecho de todas las teorías;

la cuestión antropológica, la cuestión étnica, la cuestión sociológica, nos separa por igual, de las dos grandes porciones de humanidad europea, de la septentrional y de la meridional, de la latina y de la sajona, de la que se mira como un pino triste en las ondas del gris y metálico mar del Norte, y de las que se inclinan como un ramal de rosas sobre las olas verde-azul de las aguas mediterráneas;

de esas dos ramas, la sajona, permaneciendo bárbara, según la dicción de un dialecto arcaico, por no haberse fundido en el mundo romano, está sin duda más lejos de nosotros, que la latina, que nos conquistó y nos dió parte de su alma, ya consumida por el virus del romanismo, y devorada por el catolicismo, como por una tisis voraz;

si se busca en nuestros orígenes históricos, tanto como en nuestros orígenes psíquicos, se hallará bien claro, la razón de nuestra inferioridad actual, de nuestra lenta inadaptación á la civilización Cesárea y decadente, de los pueblos greco-latinos que nos educaron;

nuestra civilización, es hija de la conquista, y de una conquista bárbara;

por la rebeldía de su alma católica, el país que nos

conquistó no ha entrado aún en la civilización, y permanece estacionario, fuera de ella, con todos los prodromos de la muerte, en medio del florecimiento prodigioso de las razas sajonas, que lo cercan y amenazan ahogarlo;

Roma cortó las melenas y las garras del viejo león histórico, que muere al pie de la cruz, cargado de amuletos, las pupilas agonizantes llenas aún del esplendor de sus visiones, sus garras tendidas hacia el espacio en duelo, como queriendo desgarrar con ellas, el velo misterioso de lo Desconocido;

¡ay! ese país fué la flor preciada del romanismo caduco y de la ortodoxia católica, que muertos ellos, comunicaron la muerte á las ramas aun florecidas por su savia delicuescente;

en cambio, las razas sajonas, que gracias á la absorción romana, permanecieron bárbaras y autóctonas ante el Imperio Romano, y no fueron absorbidas por él sino transitoriamente, separándose por completo con el movimiento de la Reforma, al conquistar el norte de América, sembraron una civilización que ha florecido en una brutal florescencia de energías, que se desbordan y ahogan los raquíticos arbustos, que el latinismo decrepito injertó más allá del trópico;

¡todas las pasividades nos fueron dadas en el contubernio de las razas!

la pasividad atávica, que nos venía del remoto oriente, se alió á la que el latinismo y el berberismo nos traían, porque nada igual al ejemplo de servi-

lismo que las razas latinas de la Europa, dieron al mundo ;

la docilidad del mundo latino á la conquista, asombró la Historia; mientras la hosquedad del mundo germano asombró á Roma ;

la ferocidad de la selva que devoró á Varo, fué la mandíbula de una raza, que no se cerró nunca ante sus opresores, sino para triturarlos ;

la ligereza, la inconsistencia, la versatilidad, la irrealdad, de nuestros conquistadores latinos, se mezclaron en nosotros, á la apatía, al disimulo, á la lentitud pavorosa y esquiva, de nuestros antecesores aborígenes ;

no pudimos latinizarnos por completo, porque el orientalismo brumoso y pesado de nuestra sangre, nos protegía, y no permanecemos, netamente orientales, porque el latinismo, vivo y móvil, nos entró por los poros, como una fiebre, y por eso quedamos así, soñadores é impresionistas, lentos y fantásticos, y fuimos unos como Cides malayos, peleando sin descanso, tenorios orientales, cantando trovas y diciendo serenatas, cerca á las ruinas de los grandes templos brahámicos, donde aun mostraban sus caras de plácida bestialidad los Budas, pensativos ;

por eso fuimos así, de un abigarramiento monstruoso, un mosaico de atavismos y pasiones, guerreras y místicas, líricas y feroces; algo así, como una estatua de Cakiamouni, con la armadura de Carlo Magno, y una tiara pontificia, sobre la cual flotara el penacho de plumas de Moctezuma ;

la estupefaciente movilidad de nuestro carácter, no tiene igual sino en la estupefaciente docilidad de nuestra sumisión ;

¿no se ha visto la inenarrable mansedumbre de Cuba y Puerto Rico, ante la conquista yanki, y la inconmensurable y resignada cobardía de Colombia, ante su afrentosa mutilación?

nada se hizo para conservar la independencia y la libertad, y una vez perdidas no se hace nada para recobrarlas ;

nada se hace para resistir, y se desaparece en una lenta asimilación, sin murmurar ;

la derrota de las conciencias, ha completado la derrota de los pueblos, y las almas se entregaron, antes de ser vencidas .

Cuba, Puerto Rico y Panamá desaparecieron, sin defenderse ;

su destino meteórico no dejó huellas, apenas dejó tristezas ;

la yankisación de esa porción de América, no ha sido una victoria, ha sido apenas una tarea ; no es victoria atar esclavos que tienden voluntariamente las manos... ¿qué hacer de las cabezas que voluntariamente se tienden á la coyunda? no queriendo cortarlas se les ayunta ; el yugo hace las veces del hacha ; sólo los rebeldes mueren por la espada : el yugo se hizo para cuello de siervos ; el tajo se hizo para cuello de héroes ; las cabezas rendidas no se cortan ;

como ante la conquista de las Galias, que cinco

campañas bastaron para domarlas, lo que sorprende hasta hoy, y derrota todos los vaticinios de fortaleza, es la docilidad con que los vencidos han aceptado el yugo, la facilidad de disolución con que se asimilan y se funden, ó mejor dicho, se borran y desaparecen ante los conquistadores :

lenguas, usos, tendencias, costumbres, todo desaparece, todo se acepta del vencedor, en un vértigo pavoroso de sumisión ;

el *argot* anglo-español, que comienza á hablarse en Cuba y Puerto Rico y que se habla ya en Panamá, es una prueba sorprendente de esa facilidad de olvido, de inenarrable imitación y de debilidad, que distingue á la raza sometida ;

ni una voz de protesta, ni un grito de revancha ;

pero, ¿por qué extrañarlo? ¿de dónde pueden sacar esos pueblos, elementos étnicos ó sociológicos para la resistencia ?

ellos no han conocido la libertad ;

no la vieron, sino como un relámpago entre dos conquistas, en aquellos días de guerra gloriosa, que fué apenas un alto heroico entre dos coloniajes ;

pueblos de riqueza y de belleza, hechos para regalo y encanto de conquistadores, pasaron de manos de España á la de los Estados Unidos casi sin darse cuenta ;

no habiendo sabido conquistar su independenciam renunciaron á defenderla y se durmieron á la sombra de los cañones, que los habían arrancado de la antigua servidumbre ; y entraron en la nueva, con el

alma desnaturalizada, y sin poderse hacer una alma yanki;

los pobres negros de Panamá, están ebrios con el vino de la conquista, y mellan la cadena á fuerza de besarla;

¡pobre tribu de ilotas! ¡acaso tengan razón!

Colombia era incapaz de civilizar; en plena barbarie católica, apenas si puede obtener de rodillas, una tregua á la conquista;

la civilización clerical de Colombia, dejó en el Istmo dos grandes monumentos, que la sintetizan :

en las playas del Atlántico el cadáver de Pedro Prestán, oscilando en los palos de la horca, negro, bajo el horror de los buitres clericales;

y, en las playas del Pacífico, el cadáver de Victoriano Lorenzo, rojo bajo el furor de las balas oficiales;

esa fué su obra de unión, de pacificación, de civilización;

ella ensangrentó el istmo antes de venderlo;

esa fué su obra.

No somos una raza latina; pero somos naciones latinas;

en ese concepto, tenemos el derecho y el deber, de incorporarnos á los pueblos latinos de Europa, para defender las conquistas latinas, la civilización latina, y los ideales latinos, contra la bárbara agresión de la raza enemiga, que con la espada de Armorius, sueña cercenarnos de un tajo la cabeza;

pero, no debemos contar sino con nosotros, con

nuestro propio esfuerzo, para este duelo que sostenemos por el derecho imperativo de vivir;

el yanki, nos acecha, el yanki nos mutila; es necesario unirnos contra el yanki;

es necesario que de México al Cabo de Hornos, no haya sino un solo cerebro para combatirlo, un solo brazo para resistirlo, un solo corazón para odiarlo;

el odio al yanki, debe ser nuestra divisa;

el yanki, *voilà l'ennemi*, tal debe ser nuestro grito de combate;

.

La acre noche de la conquista sube á nuestro horizonte, bajo un cielo cargado de vergüenzas:

el mundo presencia nuestra cobardía, momentos antes de presenciar acaso nuestra desaparición;

ni un hombre, ni un pueblo de pie contra el conquistador, nada que recuerde el orgullo de una raza, ni un grito, ni una espada, nada que contenga ese turbión de pueblos que desertan de la vida;

¿quién detendrá esas masas de esclavos fugitivos, que escapan con gritos de espanto, esbozando en la tiniebla el gesto lento de la rehusa á combatir?

¿naufragio de un rebaño en la noche!

¿quién lo impedirá?

no tenemos patria segura;

no tenemos banderas gloriosas;

el clarín de Walcker, lo ha puesto todo en fuga;

el enigma de nuestra cobardía embriaga al vencedor;

desaparecemos en la noche, ante los caballeros siniestros de la conquista...

el huracán nos arrebatara de la tierra;

¿quién nos salvará?

nuestra infinita vergüenza hace soñar la muerte...

no teniendo valor para buscar la calma en su seno,
¿la hallaremos en la cadena?

¡destino terrificante el nuestro!

¡sin fuerzas para vivir!

¡sin valor para morir!

¡Oh, mengua!

.
.

todo renace, todo reverdece en la vida, aun bajo el ala del horror;

nosotros, ¿no renaceremos bajo este Apocalipsis en que se lamenta el espanto?

¿quedaremos inertes en la sombra que crece y se redobla, ante el horror flotante de este huracán de hostilidades que nos empuja hacia el caos?

¿no tendremos nosotros, como todos los pueblos, una resurrección?

.

Podemos aún resucitar; podemos vencer;...

dejemos sobre la playa la cruz y el cilicio, depresivos y opresivos, que han hecho tan penosa nuestra marcha por la vida y... vamos al porvenir;

las olas sonoras cantan ante nosotros un himno
inmenso de esperanza ;

y, el sol tiembla en los cielos, como ofreciéndonos
una alba palpitante de victorias ;

¡ vamos !

la muerte no existe ;

todo se transforma, nada desaparece ;

la transformación y la evolución son las leyes
triunfales de la vida ;

las razas no perecen ;

los imperios caen, los pueblos ruedan en ruinas...
en ese polvo luminoso, queda de pie : el hombre ;

la humanidad vive ;

el progreso en marcha, va hacia lo Infinito ;

vamos con él ;

de cara al sol ;

gritando con Goethe :

MANG' LICHT, MANG' LICHT...

La sangre de la Hidra.

No hay cuestión social;

así gritaba, enfáticamente, un tribuno francés, hace veinte años, desde lo alto de su *clarividencia* portentosa;

así, con el verbo inepto y demente, de un hombre que aterrado ante la tempestad, de pie en la roca cercada por el oleaje enfurecido, gritara á la soledad: « no hay mar, no hay már !... » enmudeciendo al resbalar tragado por las olas cuando la espuma amarga y salobre le sellaba la boca mentirosa;

no hay cuestión social, y la cuestión social llena el mundo como una atmósfera incendiada, y socava los cimientos de este vetusto templo de mentiras, que se llama la civilización actual, y hace naufragar la nave de la inercia, por el divino huracán de la violencia;

no hay cuestión social, y es en este problema enorme y voraz, que reside todo el hoy y todo el mañana del mundo, y como dice el Poeta :

*Il Tutto e in lui... Nel suo petto
concluso è il mondo... Ogni raggio,
ogni tenebra in lui discende;
da lui parte...*

no hay cuestión social, y la solidaridad humana, responde por un solo grito, de angustia y de cólera, del Oriente al Occidente y del Septentrión al Mediodía, levantando al cielo los estigmas lívidos de sus manos encadenadas, ante el sol inmortal, que ya despunta sobre trágicos cielos de venganza ;

no hay cuestión social, y, en este mismo instante, todos oímos un terrible clamor de multitudes, llenar el mundo, como un oleaje levantado en tromba impetuosa contra las puertas de la Eterna Visión ;

y, se ve los desesperados, cansados de su tenacidad fría en aceptar la servidumbre, salir de su letargo, como de los reinos profundos del Misterio y del Silencio, é ir hacia las montañas de la vida, escalándolas como leones...

no hay cuestión social, y en el momento en que esto escribo, las huelgas hacen temblar el mundo, palidecer el Capital, y paralizarse la vida, con el solo gesto sin palabras, de aquellas multitudes enormes, cruzando los brazos sobre el pecho

.
... Algo así, sucede en América, con la *Cuestión Religiosa* ;

en esta fiebre de mentira embrutecedora, que asalta todos los cerebros y obstruye las grandes

avenidas del espíritu humano, como una barricada de sofismas, el artificio acariciador de las palabras, sólo sirve para enmascarar la terrible inquietud de los corazones;

no hay cuestión religiosa, nos gritan á diario, en su lenguaje, desnudo de toda probidad, los políticos cosquilleadores de la popularidad histórica y venal, los miserables explotadores de esos pueblos, cautivos del amo implacable : la ignorancia ;

no hay cuestión religiosa, la clerofobia ha pasado de moda, nos dicen en un relincho elegiaco, los que se declaran sepultureros de todarebeldía, en aquel cementerio de pueblos ;

— *todos aquí creemos*; BENEDICAMUS DEO...

todos aquí adoramos; VENITE, ADOREMUS...

¡ oh ! los hipócritas, los miserables engañadores, de rodillas ante el sacerdocio impúdico y explotador ;

ellos saben que mienten, y mienten con la voz agonizante y desesperada, de un hombre, que, atacado por un león, en plena selva, gritara bajo la garra : — « ¡ no hay leones en la montaña ! » esperando aplacar así la mandíbula voraz que ha de triturarle el cráneo, lleno de miedo y de mentiras ;

ese grito sería grotesco, si no fuera lastimosamente criminal ;

los apotegmas menguados de esos líricos ondeantes y falaces, son como barricadas de juncos, levantadas á la orilla del mar, para contener las olas invasoras ;

no resisten el primer empuje de la tempestad ;
negar un peligro, es temerlo, pero no es dominarlo ;

cerrar los ojos ante el escollo, no es suprimirlo ;
es táctica de mediocres y de cobardes, esa de negar el peligro, en vez de combatirlo y cerrar los ojos ante el escollo, en vez de abrirlos desmesuradamente sobre él ;

en América no sólo hay cuestión religiosa, sino que es la sola cuestión que existe ;

ella las encierra todas en sí, latente en la oscura profundidad de nuestra vida nacional ;

ella vive, se mueve sobre nosotros y en torno nuestro, nos circunda, nos amenaza, y se hace el solo desiderátum de nuestros problemas futuros ;

no podemos vivir con ella ;

es de ella que sucumbimos ;

es nuestro cáncer moral ;

ó lo extirpamos ó morimos ;

es el dilema imperativo ;

de todos los fenómenos de la vida, el de la religiosidad, es el que lleva en sí, todo el peligro contra la libertad ;

suprimid los dioses y habréis suprimido los amos ;

el día que la humanidad tuviese un tirano ateo, sería el último día del despotismo... roto el ídolo, moriría el sortilegio ; de las ruinas de la divinidad se alzaría la libertad y su reinado sería eterno...

no hay libertad posible sin la libertad del alma ;

los que tienen dobladas las rodillas ante la divinidad, ¿ por qué no aceptarían las victorias de la brutalidad que les corta la cabeza?...

libertarse de los dioses, es el único camino de libertarse de los amos ;

la negación es el camino de la salvación ;

la victoria sobre los dioses, es la única victoria digna de los hombres ;

¿ qué es la lucha de Jacob con el Ángel? el combate del hombre contra Dios ;

el hombre fuerte triunfa, el Mito escapa herido, camino de la sombra ;

volver la espalda á los dioses, es apenas un gesto ; enterrarlos definitivamente, es la victoria ;

los dioses son huéspedes despóticos ; y más que todo : inútiles ;

vencerlos, es la suprema victoria de una alma fuerte ;

¿ qué es después de eso vencer los hombres?... una victoria imbécil ; no se alcanza porque se desdén ; ¿ á qué encadenar las moscas, á un carro de triunfo que va arrebatado por panteras ? ¿ á qué perseguir las luciérnagas del monte, si se ha vencido al sol ?

el primer deber del hombre, es ser el soberano de sí mismo ; y, el reinado de los dioses se opone á esta soberanía ;

la divinidad y la libertad se excluyen ;

es necesario optar entre ellas ;

¡ ay ! es verdad que el hombre actual, envejecido

en el error, agobiado por un atavismo de siglos, atáxico de servilismo, anquilosados el cuello y las rodillas, por siglos de humillación y adoración, es un triste animal, que muere de Fe ;

¡ dejadlo morir ! ; dejadlo morir con la lepra que le roe !

de su tumba se alzaré la flor del mundo nuevo ;
es matando que se ería la vida ;

¡ dejémoslo morir ! pero arrojemos al mundo la semilla, para las germinaciones del mañana ;

purifiquemos el aire, para los pájaros que vienen ;
ellos bajan del cielo, sobre las soledades de la tierra ;
¡ del cielo sin dioses, sobre la tierra sin esclavos !...

el deber es sembrar : sembremos ;

sembremos á despecho de la tempestad ; confie-
mos la semilla á sus alas de fuego ;

fructificará ;

es necesario mirar más alto, por sobre esta época mezquina, hacia los horizontes infinitos, donde fulgura la Idea ;

el mañana es el Sol ;

vivimos en la noche ;

es preciso marchar hacia la aurora ;

el hombre verdadero, va hacia adelante por *encima* de su tiempo ; su pie sigue la trayectoria de su vista ; habla al mundo, no lo ve ; es superior á su tiempo, extraño á las miserias de su tiempo ;

el hombre superior ilumina su tiempo como el sol : lejos y encima de él ; y guía su época, no marchando con ella, sino sobre ella ;

la Biblia, que es el libro de los grandes símbolos, tiene el de los grandes conductores : la columna de fuego ; ella no iba con el pueblo, sino delante del pueblo, sobre el pueblo, para guiarlo ;

la primera condición de los hombres superiores, es ser negados primero, y blasfemados después :

es á causa de su elevación, dice el filósofo, que los hombres superiores, no son comprendidos de su tiempo ;

y, es de allí, que viene su autoridad ;

¿ cuál es el primer deber de un hombre superior ? colocarse sobre su tiempo, y dominarlo ;

y, ¿ no tiene otro, más imperioso ? sí : vencerlo ;

¿ cuál debe ser su fuerza ? despreciarlo :

¡ sólo así, podrá domarlo !

ser el enemigo de su tiempo, es la manera de ser su Apóstol ;

es vencéndolo que se le salva ;

¡ salvémoslo !

que caiga la sangre de la hidra, sobre la magnificencia de la tierra ;

y, expire el monstruo, por obra de la eterna palabra, de los portadores del fuego ululantes de justicia ;

y muerto el fanatismo, regaremos la tierra toda, con la sangre de la hidra ;

¡ venceremos !

El gesto del sembrador en las tinieblas.

No hay derrotas definitivas sino las derrotas de la muerte :

no hay gesto más augusto, que el del hombre, que se alza rectamente hacia la tempestad ;

el descuajador de bosques, se perfila druídico en la montaña : alza su hacha, inmensamente...

la selva, cae á sus pies, como un dragón vencido ;
la noche interrumpe su victoria : queda prisionero de la sombra ;

he ahí surgir el alba, en el tumulto de oro del horizonte lejano ;...

el gran destructor vuelve al combate ;

su fe arde, como un incienso ;

su brazo, traza curvas de gloria ;

su hacha iluminada, parece una mano flamínea, tendida hacia la Muerte ; un puño asesino, hacia las grandes rocas ;

el antro profundo, tiembla :

... la montaña cae vencida, como un dinosaurio

enorme, en su arrogancia despedazada, bajo el cielo trágico, en el cual luce el sol como una vid sanguinolenta;

tenemos el alma enferma : es necesario curar el alma ; ó morir de ella :

tenemos una alma vieja, una alma envejecida : es necesario hacernos una alma nueva ;

es necesario acabar con el anacronismo de nuestra pseudo civilización, católica y cesárea ;

marchar sin ídolos y sin amos, á la conquista del Ideal social ;

sólo así seremos libres ;

sólo así, mereceremos vivir ;

para vivir es necesario amar el Ideal ; aquel Ideal, al parecer irreal, de que habla Goethe ;

nosotros, carecemos de ideales nuevos, y adoramos la muerte ;

de rodillas en las cenizas, vueltos los ojos al pasado, pedimos inspiración, á cosas que se mueren ;...

necesitamos un Ideal, más alto que aquellos que hasta hoy hemos adorado ;

tódo lo hemos ensayado para morir ;

es necesario, ensayar algo para vivir ;

de todo ese hacinamiento de utopías, en cuyo cultivo nos hemos agotado, no surgirá la vida ;

ni el ideal clerical, ni el ideal imperial, pueden darnos nada ;

ellos, cumplieron ya su vida ;

son viejos dragones dormidos en la fábula ;

sólo el *Ideal Social*, podrá darnos vida ;

sólo él brilla, sólo él flamea en el horizonte, como el brazo de un dios, tendido en conquista hacia la Gloria ;

bajo esa bandera, la humanidad, sangrienta y trágica, marcha ;

¡ vamos con ella !

¡ vamos !

es la Victoria ;

.. así, el destructor de mitos ;

así el sembrador de ideas ;

va, tendidos los brazos hacia el Oriente, en un incendio de Fe, llevando una fuerza de Eternidad bajo su armadura de hoplito ;

la noche cae sobre su frente sombría ;

y, entra en la noche, y, calla ;...

ilumina con su sueño la tiniebla, como un relámpago en el fondo del abismo ;

luego... la irrupción violenta de la aurora, lo pone en marcha ;

había caído vencido, no rendido ;

la sombra lo inmovilizó, no lo mató ;

él, va en la gloria auroral hacia el esplendor de sus visiones ;

su corazón victorioso, canta un himno ;

y, erigido en fuerza va, los puños tendidos, contra el Destino, asombrando la tierra vil en su múltiple espanto ;

y, los pueblos oyen subir su grito, inmensamente,

y, ven su gesto, desplegarse en la sombra extensa,
como una imprecación;

.

. El pensador, cautivo de su deber, se
inclina en la tiniebla profunda, hacia los pueblos
atormentados, como una gran cima pacífica hacia los
valles en desolación;

su pupila de visionario se hunde en la tiniebla
insondable; su oído enorme, hecho á la percepción
engrandecida de todos los clamores, percibe el infi-
nito lamentar de las muchedumbres en tortura; su
corazón de misericordia, sangra como una entraña
desgarrada; y de su garganta, sonora como una
trompeta apocalíptica, se escapa el grito de todas las
venganzas;

en el estremecimiento pitonísario de sus cóleras
heroicas, sopla el viento de las demencias di-
vinas;

y, el estruendor de todos los siglos, se anida, como
una tempestad, en sus fauces sibilinas;

pertenece á su inspiración, como un guerrero
heroico á su heroísmo, y, cabalga en ella, por los
cielos de la visión, sobre su hipogrifo de fuego, como
el otro sobre su corcel de guerra en los llanos estu-
pefactos, enflorecidos por la muerte;

su gran grito de maldición, bajando de las cimas
proféticas, hace erizar la piel verdosa de los césares
bajo la púrpura;

y, la frente de los Faraones se nubla bajo aquel

huracán, venido de los desiertos ignotos, como un clamor de leones;

Achab, tiembla; Baltasar, bebe; Nabucodonosor, ríe, antes de ir á pastar en las praderas;

y, Jezabel, alza en la sombra la bella cabeza coronada de perlas, como si escuchase en el silencio el aullido de los perros sangrientos que han de lamer su sangre;

porque el viento de la Visión pasa sobre la tierra, y, la mano del Espanto aprieta el corazón de los amos de los hombres;

y, en su crispatura epiléptica, ellos tienden la mano contra los solitarios de las cimas, para estrangularlos;...

rompen las tablas de la ley en la frente bicorne de Moisés y decretan el Silencio;

gritan sobre la tempestad del Sinaí y no aplacan el rugido del trueno;

soplan sobre la hoguera del Oreb y no apagan las zarzas encendidas;

Dios, reside en las tempestades y en los incendios de la Justicia;

y, Dios es la Libertad;

y, ellos combaten contra ese Dios;

y, caen vencidos;

el genio de los profetas se alimenta de miserias gloriosas y de granizo de las tormentas;

las águilas no picotean las frutas de la vid;

los grandes buitres solitarios, no van con los colibríes, á libar el néctar de las flores;

los leones, tienen pavor de beber en las aguas serenas y estancadas ; el reflejo de su propia sombra les da coraje : buscan el torrente despeñado, donde sus fauces se hartan de aguas enloquecidas ;

los grandes visionarios, son como la boca del abismo, de la cual brota el horror de las catástrofes futuras ;

ellos, ven los topos que han de devorar á Babilonia, las cenizas que han de sepultar á Tiro, y, el hacha del lictor romano, que ha de decapitar á Sión ;

Isaías, es la aurora del divino Tito ;

el hosco Jeremías, es la diana que anuncia á Ciro ;

los grandes gestos oraculares, tienen todos, la belleza oscura de los símbolos ;

los banquetes fecales de Isaías, anuncian ya la esponja de Jesús ;

el Carmelo, es una paralela del Calvario, en la escenografía prodigiosa del milagro ;

al manto de Elías, recogido por el tumulto de los siglos, sirve de mástil, el madero de la cruz, alzado sobre un monte de Judea ;

aquella es la bandera del Ideal ;

.

Quien dijo hombre de Visión, dijo hombre de Idealidad ;

el vidente, es un creyente ;

en él crecen paralelas, la sed del tumulto y la del Misterio ;

es el solitario-revolucionario ;

¡el más terrible de los hombres de agitación!

su mano acaricia el rayo en el cielo, y cierra las fauces del saurio, en el limo del pantano;

sus dedos ensortilegiadores, beinan por igual, las melenas del sol y las del leviatán;

dialoga con los luceros en los limbos del espacio, y con los hipocampos bravíos, en el fondo del océano; es hombre de Humanidad, y de Divinidad;

Dios, y los hombres, le son igualmente familiares; su Verbo, es como un soplo deífico, que baja de los profundos cielos, y, envuelve la tierra como una atmósfera;

y, como es hombre de Verdad, es hombre de Eternidad;

nada pueden contra él, las cóleras de los hombres; es el sembrador de ideas;

y, la Idea, es inmortal;

.

las ideas, se doblan bajo la fuerza, como los grandes robles de la selva bajo el soplo del huracán; pero, no caen tronchadas por la hoz;

ellas, se yerguen, como un bosque de encinas bajo la serenidad beatífica del cielo inmortal, al beso del sol evocador, cantando en el crucifijimiento de su dolor, un Poema de Eternidad;

el polvo de las derrotas, se hace manto de victorias, sobre los hombros hercúleos;

las arenas que acumula el huracán sobre la cabeza de la Quimera, sepultada en la linde del desierto, fingen al rayo del sol un casco de oro; el soplo de la Muerte la aureolea de Infinito;

así la Idea;

el Dolor, la corona de cosas inmortales;

. . . . ¿qué vale la fuerza trepidante de los hombres, contra la eternidad radiosa de la Idea?

¿qué vale la demencia del huracán ante la quietud milenaria de la roca y la serenidad del cielo sin fronteras?

nada...

nada pueden los hombres contra el Hombre, si el Hombre en el combate se ha hecho un Símbolô;

¿qué pudieron todos los odios de la tierra, contra aquel Amor inmenso y hambriento, que transformó en Mito formidable al miserando Taumaturge de Betania?

nada puede la Adversidad, contra la carne de la Verdad;

el Dolor, que la hace hostia, la cambia en Dios; la Fuerza, es un alarde de Impotencia, contra el antemural de una Conciencia;

nada asusta al alma de Inmolación, que va hacia el gesto negro de una cruz;

nada hará callar el eco de su voz, que semeja el Miserere vertiginoso de los huracanes sobre una tierra que ha bebido sangre;

nadie impedirá á sus manos redentoras, rasgar su túnica de desolación, en el duelo de las tardes profundas, que velan sobre los montículos lívidos, las acres crucifixiones del Silencio;

nadie podrá impedir á la mágica rosa de su Verbo, abrirse entre su boca imperativa;

y, el pensador la ofrece al mundo : inmensamente;

la gran flor del Suplicio ;

.

... hay seres de Eternidad, en cuyos labios la palabra vibra con sonoridades de Infinito ;

el Destino, pone en ciertos labios, voces de Revelación, que tienen del secreto pavoroso de lo Eterno ;

pór ciertas almas, pasa el estremecimiento de lo Ignoto, y se hace en ellas cántico, como en los labios de la estatua herida por el sol :

el carbón de Isaías arde en un brasero eterno, y no se apaga jamás ;

el Destino, quema con él, la boca efervescente escogida para el alumbramiento prodigioso del Verbo ;

la comunión con el fuego purifica los labios hechos para cauce deslumbrador de una catarata de justicias ;

el llanto se seca en los ojos predestinados para la visión de las cosas futuras ;

y, las modulaciones se extinguen en las gargantas hechas para el grito solitario de las imprecaciones ;

el diálogo con lo infinito hace roncas las voces hechas á la arena de las tempestades ;

los leones de las parábolas, no viven sino en las fosas negras del Abismo ; se alimentan de huracanes, y las borrascas del Báratro peinan sus melenas de centellas ;

las águilas de los profetas no se alimentan sino del secreto de los cielos; no comen sino semilla de sueños en las manos proféticas de la Visión;

¿qué pueden contra ellas los arqueros de Nemrod?

¿qué vale junto á sus sueños de Eternidad, el poder de los Años de Humanidad?

¿qué valen los hombres de la Dominación, junto á los hombres de la Visión?

¿qué vale la luciérnaga, cerca al rayo?

nada .. nada...

todo, hasta las fieras del desierto se encadena al Genio, y vela el sueño de los grandes visionarios, ¿no veis un león enorme, rendido á los pies desnudos del solitario de Efeso?

las águilas oraculares guardan la gruta negra, y, revolotean y giran en silencio, mudas de espanto, cual si fuesen á anidar en las fauces abiertas del Destino;

¿quién puede amenazarlas?

¿quién vencerlas?

.....

... El Destino es una Imposición;

el hombre que se ha dado á la Libertad, no conoce esta palabra : *Descanso*;

cuando los secretos de lo Impenetrable, cierran las puertas de su templo de Marte, él, escribe sobre sus armas vencidas : *Tregua*;

combate cuerpo á cuerpo, y dice con el pelasgo : *combatiré á la sombra*;

y, dice á la noche : *pasa*;

y, al enemigo vencedor : *espera*;

el ruido de sus combates en las tinieblas, estremece los pueblos ;

y, cuando se hace el silencio en torno suyo, se ve con espanto, al Arcángel vencido, que huye, como en el Poema de Jacob ;

y, las fuerzas de lo Eterno, descienden sobre él, por la escala luminosa, para sostener su cabeza, desfallecida entre rosales ;

la inquietud del pensador, no se encadena en la calma ;

su Imperio no tiene más límite que lo Ignoto ;

el Ideal es lo Infinito ;

el soplo de lo Alto alimenta sus sueños : *flut ubi vult* ;

irrupciones de esperanzas eternas iluminan sus noches de derrotas, en las cuales se siente un des-perezamiento prodigioso de alas, como un desple-gamiento de truenos : son las grandes águilas del Verbo, esbozando su gesto de victoria ;

el Sol, irradia ; y, el Verbo, vuela ;

y sobre el horizonte taciturno, aparece una mano, sosteniendo la cruz de la Verdad, como una espada fulmínea, hecha de rayos y soles ;

y, se siente entonces, todo el poder de una vida, consagrada á la Idea, prolongándose intensamente, en lo Eterno, invisible ;

y, el rumor de su inmensa angustia, rompe la bruma sagrada, y, se convierte en un rayo de claridad, que baja en espirales monstruosas ;

y, ese rayo incendia el horizonte;

cuando se sueltan las águilas de la Verdad, ¿qué pueden contra ellas, los sagitarios de la Iniquidad?

¿qué hacen ante el horizonte impenetrable, esos cazadores de las águilas de Patmos?... cegar, mirando el sol;

no se traspasa el corazón de lo Infinito;

no se encadena el vuelo silencioso de la Eternidad;

nada puede el espanto rencoroso de los hombres, contra la tempestad que baja de la cima;

nada.

.

.

. . En su largo silencio, todo de pensamiento, el Apóstol, guarda el esplendor de sus sagradas cóleras;

y, el Cántico de la Justicia, canta en su corazón;

el lamento desesperado de los pueblos, en tortura de dolores, puebla su soledad, con el murmullo siniestro de las selvas hercinianas;

y, la inmensa alma desnuda de las muchedumbres dolorosas, habla á su corazón, con voces de Misterio, en tristes suplicaciones;

hasta que el profundo mandato imperativo, le es dicho por el Destino : *Surge et ambula* ;

y, se alza ;

y, marcha ;

hacia la Verdad; y hacia el Dolor;

no le espanta el horror de la tiniebla, que sabe poblada de asechanzas ;

va hacia ella, con divina serenidad ;

los ojos visionarios de Daniel, hicieron cerrar las fauces hambrientas, á los leones de Darío ;

las pupilas que han mirado en los limbos pavorosos del Misterio, no temen el horror de lo que duerme en la lívida bruma ;

los corazones que el Dolor ha tenido entre sus garras, no temen á las manos de los hombres, alzadas contra ellos, en furor ;

por su sereno desdén, son intangibles ;

la epopeya de su vida, no será perfecta, sino cuando el martirio haya hecho enmudecer sus labios para siempre, sellándolos con la mano pavorosa de lo Ineluctable ;

el triunfo de Salomé, es la gloria del Bautista ;.....

.
 ... entretanto, el Sembrador, en la hora crepuscular, extiende sus manos ascéticas hacia los ponientes incendiados, y, ante las estrellas que nacen, se ve caer de aquellas manos, un desgranamiento de rayos ;

y, pasa, en la indecisión de la hora vespéral, sembrando la Justicia y el Espanto ;

y, espera, el rayo que ha de aniquilarlo ;

ese rayo duerme prisionero en las manos del Destino ;

los hombres, no tienen el poder de desatarlo ,...

así va, el Evocador de la Justicia, en medio á las tormentas de los hombres ;

.

.
Consagrar su vida á la Verdad, es el Deber ;
dar su vida por la Verdad, ese es el Triunfo ;
la flor del Triunfo, se llama : Dolor ;
; triste vida la del Sembrador que no la ve crecer
en su camino en los surcos abiertos bajo el caos de
su palabra !

vida sin martirio, es vida estéril ;
la victoria total, se llama : Muerte ;
combatir, es marchar hacia ella ;
combatamos.

La sombra fulídica de Walcker...

El abajamiento de las almas, flota como una atmósfera ;

es más triste el momento actual, de lo que pudiera creer el pesimismo siniestro y tenebroso de la época :

un gran viento de catástrofe y de muerte, sopla sobre América ;

una gran nación se convierte en un gran bandido, y decreta el degollamiento de los débiles ;

el espectro de Washington, se hace pirata, y, la bandera de la Libertad, se hace un sudario inmenso, sobre la cabeza de los pueblos ;

Roosevelt, ha desgarrado el pabellón glorioso, y, agita su harapo insolente, sobre la tristeza de una raza, á la cual, sueña eliminar de la tierra, en la salvaje ferocidad de su alma bárbara ;

el cazador brutal, otea la presa, hosco, pesado y siniestro :

su alma sin valor, tiene la fuerza ; odioso, ha re-

nunciado á la gloria; poderoso, sueña en la victoria:

su alma de teutón, testarudo y grosero, no reconoce límites á su audacia;

imaginaos, un jabalí, hecho Faraón, marchando coronado de helechos, por la gran selva, al sonido de una fanfarria bárbara ..

¡oh, el odioso aventurero encarnizado!...

¿á dónde va ese hombre, para quien el honor, el sagrado honor, es un mito, y, la vergüenza, un pasto que se goza en devorar?

va sobre nosotros, sobre la América latina, seguro de su victoria infame;

la gran bestia fétida, proyecta ya su silueta odiosa, en nuestras grandes selvas, bajo nuestros cielos profundos;

¿quién la detendrá?

¿no hay arqueros en los bosques?

¿duermen para siempre, el arco roto, sobre el sepulcro de las razas muertas?

¡horror! ¡horror!

¿nos matará el espesor de la vergüenza?

¡sombra!

¡y, Muerte!...

.
los proxenetas líricos del yankismo, deben estar de plácemes:

una vez, más, en nombre de la humanidad, Roosevelt, asesina la Libertad;

los predicadores de la paz á *outrance*, deben re-

bosar de ventura, pues para acabar con la rebelión de un pueblo, los Estados Unidos, lo encadenan ; eliminan la conmoción, por la invasión ; y castigan la guerra con la conquista :

Santo Domingo, es la nueva presa, ofrecida en holocausto á la insaciable voracidad del Minotauro de Washington ;

allí, como en Colombia, se halló un traidor para vender su patria ;

un guiñapo de cura apóstata, un renegado del altar, hongo de sacristía, oloroso á incienso y cera, un miserable filibustero de las milicias Jesuíticas : CARLOS F. MORALES, ha sido el Judas lúgubre, de esta nueva crucifixión dolorosa de un pueblo vencido :

¡oh! el gemido formidable de la gran selva antillana, que bebió la sangre negra de Lili, ¿quién lo acallará ?

rotos están para siempre los brazos dominicanos, que marcaban rumbo al rayo ciego de la muerte ? no...

otra vez Colombia queda sola en su cobardía ;

la Isla gloriosa, no la imita ;

la guerra ruge en la gran selva antillana, ruge con un rumor de incendio que devora un bosque ;

y, los barcos cartagineses, parten de New-York, para esa guerra ;

Roosevelt, envía su piratería artillada, contra aquel pueblo, que no quiere ser vendido ;

y, lo fusila sin piedad :

pero, el corazón de ese pueblo resiste; su brazo no se fatiga, ni se rinde;

allí se combate, se pelea, se muere... y, aun se vence;

así como en Filipinas;

pero, aquellos héroes, no tienen hilos telegráficos para contar al mundo sus victorias; sus asesinos los poseen todos, y, los cronistas estafalarios y brutales de su prensa á sueldo, proclaman la leyenda de la pacificación, de la derrota, del pacto definitivo con el yugo;

y, el *War Office* de Washington, dice por cable al mundo: « No creáis en la insurrección de Santo Domingo »;

y, el mundo, obedece, y no cree;

pero, no, ¡miserables lacayos del pensamiento! vosotros, habéis abofeteado la Verdad, pero, no la habéis decapitado; ella caerá bajo vuestros golpes, pero, no morirá bajo ellos; y, antes bien, vosotros sucumbiréis ante ella; ella, os dirá su amplio gesto definitivo; y, temblaréis ante él;

¡turbas de cronistas políglotas y audaces, que deshonráis la prensa que os ha comprado, debéis saber que aun hay labios para la Verdad, y, que ellos os castigan!

mentir es vuestra victoria; callar sería vuestra muerte; el huracán de la Verdad, os hará enmudecer;

él, os dice, y dice al mundo todo, que en Santo Domingo, se combate con un heroísmo suprahumano.

mano; que un huracán de muerte hace gemir la vieja selva insular, estremecida al paso de los héroes: que la cólera sagrada, lleva á ese pueblo en un vértigo de gloria; y, que el TRAIADOR, tiembla al amparo de vuestros cañones, como bajo el azote de las furias; que vuestros amos han comprado allí un hombre, pero, no han comprado un pueblo; que aquel pueblo colérico y bravío, está dispuesto á ser exterminado, antes que ser conquistado; y, que el TRAIADOR MORALES, palidece ante la Justicia, acaso antes de caer bajo ella;

esperad;

hay algo más que vuestra procacidad de fámulos y la voracidad de vuestro César hilariforme;

hay: el alma de los pueblos;

esperad:

si al desafío insensato y cobarde, de vuestro César ciego y bestial, Venezuela responde con el Poema de la resistencia y el grito de la guerra... vuestro arrojo de cerdos grasos, retrocederá hacia las playas de Filadelfia... confusamente, miedosamente...

habéis conquistado la aversión de América, y no tendréis nunca su admiración;

habéis sembrado el terror, y no, el amor;

y, esos pueblos, mutilados y vencidos, os escupen á la cara su desprecio;

vuestras águilas de oro, han desgarrado y deshonrado las banderas gloriosas, al posarse sobre ellas, en Cuba, en la tierra dominicana, y, en Colombia;

reinan como soberanas, en la Habana, en Santo Domingo, en Panamá...

pero, aun hay pueblos libres sobre la tierra ;

¿ desgarraréis la bandera de Carabobo. tinta en sangre de Cedeño ?

esperemos ;

la derrota, duerme en el fondo de la trágica demencia ;

vosotros no habéis vencido en ninguna parte ; sois los hombres del pillaje, pero, no de epopeya ; sois las frentes sin aureolas ; los terribles ladrones, sin valor ; asaltáis los pueblos en la noche y violáis la Libertad, en las tinieblas ; la gloria ignora vuestros nombres ; como nación épica, la Historia ignora que existís ; el laurel os es extraño ; vuestro oro ha vencido en todas partes, vuestro plomo en ninguna ; cabalgáis en la mula de Filipo, pero no en el caballo de Darío ; habéis hecho arrodillar la infamia ; pero, no haréis arrodillar la Historia ;

ella, os guarda acaso, una de esas palabras trágicas, que duermen en los labios del Destino ;

el porvenir, es la emboscada ;

entrad en él ;

.

. ; Oh, pueblos de América ! combatir es el deber ; vencer es el azar ;

temblar ante el yugo, es cobardía ;

pero, caer bajo él, esa es la infamia ;

frente al cañón americano, la selva os llama , ¡ la selva madre, repleta de laureles y de gloria !

id, á ella ;

armad el brazo de vuestros hombres, el brazo hercúleo y libertador, contra aquellos que venden la América y contra aquellos que la compran ;

tomad el cuerpo negro de Lili el Dictador, y el cuerpo blanco de Walker, el Invasor, y haciendo de ellos un solo haz, colgadlos en el árbol más alto, á la entrada de vuestros montes ;

y, refugiaos en ellos ;

la sangrienta belleza de ese gesto, hará soñar á la Conquista :

¡ Desgraciados los pueblos que han dejado de ser feroces !

ellos, serán vencidos...

Jingoismo filibustero

No envilezcamos los términos del debate ;
respetemos al menos el lenguaje ;
conservemos siquiera intacto el léxico que heredamos de nuestros mayores, ya que no hemos sabido conservar intacto el territorio que nos legaron ;
no traicionemos también la Gramática ;
no la entreguemos violada á los dialectos bárbaros :
conservemos á las palabras su significación precisa, ya que para algo fueron creadas ;
dejémosles lo que ellas tienen de grave y de profundo, en el fondo de su inmutable verdad ;
no enmascaremos los vocablos ;
hay ya bastante disfraz en las ideas, para que nos ocupemos de vestir de Arlequín al Diccionario ;
seamos sinceros ;
llamemos las cosas por su propio nombre ;—
y, definamos bien las palabras bajo las cuales estamos amenazados de morir ;

no hablemos del *Imperialismo* yanqui;

el *Imperialismo*, no existe en América; no existe sino el *Filibusterismo*,

el *Imperialismo* es uno, y el *Filibusterismo* es otro; acaso iguales en esencia; diversos en su forma;

el de Inglaterra, es *Imperialismo*;

el de los Estados Unidos, es *Filibusterismo*;

Chamberlain, es un imperialista; Roosevelt, es un filibustero; su abyecta comicidad, no le impide tener el perfil duro de Walker:

el *Imperialismo* inglés, es un sistema violento;

el *Filibusterismo* yanqui, es un diletantismo sangriento;

el *Imperialismo* inglés, es el designio de un pueblo;

el *Filibusterismo* yanqui, es un *Sport* de salvajes;

lo que en Inglaterra es una doctrina, en los Estados Unidos es un paroxismo;

esa megalomanía de advenedizos, ebrios de fuerza, no es sino la locura del pillaje y el delirio de la prosperidad;

es una sed morbosa, una necesidad animal, de aplastar lo que el Bachiller Roosevelt, llamó en un libro suyo: *les peuples flasques*;

en ese pueblo de advenedizos, nada es normal: su vida, su crecimiento, ni sus sueños: es una mezcla confusa de cosas enormes, grotescas y monstruosas;

es una tribu desmesurada y fatal;

sin hablar de los grandes imperialismos históricos, de Carlo Magno, Carlo V, y Napoleón, es preciso confesar, que entre el imperialismo inglés de Disraeli y Seeli y el filibusterismo americano de Roosevelt y de Hay, hay la distancia inmensa de una civilización á la barbarie;

el uno es, la civilización imperialista; el otro es el bárbaro imperante;

el uno es el imperialismo de una raza; el otro, es el bandolerismo de una tribu;

el uno es Roma Imperial;

el otro, Cartago, en plena piratería;

y, hay siempre una diferencia, entre las legiones de César y los barcos de los fenicios;

el imperialismo inglés civiliza : testigos, la India enorme y próspera, el Egipto, Australia, Canadá, ricos y casi libres ;...

el filibusterismo americano brutaliza : testigos, los filipinos cazados como fieras, los hawaianos desaparecidos, los panameños despojados, los puertorriqueños obligados á emigrar por la miseria :...

el imperialismo inglés, crea, ¡ved qué florecimiento de colonias!

el filibusterismo americano, destruye :

¡ved qué desaparecimiento de pueblos!

donde pasa el inglés, se alza un pueblo: donde pasa el americano muere una raza;

el imperialismo inglés es una idea ;

el filibusterismo americano, es un apetito ;

el imperialismo en los ingleses es cuestión de cerebro ;

el filibusterismo, en los americanos, es cuestión de vientre ;

Beer, el más límpido historiador de ese instinto colectivo, lo calificó : *una cuestión de estómago* ;

yo, condeno por igual, aquella idea y este apetito ;
me son igualmente odiosos ;

pero, el gesto, de estos bárbaros, tendiendo el brazo hacia nosotros, me exaspera ; y como no soy accesible al miedo, me encoleriza en vez de intimidarme ;

el materialismo romántico de esos bárbaros, me enfurece ;

la locura megalómana de Roosevelt, atacado del delirio de la grandeza, me exaspera ;

este reporter en orgasmo de celebridad, quita á mi espíritu toda serenidad ;

y, si yo creyera en el cielo, pediría al cielo una cadena, para ese asirio en furia, tocado del instinto de rapiña ;

yo sería feliz viéndolo convertido en bestia, como Nabucodonosor, pastar en rebaño con los búfalos de Arkansas, que hoy se encarga de cazar, como á tagalos fugitivos ;

yo, no me indigno con este imperialismo, por su aparición, sino por su triunfo ;

es la victoria de ese instinto la que me exaspera ;

yo, lo sé, viejo en la vida, y los designios de ese pueblo ;

yo, sé cómo el motor de ese filibusterismo corrompido y corruptor, asomó su faz de codicia aún embrionaria, con Seward, con Johnson, y con Grant, allá en esos tiempos en que se trató de la adquisición de Alaska y de la primera compra de Santo Domingo;

pero, sé también, cómo hubo entonces un Sumner, un Butter, un Bayard, un Schurz, para oponerse al despertar de ese apetito de crímenes; ; aun había virtud en aquellos bárbaros primitivos!...

el *expansionismo*, surgido y vencido á raíz de la guerra de secesión, *se alzó para no caer*, al pie de la guerra cruel y falaz de la conquista de Cuba (1);

el sentimiento de megalomanía brutal, del robo como *sport*, es lo que diferencia el filibusterismo americano, de todos los imperialismos de la tierra;

el inglés, conquista por necesidad económica; el americano por vanidad política; por lo que uno de ellos llamó : *necesidad de mayor grandeza* (2);

la evolución rápida del barbarismo americano hacia la conquista, sorprende é indigna aún á los más enérgicos imperialistas ingleses como Stead;

ese movimiento de regresión á las épocas de la fuerza brutal, desconcierta por su impetuosidad inopinada y brutal, todo criterio científico y moral;

la arrogancia suspicaz de aquellos bárbaros se traduce en una fe : la superioridad de su raza;

(1) T. C. Smith, *Expansion after the War*.

(2) Ch. Conant, *The United States in the Orient*.

y, esa fe se basa en un error ;

no hay raza yanki ;

la raza yanki no existe ;

la raza murió ;

sólo la emigración vive ;

la raza americana en los Estados Unidos, es ya una visión de paleontología; una ficción histórica ;

la raza de los viejos puritanos de la *May Flower*, es una fauna extinta, algo así como el Dinorah, de China ;

los Estados Unidos no son el hogar de una raza, sino un inmenso campo de asimilación, una fragua, donde se funden y bullen todas las razas de aluvi6n, y todos los miserandos de la tierra ; *the black country*,

no hay pues raza yanki sino pueblos yankis, en aquella aglomeración de todas las razas, en aquel detritus de todos los desheredados del orbe ;

nunca imperio más poliétnico ha vivido sobre el planeta, que este imperio absurdo y abrumador, que tiene por soberano á Teodoro Roosevelt ;

él, es hecho de la hez de todas las nacionalidades y el subtrato de todos los delitos ;

todos los mendigos sin pan y todos los bandidos sin obra, lo fundaron ;

ellos, vinieron de Europa con todos sus apetitos, y todos sus delitos, para crear esa Roosveltelia feliz, donde Teodoro I impera como Amo ;

judíos polacos, judíos alemanes, judíos rusos, fenianos irlandeses, campesinos de la Puglia, griegos, levantinos, chinos y albaneses, he ahí lo

que forma, esa trigésima tribu que los historiadores de Jacob, no pudieron prever, para darle Jefe;

el Destino, le reservaba este Teodorico de opereta, que nos asombra con sus desplanes de conquistador y su gesto atrevido, de Napoleón infinitesimal;

no es una raza, y casi no es un pueblo, esa amalgama de irlandeses, tudescos, chinos, y negros, que forman esa nueva Cartago poligénica, que hace pensar en los campamentos de bárbaros, descritos por Flaubert, en *Salammbô*;

aquel Kaki inspirado que es Rudyard Kipling, no previó nunca, esa mistificación de sus poemas imperialistas, ni que sus *héroes*, se deformasen hasta esa parodia absurda de aquel César de pieles rojas, y hasta cansár lo grotesco, en la inenarrable *epopeya* Roostveliana;

ni Asquith, ni Roseberry, ni Chamberlain, pudieron sospechar nunca la mueca bufa, que en el rostro de Roosevelt, haría, tan terriblemente hilarizante la doctrina imperialista;

el mismo Sidney Well, el jefe ilustre del socialismo fabiano é imperialista, él mismo, ha calificado este imperialismo ultra atlántico de *cobarde asesinato de pueblos* (1);

y mientras el imperialismo inglés, subleva los celos y el rencor del mundo, el lilibusterismo americano, sólo despierta la indignación de las almas honradas;

1 S. Well, *Social Democracy*.

pero la tribu ama su jefe ;

el gesto conquistador de Roosevelt, conmueve el alma fenicia de sus súbditos, y todos van tras de él ;

pueblos de mercaderes, ellos siguen las banderas del filibusterismo, como una promesa de botín.

Trade follows the flag ;

que la civilización victoriosa se haga imperialista, es un fenómeno que la historia explica á fuerza de repetirse ;

pero, que la barbarie sin victorias, se haga tal, eso es absurdo ;

la degeneración del imperialismo se llama el *jingoísmo*, como la degeneración del inglés, se llama el *yanki* ;

el *yanki* es el especimen degenerado de esa raza que hizo exclamar á William Stead : *la raza que habla anglo-sajón ocupa ahora el puesto más bajo del pueblo más bárbaro y grosero* (1) ;

el *jingoísmo* americano, es el imperialismo ebrio, el imperialismo irresponsable lleno de insolencia y orgullo irracionales ;

es, como ya dijo alguien : *el imperialismo inglés, menos el sentido común y los diez mandamientos de la ley de Dios ;*

si el imperialismo inglés, fué llamado por Gladstone *negación de Dios ;* ¿ cómo llamar el filibusterismo aventurero de los asirios de la *Casa Blanca* ?

Bennet lo ha llamado ya *the Big Stych...*

(1) *Review of Reviews*, octubre 1899.

Mark Twain, en su humorismo inagotable, ya lo calificó (1).

T. Harrisson (2) y Carnegie (3) ya lo calificaron :
Brutal, Grosero y Asolador...

así lo llamaron ;

¡he ahí el bandolerismo ante el cual permanecen,
beatos de admiración, ciertos famulos reblandecidos
de nuestra raza!

¡he ahí, la única salvación que hallan para ella,
los parásitos de la decadencia, unidos al conquistador
por una cadena de oro!...

y los cuales, cuando se les habla de Raza, de Patria,
de Idealidad, se contorsionan en un espasmo de
hilaridad, hasta dejar ver, por los orificios del hocico,
sus cerebros de primatos, huérfanos de la substancia
gris...

y ríen los necróforos de nuestra gloria...

y hay rostros de hombres que ríen con ellos...

¡triste época! desgraciados países, donde se busca
en vano :

... la colère et la stupeur des lyres,
l'âpreté du mélos parmi la cruauté,
des regards sans éclairs et des mornes sourires...

triste sombra de pueblos vencidos, que gimen bajo
la espada;

ellos no tienen fuerza de indignarse;

- (1) Mark Twain, Á las personas que están en las tinieblas
(2) T. Harrison, Meditaciones sobre los lemas corrientes.
(3) Carnegie, El Americanismo contra el Imperialismo.

y, en los pueblos, como en las almas, allí donde
ha muerto la Indignación, florece la Indignidad;
es la hora de espigar...

la hoz de la conquista fulge sobre ellos, su pálido
disco mortal;

es la hora de morir...

y mueren riendo ó al menos abiertas al sol sus
mandíbulas de bestia sin coraje;

así, como una partida de monos, acosados en una
selva;

así, ruidosos, cobardes y ridículos;

una hecatacombe de orangutanes.

Veritas Via.

La fuerza de un Escritor, no reside en su talento, sino, en su carácter...

es la unidad de una Vida, lo que hace la grandeza de ella;

no se ejerce una vasta dominación sobre su tiempo, sin haber ejercido primero una alta dominación sobre sí mismo;

es poseyendo una gran conciencia, que se llega á dirigir la conciencia de los otros;

la influencia de un Escritor sobre su época, marca, no los grados de su talento, sino los grados de su virtud;

la Humanidad, no quiere ser defendida, sino por almas dignas de ella;

y sólo los grandes caracteres son dignos de servir á la Libertad;

el carácter, gana las batallas que el talento compromete ó el miedo entrega;

el verdadero carácter, es aquel que no tiembla nunca, aquel que no cae jamás;

el talento en una alma sin carácter, es como la hermosura, en una mujer sin virtud : un elemento más de prostitución ;

cuando la Naturaleza quiere hacer un conductor de hombres, lo hace completo : une á un talento enorme, un carácter inflexible, y la creación del Apóstol queda hecha ;

el Verbo tiene ya cima de donde bajar sobre las almas ;

y las tablas de la Ley, tienen ya un brazo fuerte, que en lo alto del monte las sostenga contra la tempestad ;

ese hombre, dominará, no esclavizará ;

esclavizar es función de déspotas ; dominar es función de Apóstoles ;

Faraón, es un lado de la cadena humana, aquel que entra y arraiga en la tierra ;

Moisés, es el otro, aquel que vuela muy alto, y va hacia el cielo ;

el Poder Intelectual, no pertenece sino á los grandes hombres ; el Poder Material, pertenece á todos ;

sólo las almas privilegiadas llegan á la autoridad de conducir ;

cualquier ser, por abyecto que sea, tiene la fuerza de oprimir ;

al Poder Material, se llega ;

para el Poder Intelectual, se nace :

al D s-pota, lo hacen los hombres ;

al Apóstol, lo hacen los dioses ;

la estrella de Belén, anuncia la aparición de un
Conductor :

el relincho del caballo de Darío, no anuncia sino
la victoria de un Conquistador...

.

No hay rebelión posible contra los guiadores de
conciencias : ellos son : la Rebelión ;

el Verbo de sus labios, no es tangible ;

se les puede cortar la lengua, y, ellos, continúan en
hablar...

la cabeza cortada del Bautista, habla en manos de
Salomé ; habla con palabras espirituales, que hacen
palidecer   Herodes ;

esa Omnipotencia de la Palabra, hace temblar la
Tierra :

el fulgor del Verbo, hace el furor del bruto ;

porque el bruto manda ; pero, solo el Verbo,
reina ;

el reinado del Verbo, es el único digno de ser su-
frido por los hombres.



Un Escritor honrado, es toda la conciencia de su
 poca ;

el furor de una época, puede refugiarse todo, en la
espada de un Conquistador ;

pero, el alma de una época, no se refugia, sino en la pluma de un Escritor :

Tucídides, es toda el alma de Grecia ;

Tácito, es toda el alma de Roma ;

Hugo, fué por veinte años, toda el alma de Francia ;

Kosiutsko, se llevó consigo, toda el alma de Polonia ;

Pœteffi, fué el último canto de la Hungría ;

ser el alma de su época, es el Destino de ciertos hombres ;

cumplir ese Destino, es su Deber...

Un hombre libre, no es el cortesano de su época : es su Juez ;

ser el cortesano de los pueblos, es aún más vil, que ser el cortesano de los reyes ;

el escritor verdadero, no sigue la opinión pública : la guía ;

los que son incapaces de tener una opinión, tienen la opinión pública ;

eso, puede ser cómodo, pero, eso no es digno ;

el verdadero Escritor, debe aspirar á conducir, no á seguir ;

¿qué diríais de un pastor, que se pusiese en cuatro pies, á seguimiento del rebaño?...

seguir la corriente del río humano, como un leño

arrancado de la orilla, en vez de henderlo y contrariarlo como la quilla de un navío, es cosa vil de almas sin fuerza, hechas á la domesticidad y fáciles al halago:

el alma de los mediocres, es así;

madera para esclavos;

el hombre superior, va fuera de su tiempo, y, sobre su tiempo:

guía su tiempo, no como un cayado, sino como una estrella;

es por él que se orientan, y, hacia él, que se orientan las multitudes;

para amar lo que todos aman: para odiar lo que todos odian, adorar lo que todos adoran é insultar lo que todos insultan, para doblar la rodilla ante los ídolos y bajar en silencio la cabeza, ¿qué necesidad hay del talento? ¿cuál del Genio?

la esclavitud no requiere grandeza alguna, antes las proscribte todas:

la Mansedumbre, es la virtud de los rebaños; no es el distintivo de los leones;

la Naturaleza, ha hecho las ovejas desarmadas, como para la obediencia;

y, ha dado garras á los tigres y á las águilas; seres de combate y resistencia;

las gacelas, corren la llanura, en busca de los grandes pajonales, para ocultarse en ellos;

el león, rompe la selva virgen, sin temor á las espinas del zarzal, que hacen corona inofensiva á sus melenas hirsutas;

no esperéis nada de las almas pasivas : son materia de sacrificio ;

esperadlo todo de las almas agresivas : almas de soledad : ésas son las grandes combatientes ;

el peligro no dice nada á esas almas ; y el Miedo, no tiene el poder de estremecerlas ;

desafiarán la Muerte, como han desafiado la Vida ; nada las hará retroceder, ni el encuentro con el sepulcro ;

son toda la Virilidad de su época ;

y toda la Verdad.

su corazón, llena un mundo que no pueden amar ;

y, su Genio, ilumina una época que no pueden salvar ;

¿qué más puede pedirse á los hombres de la Verdad ?

¿qué más?...

que sus labios la digan toda ;

y toda será dicha ;

y, ella caerá como una lluvia de fuego, sobre esa tierra calcinada, huérfana de la Verdad ;

y, sobre esa época menguada, que entre todas sus bajezas, se distinguió por su odio á la Verdad ;

y sobre el mundo miserable y los hombres miserables, que apostataron de la Verdad ;

la Verdad, mata ;

pero, la Verdad, salva ;

salvar el mundo por la Verdad : he ahí el privilegio de los labios que no mienten, y de los corazones que no tiemblan ;

tal es el deber de una Vida, consagrada á la Verdad;

vivir para Ella;

y, morir por Ella;

la Verdad es imperiosa, como la Muerte:

como el ídolo del Ganjes, ella devora por igual, la víctima del Sacrificio y el Sacerdote que la ofrece;

digamos la Verdad;

y, palabras de Libertad, y, voces de Verdad, sean el homenaje y el castigo de un mundo y de una época, que vivieron del Servilismo y se nutrieron de la Mentira;

no dejemos á la Verdad, perecer víctima de sus vencedores;

antes bien, apresurémonos á entregar á éstos, al veredicto implacable de la Posteridad, clavándolos en el pilori de la Infamia, bajo el ojo inclemente de la Historia:

que la Verdad, sea dicha;

y, la Libertad, sea vengada;

he ahí una misión, digna de encarnar una Vida; cumplirla, es vivirla;

cumplámosla.



Seamos sin Piedad para los enemigos de la Libertad;

no pactemos con el Éxito, cuando éste, no es el de la Virtud;

y, rompamos nuestra pluma, antes de envilecerla, si la mengua de nuestra época, no nos permite esgrimirla con Honor;

si nuestra pluma no es bastante á salvar la Independencia de esos pueblos, que sea capaz de denunciar á aquellos que la comprometieron y á aquellos que la entregaron:

tengamos el valor de marcar, *la hora del desastre*, ya que no tuvimos la fuerza de evitarlo;

si no podemos salvar la Libertad, denunciemos siquiera sus verdugos;

si no nos es posible dar á esas generaciones decaídas, el alma ya extinta de la Libertad, démosles siquiera el sentido profundo y victorioso de ella;

y, si no podemos mostrarles ya la Libertad, como un ejemplo, evoquémosla ante ellas, siquiera sea como un remordimiento:

ya que no pueden ejercer el honor de ser libres, que conozcan, al menos, todo el oprobio de ser esclavas;

si no se puede contener la desaparición de esos pueblos, al menos cumplamos el deber de gritarla al mundo;

es, sólo, amando con violencia la Justicia, que se llega á tener un corazón digno de ejercerla;

arrancarse las entrañas por miedo de enternecerse, es mejor que enternecerse;

¿qué nos da la Tiranía?

-
- ¡miseria y podredumbre!...
 - tiranos sin grandeza y pueblos sin honor;
 - los déspotas, se multiplican, y, los esclavos, fecundan;
 - estos últimos, carecen hasta de la dignidad del elefante, que no se reproduce en la servidumbre;
 - en esos pueblos, el honor, ha descendido tanto, que sufrir el poder, es menos mengua que ejercerlo;
 - ellos han olvidado, que la Rebelión, es una Virtud, allí donde la Libertad, es un Crimen;
 - que, frente al despotismo, no hay sino un delito : el de servirlo;
 - que, contra la Tiranía personal, toda acción, se hace un Derecho Social;
 - que, frente á la Omnipotencia de un hombre, se impone la Omnipotencia de Todos;
 - que toda violencia, adquiere las formas del derecho, allí, donde la Libertad, no es un hecho;
 - que nada, ni el amor sagrado de la Patria, debe sobreponerse al amor sagrado de la Libertad;
 - que, quien no tiene patria libre, no tiene patria;
 - que una patria esclava, no es una patria, es una vergüenza;
 - que donde la Libertad no existe, la Paz, no es un hecho, sino un sofisma : el sofisma de que se sirven todos los aventureros sin honor : los unos para ejercer la Tiranía, los otros para servirla;
 - que no hay Legitimidad, fuera de la Libertad ;

que, el Despotismo, matando todas las leyes, no puede ampararse bajo ninguna ;

que al colocarse contra la Ley, queda fuera de la Ley ;

que, todo es permitido frente al despotismo ; todo : menos, servirlo ;

que frente á la Tiranía, no hay lugar á la vacilación ; porque todo el que la ejerce es cruel, y todo el que la sirve es vil ;

la Tiranía, que mata todos los derechos, no cría sino un deber : el de combatirla ;

todo el que combate la Tiranía, sin suceso, es un Mártir, cualquiera que haya sido la grandeza de su intento ;

todo el que vence la Tiranía, es un Héroe, cualquiera que haya sido el gesto de su brazo ;...

.

... Cuando los pueblos en hartazgo, han llegado á este caso miserable, de no tener por la cadena sino el temor de perderla ;

cuando han llegado á mirar el Despotismo, como una cosa sin la cual serían desgraciados de vivir...

cuando han bajado á ese Infinito de la Infamia...

¿de dónde puede venir la salvación?...

¿de dónde?...

.

... No desconfiéis ;

el Bien, es más poderoso de lo que se cree ;

la Libertad, tiene, como la Providencia de los creyentes, caminos ocultos para mostrarse ;

cuando una Tiranía, ha dejado de tener enemigos, es cuando comienza á tener peligros;

cuando ha llegado al apogeo de su triunfo, es cuando está á dos dedos de su fracaso;

al hacerse omnipotente, se hace ciega;

¿qué mano ha de empujarla á la sombra?...

no os preocupéis...

esa mano, cualquiera que ella sea, no tiene sino un nombre : la Libertad ;

ella, tiene, como el sol, una hora fija, para aparecer en el horizonte de los pueblos :

esperemos en la Libertad ;

entretanto...

trabajemos por Ella.



No se trata de salvar el Presente ; el Presente es inmundo ;

su inmundicia, lo pone al abrigo de todo esfuerzo noble ;

su bajeza, es aún mayor que esta palabra enorme, que lo abarca todo : el Perdón ;

incapaz de hacer el gesto que liberta, es incapaz de comprender el Verbo que liberta ;

el Presente, es, irredimible ;

lo que se trata de salvar, es, el Porvenir ;

¡ tengamos Piedad, de los que no han nacido !...

ahorrémosles la Vida esclava, rompiendo su cuna esclava ;

libertemos la Aurora, aun á despecho de la Noche ;
sobre la Montaña de la Purificación, digamos
Verbo de Redención ;

el Trono de la Misericordia está muy alto, y no se llega á él, sino por el camino de las caídas ;

es, de los grandes vencidos, que el Destino, hace los grandes vencedores ;

el Sufrimiento, es, una Epifanía ;

el Gran Dolor, es, una Purificación ;

es la Enorme Indigencia, la que atrae la Suprema Clemencia ;

estos pueblos, que han pecado tanto, ¿no tendrán mañana una hora de Redención?...

¿sus horizontes cerrados están al rayo de toda Alba?

¿su noche será eterna, y el reinado de sus tinieblas envolverá también sus descendientes?...

¿el Castigo, herirá los hijos, en el vientre de las madres esclavas?...

¿los cachorrillos de las tigresas prisioneras, nacerán también con la cadena al cuello?...

sus zarpas, que desgarran el claustro matricense ;
sus jóvenes hocicos, que hacen sangre en el pezón materno, ¿cortadas serán y desdentados serán por el hacha del Amo?...

¿ellos también, consumirán su vida adolescente, entre los barrotes de la jaula?...

¡ Maldición !

.

No,

no;

que el Verbo de la Libertad, rescate el Mundo ;
el Rescate, es, la Aurora del Pecado, sobre la
Tierra ;

todo lo que se ha hecho, puede ser rehecho ;

la Redención, se extiende, como un sendero
blanco, infinito hacia el Oriente ;

el Perdón se alza como un cáliz, al pie de los pue-
blos crucificados : y, recoge la sangre y las lágrimas
mezcladas ;

es el Ofertorio de la Misericordia ;

¡ la Misericordia del Destino!...

.

Digamos Verbo de Libertad, y, haremos almas de
Libertad ;

denunciemos el Crimen, y, crearemos el horror
de él :

el Verbo, crea ;

arrojemos la simiente de la Luz, en el surco
abierto por la Sombra ;

es sembrando en las tinieblas, que germinan las-
auroras ;

el Esfuerzo, reanima el Mundo ;

nuestro gesto de sembradores será augusto ;
erectos nos hallará el Alba ; erectos y vencedores
ante el Sol ;

y, la proyección de nuestro gesto, será un horizonte de pueblos levantados tras de él...

altos, como montañas...

.

Enseñemos á esos pueblos á amar la Libertad ;

el amor es la fuente de la Fuerza ;

amar la Libertad, es desear la Libertad ;

y, he ahí, que el Deseo, también es una fuente de Fuerza ;

aquel que ama, aspira á hacerse digno de la cosa amada ;

y, cuando esos pueblos hayan llegado á amar la Libertad, se harán dignos de ella ;

CONQUISTARÁN SU LIBERTAD ;

por el hacha y por el fuego ;

con una mano, arderán la Tiranía ;

con la otra, decapitarán al Tirano ;

la sangre de un Tirano, es el único abono, digno del árbol sagrado de la Libertad ;

donde se ha alzado el patíbulo de un Déspota, el zarzal del Despotismo, no renace ;

Cromwell, hizo á Inglaterra, libre, para siempre :

la Convención, decapitando á un Idiota, decapitó á un Sistema...

.

muerto el Dictador, la Dictadura no retoña ; ante el gesto indignado de la Justicia, los candidatos á la púrpura desertan de la aventura ;

la espada, abre el camino de la audacia al Capitolio : el hacha puede cerrarlo ;

la raza peligrosa de los Dictadores, que no retrocede ante la Derrota, sí capitula ante la Muerte ;

bajo el brazo armado de Cacio, duerme la República, más segura, que bajo la espada inútil de Pompeyo ;

no fueron las legiones, las que cerraron á Julio César, el camino del Imperio : fué la mano de Bruto...

... ese heroísmo, es el único desprovisto de toda ambición, desnudo de toda pompa, acre y solitario, como una cima ;

el águila que de allí baja, va colérica á su fin, recta como una flecha : sus ojos fascinados por la Muerte, nada ven... nada... sino la sangre ;... es el único alimento de esta águila, escapada como un rayo de las manos del Destino...

los pueblos han perecido siempre, cuando han hecho abdicación del derecho sagrado de vengarse ;

es más culpable el pueblo que sufre la Tiranía, que el hombre que la ejerce ; es más vil, la debilidad del uno, que la audacia del otro ;

un Tirano, no merece ejercer la Tiranía, sino en el pueblo que es capaz de soportarla ;

la abdicación de *todos*, ¿ no es más criminal que la usurpación de *Uno* ?

lo más revoltante en la Dictadura, no es la inso-

lencia con que se ejerce, sino la paciencia con que se sufre;

no es la audacia, de Calígula, lo que indigna, es la tardanza de Sabinus, lo que entristece...

¿qué culpa tiene la mano de Tiberio, en herir, si la sombra de Macrón, tarda en aparecer?...

hay más cantidad de crimen, en sufrir la Dictadura, que en ejercerla;

hay en la insolencia del Amo, por sangrienta que ella sea, menos cantidad de delito, que en la sumisión del esclavo, por forzada que aparezca;

no es amo, sino quien puede; y, no es siervo sino quien quiere;

toda servidumbre es voluntaria;

no es la grandeza de los tiranos lo que hace su fuerza, es la pequeñez de los pueblos que dominan: su valor surge de la cobardía de los otros, como el pus que se escapa de una lepra;

yo, hallo, que todo despotismo, es demasiado benigno, para la infamia del pueblo que lo soporta...

sufrir la Tiranía, es la forma más vil de merecerla;

.

En esta crisis de escepticismo, que nos ciega, es necesario no dejar cerrar los ojos de las multitudes, sobre los horizontes sin Esperanza;

no dejemos sentar los pueblos, como mendigos desencantados á la orilla del camino...

no descansemos, ¡oh, pensadores!...

azotemos el Monstruo, en presencia de los pueblos aterrorizados;

hagamos el gesto de degollarlo;
ellos, extenderán el brazo... y, la garganta de la
Hidra, será cortada;
que nuestro Verbo sea Justicia;
que nuestro Verbo sea Venganza;
y, el hacha de nuestro Verbo, decapite la Iniqui-
dad...

Ex ungue leonem.

Y, nuestros pueblos duermen indolentes, en medio de su pompa florestal ;

soberbios, descuidados, nada escuchan ; ciegos por sus pasiones nada ven ;

el rumor de sus escándalos atruena sus oídos, y el fulgor de sus hogueras les deslumbra las pupilas ;

ocupados en forjarse ídolos en la Iliada interminable de las contiendas civiles, no alzan su cabeza poderosa, inclinada hacia la fragua formidable ;

ensordecidos por sus querellas, por el rumor de sus disputas bizantinas, *no sienten los pasos del conquistador que avanza...*

y despertarán ante el invasor, con la cándida sorpresa de los habitantes de Tarento, al ver la blanca aparición de las velas latinas, como la proyección de un vuelo de palomas, aparecer tras el Junius Lacinianum, el Promontorio Sagrado ;

y el Conquistador avanza...

avanza en medio del Silencio, como Escipión, á

cuyo paso enmudecían los perros cuando iba al Capitolio;

avanza entre la inmovilidad ó el miedo de unos gobiernos de la América del Sur, y la complicidad bochornosa, la venalidad alevé de los dictatoriales de Colombia (1), que viendo que por sí solos no tienen precio, señalan al invasor el camino y le sirven de puente, aunque perezcan luego como la hija de Tarpéyo, bajo el escudo del Conquistador, y el oro que les arroje encima, en pago de su infamia.

cuando los bárbaros, como las olas de un mar en cólera, se abalanzaban sobre el Lacio, extraviados en las selvas, las bestias feroces les servían de guías, dice el historiador;

y estas hordas del Norte, que van sobre nosotros, encuentran también bestias salvajes que las guíen;

los ambiciosos van á la cabeza de la invasión y reciben como Priscus su imperio de manos de los bárbaros;

la conquista los corona antes de devorarlos;

y el conquistador avanza, entre el silencio y el elogio de los diarios latinos, indiferentes ó abstraídos en el problema diario de su sociología parroquial;

y avanza, entre la inercia, la incredulidad, la burla, de esos pueblos de nuestra raza, que armados del heroísmo de la muerte, no temen nada, ni su desaparición del globo;

(1) Escrito en 1898. — ¡Seis años antes de la venta de Panamá!

es tiempo de despertarlos ;

es tiempo de decirles que en este siglo el heroísmo es nada y la fuerza es todo ;

que el yelmo de don Quijote y su lanza enmohecida, no son ya armas de combate ;

que los pecheros del Norte han dado cuenta de los hidalgos de la Mancha ;

que avanzan sobre sus nietos ;

que el *proximus ardet Ucalagon*, ese grito que despertó á Eneas en el incendio de Troya, ha de vibrar sobre América ;

que el conquistador, veloz como Atalante, no se detiene ;

que las manzanas de Hipómene no estorban su marcha, porque él las lleva en las manos ;

que en esas democracias nuestras, no hay para el criterio de ese pueblo, sino turbas insurrectas, semibárbaras, agrupaciones de negros, aptas á la conquista ;

que así lo dice todos los días, á todas horas, en todos los tonos, la prensa del país, indocta, es verdad, pero sincera ;

que todo el poder y el apetito de los conquistadores antiguos, reside en los músculos y el vientre de ese gigante sajón ;

que ya extendió un brazo hacia el Oriente y empuñó las Filipinas ;

QUE EL OTRO LO EXTIENDE HACIA NOSOTROS, y hace ya sombra la proyección de su mano sobre los pueblos del Sud ;

los bárbaros van al Capitolio ;

¿á dónde están los gansos divinos que perturben el sueño de esos pueblos ?

¿á dónde está el Manlio desconocido?

¿surgirá de las tinieblas?

¿se perderá la voz admonitriz como la de Casandra, bajo la maldición de los dioses?

¿la indiferencia y el miedo devorarán al que grita, como las serpientes al sacerdote que extendía su mano impidiendo la brecha en la muralla ?

eso no importa;

la hija de Priamo fué arrastrada por la turba soldadesca, Laocoón fué devorado por las víboras marinas, pero, la ciudad sorda pereció en una noche, bajo el arado del fuego, y en pos de sus profetas, va el fantasma de Ilión, ensangrentado; (1)

ante el peligro anunciado habrá quien dude y ría;...

en la onda de cretinismo que sube al horizonte todo es posible;

ve ridentibus

y el águila del Norte eriza sus plumas *y mira al Sud*;...

ya va á extender su vuelo;...

(1) Asi como los que anunciamos la invasión yankee y la desmembración de la Patria. Panamá vendida y conquistada atestigua la lucidez del patriotismo vidente.

Aníbal, niño, en las playas de Andrumeta, aprisionando una águila, la ahogaba contra su corazón, aunque le ensangrentara el pecho con las garras;

¡acaso la presentía como escapada de una legión en el desastre de Zama!

nosotros no podemos aprisionar el águila del Norte, y la presentimos ya señoreando sobre el horizonte patrio;

cumplimos con señalar su rumbo. designándola al tiro del Arquero;

¡sagitarios de pampas y montañas, allá van las águilas del Norte!...

el último rey de los hérulos, habiendo prohibido que le anunciaran una derrota, no la impidió, ni la aplazó siquiera, y cuando el centinela apuñaleado gritó á las puertas de su propia tienda, ¡desgraciado rey! ¡desgraciados hérulos! las lanzas de los lombardos le traían algo más terrible que la derrota: la muerte.

en este trance supremo, cuando merced á la confusión y al desconcierto y á la espesa sombra que el estupor produce en la conciencia, el enemigo avanza silencioso como los soldados de Brunswick, el escritor como el caballero de Assas, debe dar el grito de alerta: ¡á mí Auvergne! ¡he ahí el enemigo!...

aunque caiga después, cubierto de dardos y bañado en sangre;

Caer sin haber temblado es la Victoria.

PÁGINAS HISTÓRICAS

*de la Historia
y de los historiadores...*

El Calvario de la Justicia sobre la tierra : eso es la Historia ;

nada hay tan desalentador, tan tenaz, tan profundamente desalentador, para los espíritus enamorados de la Libertad, como el estudio asiduo de la Historia : es la selva del Desencanto ;

el vaho moral, que se escapa de aquellos hipogeos polvorientos de la Antigüedad, enferma el alma, de uno como mortal paludismo de Negación y de Desesperanza ;

la brutal tenacidad de la victoria del Crimen, os llena de Cólera y de Desilusión, en el largo trayecto mental por esos tiempos que fueron, ó en la vecindad histórica del área ocupada por aquellos pueblos desaparecidos ;

esa fuente de la Tristeza, originaria del Pasado, os susurra tan desencantadoras añoranzas, que todo el entusiasmo de vuestra Fe, se siente contagiado de Inanición ;

vuestra pasión enternecida de la Libertad, ha de sollozar muchas veces, en esa travesía, por esos mundos dormidos bajo el ala de la Muerte, y, donde actuaron tantas generaciones de pueblos, ahora yacentes en el Silencio ;

privados ya de la Vitalidad física, lejos del Sagrado Misterio de la Vida, esos pueblos, no nos muestran sino la demacrada desnudez de su pasado ; y, de ese abismo de Silencios, nada surge que alentar pueda la Esperanza, ni fuerzas dé á las alas de la Visión, para volar por esos cielos, oscuros de Fatalismo :

al llegar á ciertos parajes de la Historia, el huracán de la Iniquidad, es tan fuerte, hay de tal manera sobre el horizonte una como locura de nubes, que creemos ser víctimas de la Alucinación, y, nos preguntamos, cómo tal torbellino de Maldad y de Tinieblas, pudo soplar en el corazón turbado de los hombres, apto siempre para el Sacrificio de la Justicia y la Apostasía colectiva de la Libertad ;

y, ¡tales cosas fueron, y, tales cosas son, y, tales cosas serán, en el corazón obscuro y tormentoso de los pueblos : Ahora y Siempre : *Ad Eternum!*

ese gran Misterio del Tiempo, ilimitado y rumoroso, no guarda para la caricia de nuestros ojos,

sino cosas de desilusión, que no se reposan jamás; la complejidad múltiple de todas las fuerzas, va contra nuestro Ensueño, en ese Universo, que fué, y, que aun hoy, herido de muerte, tiene no sé qué inquietud de marea, que lo hace aun agresivo de complicidades, contra esa forma de Divinidad, viva y vivaz, que es la Justicia;

nada turba la exasperante monotonía de los paisajes históricos, en los cuales se reproduce siempre, bajo los mismos horizontes de Indiferencia, el mismo cuadro de horror : el Sacrificio de la Libertad;

los siglos, se suceden á los siglos, los pueblos á los pueblos, las generaciones á las generaciones, como olas del mar de lo Infinito, y, la *Via-Crucis*, de la Justicia no termina;

los ojos que pueden llorar, se llenan de lágrimas, en esta Noche sin Aurora, llena de extraños presentimientos; las manos crispadas, se tienden hacia el Derecho, apenas visible en su Crucifixión; y, las bocas imploradoras se llenan de sollozos;

la voz de los Profetas, que anuncian el Triunfo de la Libertad, sigue sonando, sonora en su Inanidad, llenando con sus ecos, la obscuridad difusa de los siglos;

pero la hora de esa Victoria, no aparece;... no ha brillado jamás, sobre los cielos desnudos, que han cubierto al Hombre, en su peregrinación perenne hacia la Verdad;

la Libertad, continúa en caer siempre bajo

el hacha; y, la Humanidad, en sollozar bajo el yugo;

en esa bruma lívida, los pueblos siguen arremolinándose en la Incertidumbre, como rebaños asustados, y, corriendo hacia el despotismo, como empujados por un huracán, por la palabra de la Divinidad, que les grita desde el fondo de sus cielos inexorables, la terrible Sentencia de sus libros : « Vosotros que estáis destinados á la Muerte, id á la Muerte. Vosotros, que estáis destinados al Hacha, id, ante el Hacha. Vosotros, que estáis destinados al Hambre, agotadla en sus dolores. Vosotros, que estáis destinados á la Cautividad, preparaos á llevar en vuestras manos, el peso de las cadenas. »

y, los pueblos, continúan en marchar así, como anonadados por ese veredicto; rotos en la batalla; tumultuosos en su esclavitud; bajo la espada de la Fuerza, y, el poder de sus enemigos; enrojeciendo con su sangre y humedeciendo con sus lágrimas, los senderos de la Tierra, por donde han paseado su Dolor, y, ahora empiezan á agotar su Desesperación :

.

Luchar siempre y no reinar jamás; ¿ese es, por ventura el destino de la Libertad?

ante la visión de ese reinado de la Libertad, que se aleja y se aleja y se aleja, hacia las fronteras de

lo Incomprendido ¿ será preciso llamar al Pesimismo, en auxilio de nuestro desfallecimiento?

ante las apostasías colectivas del Derecho, y, el gesto de los grandes pueblos, entregados al ateísmo de la Justicia : ¿ será necesario rendirnos al dolor de la Evidencia, y, confesar que la Libertad de los pueblos, es una Entelequia, una Ficción Metafísica, sin otra consistencia que la que aspira á darle el entusiasmo visionario, de los idealistas, empeñados en poner de pie, el Ídolo fastuoso de la Dignidad Humana?

¿ será preciso capitular, y, de declarar habremos, que hay hombres libres, pero no puede haber pueblos libres sobre la Tierra?

apuñaleados por el Escepticismo, prontos á morir de sed del Ideal, sobre los arenales inclementes de la Experiencia, ¿ hemos de decir lo que ella balbucea como avergonzada de decirlo, y, de proclamar habremos, que la Libertad, es *un estado de Alma, absolutamente personal*, que puede triunfar y perdurar en el Individuo, pero es imposible, hacer vivir y florecer, en el alma colectiva de un Pueblo?

la Historia ha visto, y ve, hombres libres, vivir y morir, sobre la tierra, sin dioses y sin amos ;

pero ¿ ha visto un pueblo, vivir y perdurar libre sobre la Tierra?

un Pueblo sin Dioses?

un Pueblo sin Amos?

es que lo ha visto la Historia, en el glorioso y

admirable resplandecimiento que habría proyectado sobre ella?

¿es esa la terrible desnudez de la Verdad, escapada á las páginas uniformemente crueles de la Historia?

¿la virtud de la perspectiva, no quita nada á esta Desolación, y, más bien aumenta el horror de su terrible Realidad?

¿ser triste, pero ser verdadero, es el privilegio desgarrador, de este criterio, en la Historia?

los períodos convulsivos de la Antigüedad, como las tristes conmociones del Presente, ¿no nos enseñan sino eso? solo eso?...

¿no es posible hacer brotar de esas ruinas acumuladas sobre el corazón inerte de los siglos, otra cosa que no sea el Dolor y el Desencanto?

y, ¿es todo lo que tenemos que entregar á las generaciones que se levantan, ávidas de luchar y de vencer, sedientas de combates y de victorias, esta triste flor de la Desesperanza, crecida en los arenales de la Historia, y, que la Experiencia nos entrega, como si nos entregara su propia alma?

ese gesto brutal, que borra el miraje, ante los ojos de la caravana ilusionada por la sed del Ideal, á la cual el sol de la Fantasía, ha dado la fiebre de la Ilusión y con ella el consuelo del Espejismo, ¿es un deber del Historiador hacerlo?

es una Virtud, ó una Crueldad, el esbozarlo, rompiendo el Encanto de la miserable alma humana, tan necesitada del sol de la Esperanza?...

dejad á los hechos que hablen ;

los hechos hablan, como las tumbas, y, su terrible elocuencia da el vértigo ;

la Verdad, vive en el corazón amargo de los hechos, y, se escapa de él, como un murmullo de mar ;

es, su voz, la voz imperativa de los hechos la que llena, con la terrible amplitud de sus sentencias, el eco de los siglos asombrados ;

No matéis la Esperanza, en el corazón del Hombre ;

el Hombre es un ser fundado sobre la Esperanza, que no vive sino de la Esperanza, ni tiene otra ventura sobre la Tierra, que la Esperanza ;

la Esperanza es una fuerza, más grande que la Fe, de la cual es una forma ;

sin la Esperanza, la Vida, sería menos que un camino en la Noche : sería una Peregrinación en el Caos ;

no apaguéis ese divino Sol, en las conciencias ; ¿qué quedaría sobre el cielo de las almas ?

el hombre, puede resignarse á vivir, sin la Ventura, pero, no sin la Esperanza ;

¡dejemos al Hombre, la Esperanza !

ella no alcanzará á salvarlo, pero, alcanza siquiera á consolarlo ; y, el Consuelo, es, una Misericordia — ultrajante, como todas las misericordias del Destino

— pero, ¿á qué rebelarnos contra ellas, si no hay otras ?

solo hay una cosa que consuela de la eternidad del Dolor, y, es la eternidad de la Esperanza ;

los hombres, — que han creado á Dios — y creen en él, pueden hallar un refugio á su Ilusión, á la sombra invisible de sus alas ;

los que ya no creemos en nada, fuera del círculo de la Realidad, que nos estrecha ¿ á dónde hallar un abrigo á nuestra Esperanza, en este naufragio absoluto de los dioses y de los hombres ?

¿ en dónde ?

en el seno augusto de la Verdad ;

la Verdad, como la lanza de Aquiles, cura las heridas que hace ;

la Verdad, es el alma de la Historia, y, se exhala de ella, como un perfume ;

vivamos en la Verdad ;

y, digamos la Verdad ;

la Verdad, salva.

El deseo de la Verdad : he ahí la sed infinita, que aqueja al hombre sobre la tierra ;

de todas las formas de la miseria humana, el Error, es, la más profunda y la más inconsolable ;

ese Imperio de las Tinieblas no tiene sino un sol que lo disipe : la Verdad ;

el alma humana tiene necesidad de la Verdad, como el ser humano tiene necesidad del sol ; fuera de ellos, es, el Caos ; y, el Caos es la negación de la Vida ;

la Verdad, es, la única forma de Revelación, habida sobre la tierra ; la Verdad, dicha del hombre al hombre, por sobre las tinieblas del Espacio y del Olvido ;

la Verdad, que llena invisiblemente el mundo ; de la cual está imbibida la tierra ; y, que la envuelve, como un manto de infinita Misericordia : *Plena est omnis terra gloria ejus* ;

la palabra que cae de los vastos cielos de la Verdad, fructifica siempre ; fructifica en los corazones ávidos del divino Misterio, de creer y de crear ;

los espíritus, se regocijan del advenimiento de la Verdad, aunque les sea dicha entre dolores ;

el dolor que viene del conocimiento de la Verdad, es saludable, como una purificación ; como un cauterio, hecho por el orgullo rojo, de aquel que dice, la Verdad ;

y, como presa de un deseo profundo, la multitud de los hombres, sueña siempre con los ricos esplendores de este sol, tan obscurecido y tan lejano ; hay que dar á los hombres algo de ese sol de la Verdad, aunque aquellos que aman las tinieblas, nos maldigan ;

respondiendo al deseo íntimo de las almas, aquel que dice la Verdad, triunfa siempre ; no de ese triunfo inmediato, triunfo vil, que es el castigo y la profanación de la Gloria, sino de aquel otro lejano, que es su consagración ; lejano y reverente, como la voz de los siglos ;

hay enemigos personales de la Verdad, como hay enemigos personales de la luz, llenos del orgullo tenebroso de su propia ceguedad ;

para ellos, hay dos cosas igualmente intangibles y sagradas : la Tradición y las Tinieblas ; ellas llenan el mundo ; ¿ no las toquéis ! ¿ no veis que sobre ellas reposa, el Imperio del Error ? ; no hagáis luz, sobre ellas ; ¿ qué harán entonces los habitantes, de ese Hemisferio de la Impostura ? : la Mentira, el Fraude, el Cinismo ¿ dónde irán á refugiarse ?

no digáis la Verdad, no hagáis luz sobre el pasado ; anatematizados seréis, por el amor loco del

Caos, de aquellos que han bebido en el pozo de las Tinieblas, y beberán aún ;

y, sin embargo, es necesario, decir el *Fiat*, que ordena á la luz nacer, y, decir la palabra, que ordena á la Verdad surgir, la Inexorable Verdad, única á la que en el torbellino vertiginoso de los siglos, le es dado contemplar, el rostro augusto de la gloria : *qui vidi conspectum Gloriæ*.

todo adorador de la Verdad, siente la necesidad de hacer la luz sobre un campo determinado de la Ciencia ;

¿á dónde mayor suma de Impostura acumulada, — de Impostura y de Injusticia, — que en el seno de la Historia?

más que una conspiración contra la Verdad, una conjuración contra la Justicia, parece el tejido de la Historia ;

llegando á ciertos puntos de ese Imperio de la Adoración á la Fuerza, que es la Historia, cabe preguntar, ¿es el destierro de la Justicia, la condición inmanente de la Historia? ¿dónde está el alma de la Verdad, en estas crónicas arrodilladas, ebrias del más intolerable servilismo?

los reyes son todo ; los pueblos son nada, en aquel himno de libertos ;

desde que el autor de los Salmos, dijo á los reyes, « Vosotros sois dioses », el criterio de los historiadores pareció cristalizarse, en el veredicto abyecto de aquel Stylita de la Adulación ;

la Historia, ha sido deshonrada por los histo-

riadores, que han vivido en contubernio vergonzoso con la Tiranía; y, la Tiranía, es, la lepra de Lázaro, que deforma y, hace pútrido cuanto toca;

no son los crímenes de la Tiranía, los que más asombran: son los crímenes de la Historia; ella no ha sido, sólo, la cómplice vil del Despotismo, sino la ejecutora cruel de sus odios; ella dispone de dos Imperios sin fronteras: el Silencio y, el Olvido; y, los pone al servicio de la Tiranía, para desterrar en ellos, á los grandes nombres, que los tiranos le entregan, para ser ejecutados por su mano;

la Calumnia, desencadenada por los historiadores contra los hombres de la Libertad, llena la Historia, como los aullidos de una hiena, sobre el sepulcro de los grandes muertos;

los huesos de los rebeldes heroicos, y, de las multitudes sin nombre y sin edad, son devorados por la Mentira, mientras los ritmos solemnes de la Injusticia, estremecen los campos, cayendo sobre esas tumbas, vencidas en su desolación;

porque la Historia, no ha sido sino eso: un verdugo asalariado de la Libertad; un instrumento de los vencedores contra los vencidos; un voceador de renombres sangrientos y de glorias asesinas; un veredicto implacable, contra aquellos que no han tenido la sanción del Exito, aunque en las manos de esos fantasmas entristecidos, centelleen fulgores del sol de la Libertad, que cayó con ellos, cuando el acero de la derrota, atravesó sus fuertes entrañas,

venciendo sus cóleras, y, haciendo abatir el hacha de sus sagradas venganzas ;

el alma de la Historia antigua, ha sido servil y cruel, y, no ha sabido sino capitular con la Victoria ;

circunscribiéndonos á la Historia de Roma ; ¿dónde está el historiador, en el cual palpite, el alma severa y pura de la Libertad ?

si Roma fué un pueblo brutal, enemigo de la Justicia, sus historiadores, representaron á maravilla, el espíritu de ese pueblo ;

Roma fué un pueblo grande, que no fué nunca un pueblo libre ; y, no tuvo, sino historiadores, enamorados de su grandeza, y, enemigos de la Libertad ;

Tácito, aquella grande alma, tan digna de ser libre, ¿qué era cuando de la libertad del pueblo se trataba, cuando frente á una insurrección de esclavos se detenía su pluma, ó de referirse había á los pueblos vencidos por Roma, ó tocábale narrar las victorias de esa inmensa coalición de los poderosos contra los débiles ? ; un difamador de genio ;

¿dónde hay en sus libros, un acento generoso en favor de los esclavos ó de los vencidos, una voz de protesta contra la Opresión, un grito sincero de libertad ; uno de esos grandes acentos que el furor pone en los labios de las grandes almas ? ¿dónde ? impasible como la Naturaleza ; inexorable como la Fatalidad ; sin entrañas, como el Destino ;

y, ¿Suetonio ? aquel secretario de Adriano, deslumbrado y sobornado por el Poder, parece que hubiera bebido sangre, y, que bebiera siempre ;

horrible ser, sin alma, á quien solo el vicio tenía el privilegio de agradar, y el Crimen, no tenía el poder de indignar ;

¿dónde, en ese horario de horrores, que se llama : « Los Doce Césares », dónde hallaréis una voz de protesta contra el Crimen, un gesto de indignación ante las monstruosidades ; un acento de piedad para los vencidos ; de admiración por aquellos que sucumbían defendiendo la Libertad ; de conmiseración por los esclavos ; algo conmovido, algo noble, algo humano ? ¿ aquel fonógrafo del delito, era un hombre ? el alma está ausente de sus libros ; un horror tenebroso los llena ; y, un pavor de la Libertad, y, un odio ciego hacia ella ¿ odio ? tal vez no ; olvido completo de ella ; esa absoluta incompresión de *ser libre*, que forma el alma del esclavo intelectual, el más feroz de todos los esclavos ;

y, ¿ Veleyo Patérculo ? aquel pretor de Tiberio, y adulator de Seyano, que habría honrado la Historia ignorándola, y, la deshonra con escribirla, ese último retoño de una dinastía de lacayos, que marchaba detrás del carro de Tiberio, y, tenía su puesto en la litera del César ; ¿ qué puede decir de la Libertad, y, la Justicia, él, el calumniador de Germánico ? agradezcámosle que después de haber deshonrado la Historia deformándola, no haya mancillado la Libertad, defendiéndola : la Libertad, no quiere ser servida, sino por almas dignas de poseerla ;

y, ¿ Salustio ? el antiguo pretor de César, que como Cuestor, no dejó de vender sino lo que no

tuvo comprador : *ut nihil in eo non venali haberit* ; ¿no se insurrecciona contra la Libertad, al verla personalizada en Catilina ? ese falso demócrata, expulsado del Senado por prevaricador, ¿podrá entrar en la Historia como Juez ?

Tito Livio, el armonioso y pomposo Tito Livio, ¿no era apasionado amigo de Pompeyo, y no fué demasiado cortesano de Augusto, para poder amar la Libertad ? el viejo Quirite, tenía el alma demasiado romana, para amar la Justicia y la Humanidad, el *anticus fit anumus*, lo hacía un lobezo sentimental de la Urbe, incapaz de otro culto que no fuera el de la Fuerza, que dominaba el mundo ;

y, ¿ Plinio ? ese era el panegirista de Trajano ; ¿ no os asorda el clamor de su Adulación ? su pluma puesta al servicio de su Ambición, no podía estar al servicio de la Libertad, y, sólo alcanzaba con ella á apuntalar su gobierno de Bitinia ; no le pidáis amor á la Justicia á aquel que en su gobierno la vendía ; el último ultraje á la Justicia sería el de ser consagrada por las manos de la Venalidad ;

y, ¿ Plutarco ? ese beocio sin elegancias, cortesano de la espada y, manipulador de arcillas ilustres ¿no va en el vértigo de su adulación, hasta decirnos, que Nerón fué el mejor de los hombres, y, el *Libertador* de la Grecia ? ¿no lo veis como con sus propias manos, aplaude los altares y las flores alzados y regadas al paso del hijo de Agripina, del Mimo Conquistador de su propia patria ? ¿dónde estaba el helenismo de este hacedor de *terras cottas*, encar-

gado de probar, que si merced á Píndaro y Epaminondas, no era cierta la leyenda de que Beocia, daba de sí, los más imbéciles de los hombres si daba los más indignos? ; las monografías aduladoras de Plutarco, serán siempre el Breviario de los pretorianos, pero no serán nunca la divina fuente de Verdad, donde desalterar pueda, su desesperante sed de Justicia, una alma libre :

¿dónde encontrar el historiador de la libertad, en ese tumulto de injusticias y de violencias, que es la historia del mundo romano?

todos ellos fueron los adoradores de la Iniquidad, y, los sacerdotes de la Injusticia ;

¿no veis el silencio ó la mofa que todos ellos hacen, en torno á las excusas horas de libertad, de que gozaron los pueblos, en esa tragedia angustiosa de su vida?

la rebelión, los encoleriza ó los asusta : la libertad, los entristece ; no la comprenden ; la odian como algo quimérico, que hace mal ;

los grandes rebeldes, son siempre ante ellos, grandes criminales ;

los héroes vencidos, les son odiosos ;

aquellos pueblos que resisten al poder de Roma, son bárbaros y asesinos ;

solo el Éxito, es grande ante sus ojos ;

solo la Tiranía, es sagrada ;

la divinización de los amos de la Tierra, por odiosos que ellos sean, se hace un deber de esos historiadores, de la antigüedad ;

allí está Quinto Curcio, para declarar dios, á Alejandro, el ebrio, sanguinario é incestuoso de Macedonia ;

Strabón, declarará á Tiberio : *el más justo de los hombres* ;

Veleyo, os dirá, que por sus cualidades, Seyano : *estaba más cerca de los dioses que de los hombres* ;

¿no escucháis la retórica apaniaguada de Plutarco hacer de Nerón, un Salvador de pueblos ?

no os asombréis ; Tito, el asesino implacable de los hebreos, será llamado : *la delicia del género humano* ;

Calígula y Heliogábalo serán hechos dioses ;

César, también lo fué ; él inaugura las doce divinidades de Suetonio ;

viendo esa divinización constante de los hombres, ¿no empezáis á sentir, cierto justo desprecio por los dioses ?

en medio de ese tropel de hombres y de dioses, que actúan en el torbellino de la Historia, ¿dónde están los pueblos ?

los Amos lo llenan todo, los pueblos, no tienen casi lugar en la Historia ;

los pueblos, no son nada, ante aquella *florem hominum*, de que habla Plinio ;

aquel ciudadano de Atenas, que negaba la corona á Milciades, después de Maratón, porque no había tenido *él solo*, el honor de la victoria, ese habría sido apedreado por los historiadores de Roma, en castigo á su audaz sinceridad ;

pero, Alejandro, asesinando á Clitus, por haber osado criticar en su presencia, que en las inscripciones de los trofeos, sólo figuraran *los reyes*, y, no, *aquellos que los habían adquirido al precio de su sangre*, ese realizaba, con el puño de su espada, el ideal querido á los historiadores de la antigüedad ;

¿ cómo pues desenterrar la Verdad y, la Libertad, de bajo esa montaña de la Adulación, que es la Historia ?

¿ cómo ?

escribiéndola, sin esa ley de la genuflexión ante el Poder, que parece haber sido el alma de la antigüedad, y, que hacía plegar las rodillas de la Historia, aun antes de nacer ;

es, rompiendo los acentos de ese concierto extraño de servilismo, en el cual la Historia antigua, quiso poner, todo el espíritu de su vitalidad, balbuceando la adulación, antes de hablarla ;

es, escribiendo la Historia, fuera de ese cesarismo de las letras, que se llama el culto de la Tradición y, la fe de los clásicos ;

porque lo que nos ha hecho hasta hoy, esclavos de la Mentira, es ese culto al clasicismo romano, que nos lacta de servilismo, por los pezones exhaustos de la vieja latinidad ;

nuestra educación, es una educación de servidumbre, porque es una educación de tradición ;

y, la corrupción del pasado, hace de nuestros niños, esclavos espirituales, antes de que las corrupciones de su época, hagan de muchos de ellos, los

esclavos políticos, que eclipsan por su impudor, todos los siervos de la antigüedad ;

no contentos con educarlos, en una religión sin grandeza, hecha por esclavos y para esclavos, mutilando su libertad desde el día de su nacimiento, entregamos esas generaciones de eunucos mentales, al furor apasionado de los clásicos, para que beban en ellos, la admiración al Despotismo, y, el odio ciego á la Libertad ;

¿de dónde viene esa admiración incondicional que nuestros hombres letrados, sienten por el pérfido Augusto, y, por su siglo de pútrido esplendor?... de la corrupción que él sembró en las letras romanas, y, que nosotros hemos bebido, cuando en los bancos de las escuelas, los bonzos del clasicismo, nos envenaban de antigüedad ;

¿no es por Horacio, por la miel de los versos de ese cortesano corrompido, que nuestra juventud, aprende á despreciar á Labeón, como un loco entre los sabios ?

. . . *Labeon, insanior inter*
Sanos dicatur.

y, es así, vestido del hazmerreir de esa Sátira, que el gran Sabio, el gran Patriota, el Defensor de las libertades romanas, Labeón, aparece á las mentes juveniles, disfrazado por la musa ebria, de aquel bufón de genio ;

Augusto, como todos los tiranos, no protegió las letras, sino para corromperlas : él, negó siempre su

protección, á aquellos que le negaron ingenio, y, no acarició otras musas, que aquellas que se hicieron, las cortesanas de su Imperio ;

es en esa poesía, degradada por Virgilio y por Horacio ; y la cual Ovidio hace lamentable en su desesperación de esclavo desterrado, inconsolable por el rencor del Amo : es en esa elocuencia, corrompida por Mecenas, y, en la cual las rosas oratorias de Tito Livio, brillan con un esplendor de caducida l, que las almas han aprendido y agotado el culto de esa edad de oro del despotismo, en que no le fué dado al Genio, brillar sino por su silencio, y, á la Virtud no le quedó otro refugio que entrar en la obscuridad...

y, antes de esa era Augustiana, ¿dónde han aprendido los jóvenes, á odiar la verdadera libertad, y á amar los sofismas del orden, sino en la prosa falsa, inflada y enfática de Cicerón? ¿no es en las metáforas globulares, de ese retórico del viento, que nuestras generaciones han aprendido á odiar á Catilina? ¿no ha sido en esos grandes gritos de Odio y de Envidia, que todos hemos aprendido á odiar de niños, á aquel vencido, glorioso y enorme, cuya sombra llenó en su época la Historia toda?... ¿no fué en esas Eumenides de la Mediocridad, llamadas : *Catilinarias*, que nuestro juicio se prostituyó por aquel huracán de diatribas que salían de la boca del Miedo y de la Iniquidad?

¿no veis todavía, nuestros oradores, *liberales* y aun *radicales*, jurar por los manes de Cicerón, y,

cegados por la infladura de esa retórica de aviación, pasar con desdén, por no decir con horror, al lado de Catilina? ¡su Maestro, Cicerón, lo dijo : *Magister dixit*; la Justicia, la Verdad, la Libertad! ¡cosas temerarias!

¡dejad pasar á nuestros liberales, con Cicerón bajo el brazo; van á misa; apresuraos á reir, ya que no vale la pena de entristeceros; y, aprended con la Historia, á despreciar menos á los enemigos verdaderos de la libertad, que á los falsos apóstoles de ella;

¿qué corrupción de criterio, no debemos todos á Séneca, aquel falso genio, que deshonró por igual, la elocuencia y la esclavitud?

ese maestro de Nerón, que para corromperlo todo, corrompió la Filosofía ¿no quiere hacernos arrodillar ante el parricidio de su Amo? cuando escribe al Senado en nombre del Emperador para disculpar el asesinato de Agripina ¿no veis el esfuerzo de aquel, que disculpando el crimen, se justifica de haberlo aconsejado?

Séneca, es también un encanto de los clásicos, y tiene con otros, el privilegio de corromper la juventud; bajo el patrocinio de Quintiliano, su bajeza pasa por elegancia, y, se recomiendan como máximas de filosofía, los sofismas de su degradación;

los acentos altivos de Lucano en la « Farsalia », la virtud de Thraseas, la firmeza de Helvedius ante Vespasiano, nos vengan un poco de las bajezas de Quintiliano; pero, ¿no es este vil adulator de Do-

miciano, el que insulta á los filósofos, porque *osan creerse* más sabios que los Emperadores? ¿no es ese pedagogo declamatorio, enfático y, pueril, el maestro de la Elocuencia, en nuestras Universidades y Liceos? ¿á qué cachorro de Tribuno, no hemos visto prenderse con ahínco en la ubres de esa loba escolástica domesticada por Domiciano?

¿qué no enseñan las arengas alfeñicadas de Plinio el joven y, toda la literatura equívoca y dulzona del reinado de Trajano? los encantos, las grandezas, y, las misericordias del Poder Absoluto;

de esa miseria nos hemos nutrido todos; y, es, esa medula de liebres, la que damos á devorar á nuestros descendientes;

¿cómo esperamos pues, con esta pedagogía de esclavos, hacer generaciones de hombres libres?

por eso, á la hora presente, es tal la densidad de las tinieblas morales en nuestros pueblos, que no hay ya manera de disimular, el horror que los envuelve;

¿no es hora de reaccionar contra esa escolástica de siervos, que á todos los peligros accidentales que engendra la Mentira, une el definitivo peligro de nuestra desaparición como pueblos y como raza?

porque es solo, llegando á ser pueblos libres, que llegaremos á ser pueblos fuertes;

y, no llegaremos á hacer pueblos libres, sino educándolos en la libertad, fuera de todos los despotismos: del de la Religión, del de la Tradición, y del de la Espada;

hagamos libros, fuera de esos despotismos, y contra esos despotismos; y, haremos pueblos dignos de combatirlos, ya que hasta hoy, no hemos tenido sino tribus aptas á servirlos;

¿quién ha elevado ese monumento de esclavitud, multiforme y demesurado?... el libro;

¿cuál es el ariete destinado á demolerlo?

el libro;

los libros heterodoxos, se suceden los unos á los otros, y, es ya enorme el trayecto recorrido en el camino de la liberación de las conciencias;

las acres verdades de la Heterodoxia, rompen los mitos, dormidos á la sombra de los errores metafísicos, viejos como la tierra;

y, el huracán, el sagrado huracán de la Impiedad, hace crujir las viejas catedrales de piedra y de granito, donde se arrodillaban el Miedo y la Ignorancia de los hombres, la Soledad, empieza á apoderarse de los templos, y, los devora con su enorme boca de desierto : *solitudinem vacat terra...*

pero ¿la Historia?

el transcendentalismo de la Historia, parece descuidado por la Libertad;

¿cuáles los libros de Historia Romana, escritos en favor de los oprimidos, relatores y ensalzadores, de los grandes gestos épicos de la Libertad, á través de los siglos en que imperó la servidumbre?

¿es que las asperidades de la tarea, la hacen inaccesible, como un pico de monte, donde el espíritu de la Verdad no podrá llegar jamás?

¿no será pues posible arrebatarse la Historia á la facción de los serviles, al *trust* de los retóricos asalariados que la escribieron, llenos de la pasión desbordante y devoradora de la Tiranía?

dos pasiones se han disputado siempre el corazón del mundo : la pasión de la Autoridad y, la pasión de la Libertad ;

la Historia antigua no conoció este segundo amor de los hombres ; y no lo sirvió jamás ;

¿no sería tiempo de desentrañar de ella, las luchas y los dramas de la Libertad y, mostrarlos al mundo?

dar voz á los muertos y, á las multitudes, que han caído combatiendo por la Libertad y, por el Derecho, hacerlos hablar, defender y explicar su obra y, decir el *por qué*, de su derrota ;

tal, es el espíritu y, el fin de este libro, por lo que á la Historia de Roma se refiere ;

podría decirse que es la historia y la glorificación de los vencidos, las que viven en estas páginas ;

en Historia, no hay nada nuevo ; el *nihil novum sub solem*, se hizo para la Historia ;

la originalidad, es imposible en Historia, como en todo ;

la Historia se alimenta de hechos ; y, los hechos se cuentan, no se inventan ;

¿en dónde pues el alma y la novedad de la Historia? en el CONCEPTO, del historiador ;

contar un hecho, he ahí el narrador ;

comentar el hecho, he ahí el Historiador ;

he ahí porqué el CONCEPTO, es el alma de la Historia, y, la Historia toda :

frente al hecho, llamado Tiranía, el historiador aplaude? he ahí el *concepto conservador*, que hará textos, para una escuela de esclavos ;

el historiador reprueba el hecho Tiranía; he ahí el *concepto liberal* de la Historia; ese hará texto en una escuela de hombres libres ;

igual sucede, frente á las revoluciones y á los revolucionarios contra el despotismo; se critican ó se aplauden, según que el criterio del historiador, sea el criterio conservador del servilismo, ó el criterio liberal, de la Rebelión ;

y, no hay más que esos dos criterios en Historia ; así, un Historiador, no puede dar, sino dos cosas originales ó mejor dicho personales, en su obra : su Estilo y su Concepto ; es decir su Arte y su Alma ;

puedé haber libros sin Arte ; ¡los hay tantos! pero, libros sin alma, he ahí lo que no acepta la Historia, ni aun en los narradores sin genio, como Hesiodo ;

su alma, es decir, su Conciencia, he ahí la que debe mostrar el Historiador, desnuda y palpitante, en las páginas de sus libros ;

su alma llena de pasiones nobles : la Cólera, la Justicia, la Verdad ; todo lo que revele ese Infinito, latente y tormentoso, que es el corazón de un hombre : *marem umbra* ;

¿quién habla de suprimir la pasión, en Historia ? tanto valdría suprimir el alma del Historiador ;

la Impasibilidad, en Arte, como en Historia, no es sino, la Impotencia; la Impotencia absoluta de sentir;

el alma del hombre, es naturalmente estremecida, y, estremecible, como el mar; la pasión, es, el viento divino que la agita; viene de lo alto, y, la hace cantar ó la hace rugir, según el encanto ó el horror, que traiga entre los pliegues de sus alas;

la Imparcialidad, no es sino la máscara cobarde de la Hipocresía;

el espíritu humano, es naturalmente apasionado: hay en él, un fondo innato de honradez, que lo hace sensible, á las oscilaciones del Bien y del Mal, subiendo ó bajando en la conciencia humana;

todo hombre honrado, es un hombre apasionado;

la Impasibilidad ante el Crimen, no es, sino la Complicidad con el Crimen; la Complicidad que no obra, y, añade á la bajeza de su actitud, la bajeza de su cobardía;

sin Pasión, no hay Virtud, como sin Emoción, no hay Arte;

un hombre, que no se siente apasionado por el Bien, no será nunca un hombre virtuoso; como un hombre, que no se siente emocionado ante lo Bello, no será nunca un Artista;

la pasión del Bien, eso, es la Virtud;

la pasión de lo bello, eso es, el Arte;

¿ cómo creeríais en la honradez de un hombre, que teniendo en sus manos, el poder de inclinar la balanza del Bien y el Mal, hacia uno ú otro lado,

permaneciese indiferente, en nombre de la Imparcialidad?

¿ qué diríais de aquel, que colocado entre Caín y Abel, no supiera decidirse, por el Asesinato ó la Inocencia; que puesto entre Jesús y Barrabás, le fuera indiferente la vida del Ladrón ó la del Apóstol; que entre Sócrates, y los jueces de Atenas, le fueran indiferentes el Filósofo ó los verdugos; que entre Nerón y los cristianos, le fuera igual el grito del loco y el del Mártir; que colocado entre la Libertad y el Despotismo, entre el Pueblo y el Tirano, permaneciera indiferente y sin acción, en nombre de la Imparcialidad, es decir de todas las impotencias, cuando no lo es de todas las corrupciones?

y, ¿ esa es la *Virtud*, que se pide al Historiador? dejádmela maldecir, en nombre del Honor;

un hombre, que permanece indiferente, sin indignarse ante el Crimen, es un criminal, cualesquiera que sean el gesto que esboce, ó el vocablo que busque para excusar su miserable actitud;

¿ qué diríais de la ultrajante serenidad de aquel historiador que llegando al desfiladero de las Termópilas, os contara sin comentarios, la muerte de los trescientos Esparciatas, sin decirnos, si era aquello un sacrificio del patriotismo, ó una locura sin genio? si aquel glorioso desfiladero, debía ser cubierto por todas las flores del Entusiasmo, ó entregado á las zarzas y jaramagos del Olvido?

¿ qué alma de hombre libre, no llega jadeante de Emoción, desbordante de Inquietud, á esa confluen-

cia de razas, á esa gran vertiente de la Historia, que se llama la batalla de Salamina, que hizo reflorar, en florecencia de victorias, el divino rosal del Genio Griego?

¿qué corazón no acompaña con un coro de deseos, y, el movimiento apasionado de sus ruegos, la Oración de Milciades, en la mañana de Platea?

¿cómo no estremecerse hasta en el fondo del alma, ante aquel duelo formidable, en que el helesponto, es decir toda el alma del mundo antiguo, estuvo amenazada de perecer, bajo la ola de los bárbaros que Xerxes, desencadenó sobre el Ática? ¿qué hubiera sido del mundo, si el Asia hubiese obtenido la victoria sobre la Helade? ¡ un mundo medo, un mundo persa! el puente sobre el Helesponto, hecho el camino de la barbarie! la Grecia esclava! y, el mundo temblando bajo el azote de Xerxes! ..

¿no sentís el horror, subiéndooos en el corazón, como una marea, al solo pensamiento de esta muerte moral del mundo?

pues, los partidarios de la Impasibilidad, y, de la Imparcialidad, os prohibirán entusiasmaros; debéis ser indiferentes, entre Xerxes y Milciades; apasionaros por Atenas será un crimen; la causa de la civilización, no os toca de cerca ni de lejos; la Imparcialidad histórica no debe saber si la Persia era bárbara, ni qué cantidad de sombras habría traído sobre el mundo el triunfo de los medos; eso no os debe interesar; la Historia, no tiene alma! ¡ fuera la

Pasión! es decir, fuera la pasión de la Verdad, la pasión de la Justicia, la pasión de la Libertad! la Historia debe contar, no debe comentar; debe tener memoria, no debe tener Criterio; gloria á los narradores; muerte á los historiadores; ¡ viva Suetonio! muera Tácito!

¡ viva la Historia sin Pasión, es decir, la Historia sin alma!

la tempestad queda prohibida en el cielo; el huracán queda prohibido en el mar; el Genio queda prohibido en los libros; ¿ en nombre de quién? en nombre de la Serenidad;

¡ Oh, los cándidos dioses de la Idiotia!

¿ para qué la Pasión?

un vuelo de águilas en un libro; eso es molesto; encadenad las águilas; dejad libres las aves domésticas; los pavos por ejemplo; ¿ no veis cómo son inofensivos? son aves sin pasiones; ó al menos sin pasiones violentas; ellos alborotan, pero no atacan; el Historiador debe ser un pavo; primero, porque traga entero, es decir, no discierne, y, segundo, porque no ataca, es decir no juzga;

juzgar, quiere decir apasionarse, apasionarse indica el movimiento de defender ó de atacar; eso, es indigno de la Historia; la Historia no se apasiona, la Historia no juzga; la Historia cuenta;

¿ qué cuenta?

lo que otros le han contado...

la vieja cotorra impasible, que es la Historia, qué de cosas os cuenta, desde su percha enmohecida!..

¿no os encanta ese cotorrismo histórico? pues ese es el ideal, de los que predicán la Impasibilidad, en Historia :

¿habéis oído á un loro, comentar sobre lo que os dice? no ;

el loro, no comenta, porque el loro no discierne :
he ahí el papel del Historiador, según los sacerdotes de la Imparcialidad ;

¡ guerra á la pasión, en Historia!

y, sin pasión, no puede haber Historia ;

¿quién sin pasión, se atrevería, á escribir la Historia?

los hombres y los hechos, no pueden describirse sino con pasión, porque sin pasión, no pueden ser juzgados ;

¿qué es un hecho histórico? la resultante de un conglomerado de pasiones ;

y, ¿qué es un hombre histórico? una pasión, que actúa en la Historia ;

¿cómo pues sin pasión, podríais juzgar, esas cosas apasionadas y apasionantes de por sí?

todo movimiento histórico, toda Revolución, han sido el estallido, la manifestación violenta y decidida de las pasiones de un pueblo ; siempre ha sido una pasión la que ha movido una Revolución, cuando no un huracán de pasiones, desencadenado en el cerebro y en el corazón de los hombres ;

¿cómo sin pasión seríais osados á entrar, en ese laberintó, ó aptos á comprender y á juzgar, el espíritu de una Revolución, ó siquiera fuese el de un motín?

ciegos y sordos en ese caos de pasiones, pereceriais arrollados por ellas, sin haber podido asir, el alma del acontecimiento, que duerme en el fondo del tumulto;

¿ cómo podríais juzgar los hombres históricos, sin apercibir y comprender, *su pasión*, que es el resorte oculto que los mueve?

¿ qué son Ciro, Darío, Xerxes, Alejandro, César, Bonaparte? grandes ambiciones que marchan por la Historia;

si no tenéis la pasión de la Libertad, ¿ podréis comprender las almas de esos grandes Predestinados de la Gloria, que son Bolívar, Wáshington, San Martín, Hidalgo, Morazan, ó José Martí?

Imposible;

¿ qué son esos hombres?... la divina pasión de la Libertad, que marcha por la Historia;

¿ no os contagia su pasión heroica, y, el lúcido sonambulismo de su Ensueño?

entonces, renunciad á historiarlos; no los comprenderéis jamás; os falta la pasión que á ellos los hizo grandes; os falta todo;

el Genio, es, la Pasión;

no me deis libros sin pasión, son libros sin alma; lejos del sol de la Verdad, y de la caricia luminosa de la Vida;

dadme esos libros apasionados, que se emprenden con el corazón en llamas, y, el alma estremecida por el torbellino vertiginoso de las pasiones, llenos del soplo devorador de la Verdad, de la Jus-

ticia, de la Libertad, desbordantes de Odio y de Desprecio heroicos, por las villanías miserables de los hombres ;

un libro honrado, es decir, un libro apasionado, basta para iluminar, no una conciencia,, sino un mundo ;

sonora y luminosa Epopeya Intelectual, es un libro apasionado, un libro bello, con la belleza tormentosa y dolorosa de la pasión ;

el Entusiasmo, es pasión de hombres libres ;

oh! angustia divina del Entusiasmo, que no nos faltes jamás!

¿quién sin ti, sería la antorcha inextinguible, que iluminara el torbellino de los hombres y de los pueblos, hacia el combate y, hacia la Muerte?

libros de Entusiasmo y de Pasión, son libros de Sinceridad, que van al alma en un flamear de incendio, y, la iluminan y, la conquistan y la devoran ;

los libros sin pasión son puñados de cenizas, libros de muerte y para los muertos, que se encuentran en la confluencia del Silencio y del Olvido, sobre el río de la Eternidad ;...

obras de Vida no son esas; ni viven, ni vivifican ; la Esterilidad es su destino ;

poseed toda la cantidad de Infinito que hay en la Pasión; agotadla en el mar brumoso y rugidor de las cosas pasadas, y, vertedlo, sobre los tiempos presentes y aquellos por venir, como una gran catarata, despeñada de las cumbres oscuras y remotas de lo Eterno ;

apasionaos por la Epopéya, con Homero; por la Patria con Píndaro; por la Justicia, con el Dante; por la Libertad, con Alfieri; por el Derecho, con Hugo; por la Muerte heroica, con todos los grandes visionarios que la han sembrado en su camino;

sed apasionados, y, tendréis el don de apasionar; sin pasión, ¿cómo podréis apasionar aquellos que os escuchan, ó que os leen?

la Elocuencia, es la Pasión;

aquellos que no tienen pasiones, no tendrán nunca virtudes;

los que son incapaces de sentir ese fuego secreto, que es la pasión, se vengan de ella proscribiéndola;

sed apasionados y, seréis eternos, porque eterna es la pasión;

¿qué es la Gloria? el estremecimiento de una pasión á través de las edades;

si no sois capaces de Pasión, no seréis capaces de Inspiración: no escribáis; ¿para qué?

romped la pluma;

una pluma sin Pasión, es una Traición á la Verdad;

y, traicionar la Verdad, es traicionar la Vida;

Veritas est Vitam...



PIRRO

Extraño y desconcertante Héroe este de cuyas batallas se llenó la Historia, y, de cuyo reino, apenas si se tiene noticia, habiendo desaparecido del mundo con las victorias fabulosas de su Rey ;

¿quién recuerda hoy, el reino de Epiro ?

Pirro, tuvo esa gloria dolorosa, concedida al orgullo amargo de algunos grandes hombres en la Historia : ser más grande que su patria ;

sus victorias, que bastaron para inmortalizarlo á él, no alcanzaron á inmortalizar su reino, que entró en el olvido, tan pronto como su rey, entró en la muerte ;

Pirro, fué el más glorioso aventurero, de aquel período histórico, tan rico en gloriosas aventuras ;

se le ha comparado á Alejandro, del cual no era sino el reflejo. Tuvieron el alma igual, pero, no el Imperio. Pirro, tuvo las mismas ambiciones de Alejandro, pero, no los mismos elementos. Ambos eran

hombres de presa; no se diferenciaron sino en la magnitud de las garras; Alejandro, era el monarca incontestado de un gran pueblo, al cual la sombra de su espada no alcanzó luego, á librar de la conquista; Pirro, era el Soberano de un Estado microscópico, cuya pequeñez si lo amparaba de la Envidia, no alcanzó á ampararlo de la derrota; Pirro, fué el primer condotiere de su tiempo, Jefe de una coalición aventurera, que prefirió siempre los peligros de una guerra incierta, al silencio de una paz aislada. Era una alma de héroe, que tuvo todas las condiciones para dominar el mundo, todas, menos una patria tan grande como él. Fué el más grande General de su tiempo, y, el más pequeño Rey de su época. Este epirota audaz, no alcanzó á destruir á Roma, pero la venció; no alcanzó á dominarla, pero la hizo temblar... Su audacia no lo engañó; si no alcanzó á conquistar el mundo, sí alcanzó á conquistar la Gloria; y, la Gloria, es el botín de los héroes:

frente á la adusta energía de los Romanos, que aun permanecía bárbara, él, representó ese algo luminoso y generoso, que era el espíritu helénico; sus guerras fueron el primer encuentro de esas dos razas, que eran como las dos alas de la Historia;

al alma de la democracia griega, estaba, toda allí, en esa coalición de Estados, que Pirro amotinaba contra Roma; el espíritu monárquico, que era el alma del Urbe, ávida y voraz, estaba toda en esas legiones latinas, que los cónsules llevaban al combate; en las cohortes romanas, y, en las falanges

griegas, vibraba exasperada, el alma de esas dos civilizaciones ; el helenismo sería vencido con Pirro, pero su espíritu triunfaría de Roma, cuando la decadencia de los vencedores, los entregara ya sin fuerzas, al beso de Afrodita ;

Pirro, alcanzó á ceñir la corona de Alejandro, pero no pudo manejar su espada ; tuvo el genio de Alejandro, pero no tuvo su fuerza ;

abandonado por su patria, que fué siempre inferior á él, el vencedor de Heraclea, fué á morir en una callejuela de Argos, en una batalla que tuvo todas las apariencias de un motín ; traicionado por su patria, no le faltaba sino ese último dolor : ser traicionado por la Gloria : ella lo abandonó en esa hora ; pero, la pequeñez de su muerte, no quita nada á la grandeza de su vida ; es privilegio del genio engrandecerlo todo ; hasta el ridículo ;

ANÍBAL BARCA

ANÍBAL BARCA, era un hombre superior á su destino ; ser más grande que la Fatalidad, fué su grandeza ; vencer la Fortuna adversa fué su última victoria, obligándola con su espada á servir á sus designios ;

con la gloria y, el genio de su padre, Aníbal heredó su odio : el odio inextinguible al pueblo romano ;

ese odio, fué más que su alma, fué su genio ; él, llenó su vida toda ; fué la razón de su gloria y, el dolor de ella ; su vida podría llamarse « la Epopeya del Odio » ;

entre los que combatían al lado de Aníbal, y, contra Aníbal, el móvil del heroísmo era distinto ; los Cartagineses, combatían por el botín ; los Romanos por el orgullo ; solo Aníbal no combatía por eso : de todos los héroes auténticos, Aníbal, es el único que no ha combatido por la rapacidad ó por la Gloria ; él, no combatía sino por odio ;

el genio de Aníbal, pudo ser vencido ; su odio, no le fué nunca ; él, sobrevivió á todos sus desastres, y, no desapareció del corazón del héroe, sino cuando el veneno de Prusias, dándole la muerte, se encargó de apaciguar el miedo romano ;

Roma, no podía vivir tranquila, mientras vivió Aníbal ; su grandeza le hacía sombra ; en ese hombre vencido, había más genio que en ese pueblo vencedor ; su sombra, ocupaba el resto del planeta, que las águilas romanas no ocupaban ;

el odio de Aníbal pudo ser vencido, pero no fué nunca domado ; sobrevivió á todas las vicisitudes, y, fué el último refugio de la gloria de Cartago ; cuando dejó de combatir, no dejó de vencer ; su odio inoculó al mundo ; su alma ausente inspiraba todos los enemigos de Roma, y, lidiaba con ellos ; su espada ganaba batallas aun en la inmovilidad ;

Aníbal, era dé esos hombres, á quienes puede dejarse de combatir, pero, no se deja nunca de temer ; su gloria, más alta que el vuelo de las águilas romanas, fué el muro de acero que protegió á Cartago ; tan grande fué, que pudo llevar el estremecimiento de sus victorias hasta los confines de la tierra ; su esfuerzo fatigó el mundo, que no supo qué admirar más, si el fulgor de sus victorias, ó el fragor de sus fracasos ;

ese héroe, niño no conoció otra madre, que la guerra ; fué de su pezón, ubérrimo de sangre que se nutrió ; y, fueron sus besos de fuego, los que despertaron su alma adolescente á las voluptuosidades

del valor; no conoció otro amor que el de la guerra, y, se desposó con ella, como con una esclava bien amada;

sorprendió por su virtud, á aquellos que no pudo sorprender por su fuerza; asombró por su temeridad, á aquellos que no alcanzó á asombrar por su prudencia; venció con su cautela á aquellos que no alcanzó á vencer con su audacia; obligó á sus enemigos á admirarlo, tanto por el coraje, con que los vencía, como por la generosidad, con que los perdonaba; era generoso por orgullo, y, si le llegó ser cruel, no lo fué sino por cálculo; el rencor, era en él, una virtud, esa virtud que hoy se llama, el patriotismo; y, el desinterés, fué en él, tan grande, que llegó á la simplicidad; su vida, más que sencilla, era austera; pobre, en medio del lujo, desinteresado entre los mercenarios ávidos; austero, entre la corrupción lidia que lo rodeaba, ignoró el fausto y los vicios del Oriente, por el cual combatía, y, logró imponer al mundo, la admiración que inspira el Genio, unida al respeto que inspira la Virtud;

nada faltó á su genio, ni la prudencia, que tempera el valor, ni la temeridad, que lo exalta;

arrojado desde niño, como una presa á las vicisitudes de la vida, en su niñez las sufrió como si fuesen sus nodrizas, y, en su juventud, las dominó, como si fuesen sus queridas; no dejando nada á la casualidad, hizo del acaso, no su cómplice, sino su siervo, un mercenario más de sus victorias; cuando triunfó, fué su genio, el que obtuvo la victoria,

cuando fué vencido, fué la Fatalidad, quien lo venció;

no fué bastante feliz, para morir en sus victorias, y, tuvo bastante orgullo para sobrevivir á sus derrotas;

sus victorias, lo acompañaron á su destierro, como leones domesticados, y, su odio, se acostó sobre su tumba, como para protegerlo aún contra las represalias romanas; y, la sombra de ese odio, aun desarmado, bastaba á imponer pavor á las legiones vencidas;

Á la muerte de su padre, y, la desaparición de Asdrúbal, Aníbal, asumió el mando del ejército cartaginés ;

y, se dispuso á cumplir el testamento de Amílcar ;

la guerra, es dulce al corazón de aquellos que la aman, y, él, la amaba con el ardor apasionado de los que han nacido para engrandecerse en ella, y, cuya vida, es un gesto perpetuo hacia el combate, con sus dos manos tendidas hacia el laurel sangriento ;

nada de lo que hace á un hombre, digno de la victoria faltaba á Aníbal : no le faltaba sino la ocasión ; y, él, la creó ;

fué bastante hábil para producir el conflicto, porque se sabía bastante fuerte para dominarlo ;

conociendo y despreciando el gobierno de su patria, que él, sabía vendido al extranjero ; no esperando nada de la codicia y de la cobardía, de aquellos hombres, tan enemigos de su raza como de la gloria, y, á los cuales, el solo nombre de los Bárcidas,

bastaba para exacerbarlos, hasta la más salvaje cólera, no se dignó siquiera consultarlos, y, no oyendo otros dictados que los de su corazón, declaró la guerra á Roma ;

sí; fué Aníbal, y, no Cartago, quien declaró la guerra á los Romanos ;

la Historia que sabe eso, llama esta segunda guerra púnica : *la guerra de Aníbal* :

aquel, fué el duelo, de un hombre contra un Imperio :

y, puestos en la balanza de la grandeza, el hombre valía tanto, como la gloria del Imperio que atacaba ;

Aníbal, era bien uno de aquellos cachorros de león, que Amílcar Barca, había nutrido de odio, para exterminio del mundo romano, pero unía á las cualidades de fuerza del felino, la astucia de aquella serpiente, que al decir de Florus, en los arenales de Cartago, diezmó las legiones romanas, llenándolas de pavor ;

esa astucia, le hizo ver claro, el lado débil del Imperio romano, para atacarlo ;

Roma, no reinaba en España, sino en efígie ; del Tajo al Ebro, y las costas del Mediterráneo, Cartago había impuesto sus conquistas ;

pero, Roma, tenía en la entraña misma de esas conquistas, como una daga, clavada en tierra, una ciudad, que era una fortaleza romana : la ciudad de Sagunto ;

Sagunto, era aliada y protegida de Roma y, estaba

bajo la égida de sus águilas : atacarla era atacar el Imperio ;

y, Aníbal sitió á Sagunto, declarando así la guerra á los Romanos ;

Roma, tembló de coraje ;

Cartago, tembló de espanto ;

hubo más indignación en Cartago, que en Roma, contra la conducta de ese Bárcida, que así violaba la paz de la servidumbre, desgarrando el tratado de Amílcar, y comprometiendo la dulce tranquilidad de un pueblo esclavo ;

Aníbal, no se dignó explicarse ante su patria ; estaba seguro de comprar su aprobación, antes que de obtenerla ; él sabía que la codicia, se soborna, no se convence, y, el alma de un pueblo esclavo, no se deslumbra con la gloria ; se corrompe con el botín ;

Roma, envió comisionados á Aníbal ; éste no los aceptó ;

entonces, Roma, pidió á Cartago, la desaprobación de la guerra, y, la entrega del General, que así había osado atacar al Imperio, en sus aliados ;

Cartago vaciló ;

pero, Sagunto, cayendo, decidió de la suerte ;

Aníbal, envió el botín de los vencidos á Cartago, y, con ese botín, compró la aprobación de la guerra ;

el oro, tuvo el privilegio de hacer bélico, aquel gobierno de mercaderes, á quienes el honor no había podido hacer heroico ;

y, cuando Fabio, mostrando los pliegues de su

toga, dijo, en nombre de Roma : *os traigo aquí, la paz ó la guerra ; escoged ;*

Cartago, ya sobornado por la victoria, tuvo el valor de decir : *que escoja Roma :*

y, Roma, escogió la guerra :

¿escogió? está mal dicho ; aceptó, la guerra que ya le había declarado Aníbal ;

Sagunto, abandonada de sus aliados, sucumbió, con un valor, del cual, las tradiciones, parecen no haberse borrado, en el alma de los hombres y el corazón de los siglos, que se han sucedido ;

Roma, dejando perecer á Sagunto, hacía traición á sus juramentos, y, el día en que bajo las alas de sus águilas de oro inmóviles sobre el Forum, se pudo asesinar á un pueblo, aliado suyo, su gloria periclitó ;

el primer golpe de Aníbal, fué dado al corazón del orgullo romano, y, el prestigio del Imperio, palideció ante aquellos pueblos semidomados, que aceptaban la servidumbre como una garantía, y, la alianza de Roma como un paladium ;

Aníbal, aprovechó aquel momento de estupor, para extender las alas de sus conquistas ;

pelear desde España, no bastaba á la arrogancia de su audacia, y, á la majestad de su genio ;

era necesario combatir á Roma en su propio territorio, hacer temblar el Capitolio, con el tropel de sus caballos, y, el ruido de sus ejércitos en marcha...

y, resolvió la conquista de Italia ;

Aníbal tenía, veintisiete años de edad, y, cien mil hombres á sus órdenes;

como una tempestad, que se pusiese en marcha, con la mitad de aquel ejército, marchó sobre Roma;

después de Alejandro, la audacia humana, no había emprendido, una peregrinación semejante;

todo es posible al genio, todo lo que no sea hacer enmudecer la Envidia;

Roma, frunció el ceño, sin inmutarse demasiado, ante la osadía de ese mozo, que así provocaba con su odio, la omnipotencia centenaria de su grandeza:

la rapidez y la audacia de Aníbal, desconciertan el criterio de la Historia;

atravesó la España, y las Galias, y, cuando Escipión, lo suponía más allá de los Pirineos, ya acampaba en las orillas del Ródano;

los Alpes, pavorosos, aparecieron á su vista, coronados de nieve, como si fuesen las murallas de la Italia, hostiles á toda invasión;

Aníbal, entró en esas nieves, como si entrase en un desierto bañado de sol, y, las atravesó, cayendo sobre los valles del Pó, como un torrente descongelado, que cae á la llanura;

había perdido en la travesía treinta mil hombres, que quedaron entre los hielos;

y, entró en Italia con veinticinco mil, para desafiar el poder del Imperio más grande de la tierra;

en la travesía, había perdido un ojo, pero, con el

único que le quedaba, miró á Roma desde los destiladeros ..

y, el ojo de ese cíclope, hizo temblar los hijos de la loba ;

Aníbal, marchó sobre Roma ; sólo la sombra de Pirro lo precedía ..

nadie antes que él, sino aquel epirota alucinado, había recorrido ese sendero peligroso, hacia las murallas sagradas ;

Escipión salió á detenerlo, y, fué vencido en Tesino, y, milagrosamente salvado, por su hijo, casi niño, aun bajo la saya pretexta y que por primera vez, se hallaba frente á las huestes de Aníbal : ese niño había de ser el vencedor en Zama ; que ya se adestraba en los combates para la ruina de África ;

habiendo tomado el gusto á las batallas, los Númidas se hicieron implacables ;

el Cónsul Sempronio, fué vencido en Trevia, donde los Romanos cegados por la nieve, perecieron bajo los hijos del desierto, que desconociendo el invierno, lo hacían sin embargo, el cómplice de su victoria ;

Aníbal, con su ejército embriagado de triunfos, cayó como un rayo en Trasimena, sobre el ejército romano, comandado por Flaminius, y, lo venció, con tal impetuosidad, que la tierra misma temblaba bajo los pies de los ejércitos en lucha ; hasta la naturaleza se sintió como asaltada de coraje y, derribó los montes y desmadró los ríos, al paso de los Romanos en fuga ;. .

Aníbal, tenía abierto ante sí el camino de Roma, y, sus Númidas, acamparon bajo los muros de Narnia, á dos jornadas del Capitolio :

pero, como si obedeciese á un destino fatal, que lo inmovilizaba frente á la ciudad, odiada y gloriosa. Aníbal no entró á ella ;

Roma, fué más grande que su derrota, y, con una energía, sólo igual á su infortunio, reunió la flor y nata de sus legiones, lo más bello de la juventud romana, y, lo mandó á las órdenes de Pablo Emilio, á combatir al cananita audaz, y, á sus feroces mercenarios, que así habían diezmado sus legiones y castigado su orgullo ;

Roma, marchaba fatalmente á su pérdida;...

Aníbal la venció en Cannes ;

nunca derrota más definitiva, habían registrado los fastos de la guerra ;

Roma, quedó anonadada...

Aníbal, no supo aprovechar de su victoria ; y, se encargó de gozarla ; lejos de entrar en Roma, dióse á recorrer los campos de Capua y de Tarento...

y, Capua lo venció ;

los vicios, más poderosos que los legionarios acabaron con su ejército ;

los Romanos, no pudiendo vencer á Aníbal, en Italia, de la cual era dueño, fueron á combatirle en Cartago, comprando las conciencias de la oligarquía que gobernaba, y, á la cual la prolongación de la guerra, tenía en un miedo morboso, lleno de ansiedades ;

las victorias de Aníbal, exasperaban más la bajaiza de Cartago, que la grandeza de Roma ;

el orgullo puede perdonar el triunfo ajeno : la envidia, no lo perdona jamás :

la aristocracia de Cartago, adueñada del Poder, y, vendida á Roma, no sólo abandonó á Aníbal, sino que se ocupó de hostilizarlo, poniendo más empeño en desarmarlo, que aquel que Roma ponía en vencerlo ;

y, así, quedó Aníbal solo, en medio de sus triunfos, sin más esperanza que en su genio, combatido por Cartago, que no le perdonaba sus victorias, y, Roma, que no le perdonaba sus derrotas ;

pero, Aníbal, era uno de esos hombres, en quienes el valor crece á medida del obstáculo, y, el peligro no hace sino acrecentar la audacia ;

á medida que disminuía su ejército, crecía su arrojo : y, así, aprovechando las disensiones de los Romanos con Filipo, las guerras de Macedonia y de España, cubriendo la Italia con los restos de un ejército debilitado por la deserción, Aníbal, tomó á Tarento, y, marchó de nuevo sobre Roma ;...

Asdrúbal, su hermano, venía de España en socorro del héroe pronto á ser vencido más por los acontecimientos que por los hombres, pero sorprendido cerca de Sena, fué derrotado y muerto, y, su cabeza enviada al campo de Aníbal, como un trofeo y, como un mensaje :

privado de esta última esperanza, abandonado de todos y de todo, vencido por algo más fuerte que

su genio, por la ingratitud de su patria, llamado por el Senado á quien hacían sombra sus conquistas, el héroe, abandonó á Italia, llena aún del pavor de sus conquistas, y regresó á África ;

y, como si al abandonar la tierra de sus triunfos, hubiese dado la espalda á su fortuna, no pisó tierra de su patria, sino para ser vencido en ella, que no era digno de su gloria ;

la batalla de Zama, marca el apogeo de Roma y, el ocaso de Anibal ..

en ese duelo formidable, el Héroe, fué vencido por el Imperio ;

pero, ¿ es necesario decirlo ? Anibal, más que un vencido de Roma, fué un vencido de Cartago ;

Roma, lo buscó para perseguirlo, hasta en la corte de un Rey bárbaro, donde fué envenenado ;

Cartago, pagó con su vida su cobardía ;

huérfana del héroe, que podía salvarla, fué vencida y borrada de sobre la faz de la tierra ;

y, los Romanos, no dejaron piedra sobre piedra, de aquella ciudad estéril y venal, que proclamando el culto del oro, había hecho de la paz un refugio contra la libertad, y, había buscado en el orden, más que una disculpa á su cobardía, un pretexto á su esclavitud ;

no se cometen crímenes impunes contra la Libertad ;

los hombres pueden perecer bajo ellos ; pero el Destino se encarga de vengarlos...



TIBERIO SEMPRONIO GRACO

TIBERIO GRACO, era silencioso, como el Destino y, grave, como el Enigma; ¿quién podría adivinar, en aquel joven opulento, y refinado, hecho todo de exquisiteces y de elegancias, cuya seriedad prematura más que grave parecía altanera, y cuya austeridad de costumbres, más que una virtud, parecía un desafío, á la corrupción brillante de su tiempo; en aquel Robespierre de la antigüedad, letrado y meditativo, nutrido de clasicismo, lleno de la más vasta cultura helénica, al futuro agitador de las masas populares, al que en nombre de la Justicia debía alzarse con todo el vigor de su intelecto, contra las injusticias y la codicia de una aristocracia en cuyo seno había nacido y cuya admiración lo envolvía como una atmósfera?

la elocuencia, era, después de la carrera de las armas, el arte preferido de los Romanos; era ella, uno como sendero florecido, por donde transitaban,

todas las grandes almas de ese tiempo, preparando el fugitivo *cedant arma togæ*, que el orgullo elocuente del plebeyo dijo, pero que no alcanzó á proteger, contra el servilismo triunfal de los grandes pretorianos ;

por ese arte difícil y prestigioso de la palabra, los nobles se hacían populares, como César, ó, los plebeyos, se hacían ilustres, como Cicerón ;

la elocuencia de Tiberio Graco, era elegante como sus maneras, austera, como sus costumbres, llena de una serenidad pura, como su carácter ; serenidad engañosa y taciturna, como la de una mar bajo la nieve ;

el ardor terrible que lo devoraba, el sol interior que iluminaba su visión continua y profunda, no lograban transparentarse en sus frases, rígidas como un postulado, profundas como una selva ;

casi podría decirse, que su elocuencia, no era tribunicia, sino académica ; tanto así era de cauta y, reposada ;

había en él, más del orador, que del tribuno ; su alma, estaba más cerca del pueblo, que su frase ; la democracia, residía en su corazón, más que en su estilo ;

reservado, frío, dado al estudio y, á la soledad, era tenido por orgulloso, y, se hablaba de su soberbia, como si el orgullo escipionesco, herido, pero no vencido, por los terribles dardos de Catón, residiera solo en él, en su alma solitaria y turbada ;

la elegancia altanera de sus maneras, como la de

sus discursos, no lo acercaba al pueblo, a cual amaba con una tenaz misericordia, que parecía desdenosa, porque carecía de esa gracia comunicativa y casi siempre vulgar, que distingue á los agitadores populares;

ese extraño rui señor de la Revancha, era triste y aislado; y, amaba el silencio como los rui señores de la Selva;

solo la llamada imperiosa de su conciencia, pudo sacarlo de ese silencio, y orientarlo hacia la tempestad;

lo que había de más íntimo y, sutil, en el alma de este luchador, era un loco amor á la Justicia, que desde temprano lo animó contra el enervamiento y la decadencia, que invadían el alma de su patria;

él, sabía que el cáncer de las naciones poderosas, es, la Injusticia; y veía esa Injusticia reinar en Roma como una divinidad, no destinada á sufrir los ultrajes de la apostasía;

la dictadura envejecida de los nobles, fuerte en sus tradiciones de desdén hacia el pueblo, y, de odio á toda innovación, habia cerrado violentamente la puerta á la reforma;

y, ya se sabe, que, cerrar la puerta á la reforma, es abrir la puerta á la revolución;

Tiberio Graco, por su vasta cultura y por su amor apasionado de las letras, estaba en relación constante, con aquellos retóricos griegos, que la brutalidad romana, había arrojado fuera del Ática, y,

que daban á Roma, como un perfume, la exquisita y noble sutilidad de sus doctrinas, llenas de un amor desbordante al Ideal, que había sido la vida y la gloria del genio griego ;

Blosio, de Cumas, y, Diófanes, de Mitelena, habían sido sus maestros, y, ellos educaron su alma, en esa ternura infinita por la libertad, que era el fondo inviolable del alma helénica :

la voz de esos filósofos, unida á la de grandes patriotas, como Muscio Scevola, fundador de la Jurisprudencia, y de Quirius Metello, el vencedor de Macedonia, no cesaban de incitar al nieto de Escipión, como después la voz popular debía hacerlo con Bruto, á tomar en sus brazos la causa del pueblo y, á salvarla ;

la extirpación sistemática del pueblo por la aristocracia, no dejaba á aquél, otra esperanza que no fuera la de la violencia ya que no podía esperar la maravilla de verse libertar pacíficamente de la enorme boca voraz que lo engullía ;

tal vez esperaba en los dioses, porque el milagro, es la esperanza de los pueblos bestializados y hebetados por una larga servidumbre ; la fe, es una virtud de esclavos ; y, tal vez, los esclavos de Roma la poseían, como el último vicio de su debilidad ;

Tiberio Graco, aparecía, como una confusa esperanza, á los ojos de la Democracia, que fatigada de sufrir, tenía aún fuerzas de esperar ;... y, eso levantaba contra él, los furores de la aristocracia, que no toleraba siquiera, la esperanza, de que de su

seno mismo, pudiera salir un hombre para hierirla :

todo poder basado en la injusticia, teniendo el envilecimiento del pueblo como norma, no dejando á la libertad otro abrigo que el de la revolución, es herido de cecidad y de torpeza, en la hora definitiva, en que aparece el Vengador : lo denuncia y, lo consagra, con el odio desenfrenado de su orgullo :

tal así acaeció, con Tiberio Graco, cuando fué investido del tribunado ;

la hostilidad de los nobles, lo mostró al favor de los plebeyos ;

la corrupción de las clases elevadas, se había comunicado á la clase media, como una gangrena ; la burguesía, como siempre, era el receptáculo de las inmundicias de arriba, la cloaca máxima, que recibía todos los detritus sociales, sin haberse logrado limpiar de aquellos de su origen, porque es lo propio de la burguesía, poseer los vicios de los dos extremos sociales sin reflejar ninguna de sus virtudes ; consumirse en una lucha estéril, por atraerse el favor de la aristocracia, que la desprecia, y, huir el contacto de la democracia que la humilla ; temblar ante el desdén imperativo de los de arriba y, el odio borrascoso de los de abajo ; tan incapaz de alcanzar la autoridad como de amar la libertad ; sin otra pasión que su egoísmo, ni otro ideal, que la paz ; temiendo por igual á la reacción y á la revolución ; hasta que desorientada por su incapacidad, no sabe en la hora de la crisis decisiva, sino refu-

giarse en la Tiranía, que la aplasta, huyendo á la demagogia, que amenaza devorarla...

el pueblo, que antes se consolaba de la pérdida de la libertad, con el fantasma de la gloria, no hallaba ya otro recurso para consolar su miseria, que el de la holganza borrascosa, llena de agitaciones convulsivas;

los vociferadores de la muchedumbre, que, no teniendo fuerza para dirigirla no habían sabido sino agitarla, habían callado, convencidos, tarde, de que en la ruda política del tumulto los mediocres no saben recoger sino el fracaso;

el Silencio, que es como el paroxismo de la Tiranía, imperaba en Roma;

en medio de ese silencio, la aparición de un hombre como Tiberio Graco, que tenía para romperlo, la fuerza autoritaria de la Aristocracia, á la cual pertenecía, y, las virtudes de la Democracia á la cual daba su corazón y su talento, no podía sino despertar la inquietud y, la esperanza en los dos partidos, que agitaban el corazón de Roma.

la facción de la Aristocracia que no había visto hasta entonces, en el nieto de Escipión, sino una figura noble y severa digna de decorar el esplendor de su caducidad, tembló de coraje al ver que aquel joven, que acostumbraba citar como modelo á la juventud romana, no se resignaba á ser un hombre decorativo, sino que aspiraba á ser un hombre activo, y abandonando la inercia afeminada de los suyos, se lanzaba en el tumulto, tocado por la

pasión de la Justicia, y, fuerte con el orgullo de su raza ;

el pueblo, que más que vencido por la violencia, que es el arte de los tiranos vulgares, estaba adormecido por la astucia, que es la razón de los tiranos superiores, sintió renacer la esperanza en su corazón desencantado, y, toda la puso en aquel tribuno, que venía no como otros, á cortejar sus vicios, sino á defender sus derechos, y, que teniendo bastante abnegación para defenderlo, tuvo siempre bastante orgullo, para no adularlo ; porque Tiberio Graco, era de esos hombres superiores, que tienen el alma demasiado altiva para amar la celebridad, que es la parodia de la gloria, y, saben despreciar la popularidad, que es la gloria de los mediocres.

el espectáculo de la desolación nacional, y de la decadencia romana ; decadencia política, decadencia intelectual, decadencia literaria, decadencia militar, decadencia económica, todos los frutos del largo despotismo de una clase social, se presentaban á los ojos entristecidos de Tiberio Graco, en toda su lamentable desnudez ;

de aquella lucha de siglos, de la aristocracia, por destruir el pueblo ; de tantas violentas amputaciones, como fueron necesarias á la facción reinante para mutilar el derecho popular, ¿qué quedaba ? un tronco de nación, falto de savia, y, pronto á ser calcinado por el rayo ;

la grandeza de Tiberio Graco, como la de todos los orientadores de pueblos, estuvo en no deses-

perar, en no vacilar, en ver justo y, pronto, hundiendo la mirada en el fondo del abismo ;

la serenidad, fría, ecuánime, de su temperamento, le servía á maravilla, para ver el peligro sin inmutarse : su cerebro poderoso, no sentía el vértigo ;

fuerte por la sola fortaleza de su genio, no pidiendo inspiraciones sino á la rectitud de su carácter y á la grandeza de su corazón, resolvió hacerse el alma viva de la democracia, é insuflándole la vida que le faltaba, combatir por ella, poniendo de su lado, en el terrible sacudimiento, toda la fuerza de su orgullo y todo el peso de su osadía ;

en la lucha de Roma con los pueblos bárbaros, el alma romana había vivido intacta, porque aun siendo injusta, permanecía heroica, pero, en esta lucha de las clases, desaparecía el instinto del antiguo heroísmo, la nacionalidad y, la patria, tendían, á desaparecer, por el tumulto de los esclavos, que no querían ya ser devorados por su propia madre ;

los legionarios, que habían conquistado la tierra toda, no hallaban una pulgada de ella que les fuera propia ; porque los nobles la habían acaparado toda ; y, se volvían para preguntar, qué se habían hecho las conquistas de su espada ;

Tiberio Graco, en cuya alma de Tribuno, residía la de un Hombre de Estado, comprendió que era la cuestión agraria, la que más clamorosamente pedía una reforma, ó mejor dicho, que era ella la base de toda reforma, porque era allí que reposaba el corazón de la Injusticia.

y, entonces presentó su famosa ley sobre la repartición de las tierras, y, la posesión equitativa de ellas;

aunque esa ley, no era sino una resurrección de la Ley Licimo-Setino, ya olvidada, ella bastó para asustar y encolerizar la aristocracia acaparadora, que poseía sin títulos, gran parte de esa tierra, que proclamaba inalienable, y había ya declarado hereditaria;

la lucha se entabló violenta, entre el Tribuno que defendía al pueblo, y, el Senado y la aristocracia que lo explotaban;

se puede herir impunemente las ideas y las pasiones de los hombres, pero, no sus intereses;

la ley Sempronia, venía á herir directamente, los intereses de la casta dominadora, arrebatándole la tierra que había usurpado, para ser repartida al pueblo que la había conquistado con su sangre;

la aristocracia herida en el corazón por aquel que había surgido de su seno para castigarla, se volvió furiosa contra él, dispuesta á devorarlo;

Tiberio, no tenía para su defensa, sino la fuerza de la Justicia, que era la fuerza de un dios vencido, y, el aplauso de una democracia amorfa, á la cual el hábito de una larga servidumbre, hacía incapaz de libertarse del miedo á sus opresores, aunque muchas veces se libertara del respeto hacia ellos;

Tiberio, creyó que la generosidad, podría desarmar los enemigos inveterados de la democracia, y, ensayó hacerles concesiones, y defendió la causa

popular con acentos tan patéticos, que más parecía implorar la Justicia que imponerla;

la nobleza, no tuvo en cuenta, esta mansedumbre, que achacó á debilidad, y, antes bien se envalentonó contra su hidalguía;

el joven tribuno ignoraba, que el enemigo, no se vence arrodillándose ante él, sino obligándolo á arrodillarse; que en las luchas de la plaza pública, la cabeza que más se alza es la que triunfa; que no es permitido ser generoso hacia el contrario, sino á condición de pasar por débil ante él; que ensayar desarmar al enemigo por el ruego es mostrarse incapaz de vencerlo por la audacia; que la generosidad exagerada en el momento de la lucha no sirve sino para sembrar la desconfianza en aquellos que quieren ser defendidos con energía, y centuplicar la audacia, de aquellos que no han sabido, ser castigados con osadía;

la aristocracia creyó, que esas vacilaciones, eran una abdicación de Tiberio y, se alzó implacable en su orgullo, pidiendo sin condiciones, un triunfo que creía haber alcanzado sin sacrificios;

el Tribuno, comprendió entonces, todo el error de su generosidad, vió pronto que la política no se alimenta de sentimientos, sino de ideas, y, las ideas no tienen entrañas; que en la hora del combate, vacilar es retroceder; que detenerse es tan fatal como huir; que sólo la audacia, decide la victoria, á la hora en que un destino implacable parece rehusarla; y, renunciando entonces á toda idea de concii-

liación, se encaró con sus contrarios, dispuesto á exterminarlos;

y, la lucha se hizo trágica;

los partidarios del absolutismo y de la servidumbre, tenían de su lado, todas las formas de la cohesión y, de la victoria; el espíritu de casta, que impedía toda rivalidad; la tradición que la había hecho sobrevivir á todas las revoluciones, y, la vileza del pueblo, con cuya alma voluble, ella contaba como con una fuerza;

Tiberio, no contaba sino con su genio, y, las fuerzas dispersas de una democracia descoyuntada, á la cual, los eternizadores de las revueltas estériles, habían quitado la fe en la influencia de las ideas; facciones enconadas entre sí, no teniendo de común sino el odio; no aspirando á vencer sino para hartarse, y, no deseando el poder sino para destruirse; todas ellas, llenas del enorme fatalismo oriental, que los esclavos habían traído y, Roma había apurado como un brebaje;

el triunfo, con esa democracia corrompida por una larga servidumbre y, que cualesquiera que fuesen los gestos que ensayase, conservaba siempre el alma envilecida de un esclavo, parecía más que una locura, una ironía á los ojos del destino;

y, sin embargo Tiberio Graco la emprendió, porque no lidiaba por la muchedumbre, sino por la Justicia, y, la Justicia no se envilece nunca, aunque sucumba siempre; los hombres tienen á menudo la triste gloria de vencerla, pero no les es dado el poder de

envilecerla; en las luchas de la política, la incorruptibilidad de las ideas es lo único que alcanza á consolarnos de la corrupción de los hombres; he ahí por qué aquellos que sirven á las ideas, y, no á los hombres, no son desencantados nunca y, no son traicionados jamás;

Marco Octavio, hombre ambicioso y mediocre, que unía á los vicios de un Romano, el corazón, codicioso de un Cartaginés; uno de esos mercaderes de la política, que ejercen el pillaje en el orden, como otros lo ejercen en la revuelta; acémilas que el destino se encarga en cargar de oro, ya que no le es posible darles otra forma de grandeza, y, sobre los cuales, los partidos arrojan todos los honores, para abrumar su incapacidad, tanto como para premiar su domesticidad; hombres que no teniendo sino instintos, son incapaces de tener ideas, y, porque no obedecen sino á sus apetitos, se creen excusados de tener principios; dispuestos á servirse de todos y á servir á todos; que libres del lastre de la conciencia, se elevan por su falta de valor, tanto como otros por el exceso de él; seres que gozan de la protección de todos los partidos, sin obtener la estimación de ninguno; que hacen del desprecio que inspiran, una arma tan fuerte, como otros del respeto que merecen; cuya virtud, es no tener ninguna y cuyo mérito es carecer de todos; almas ácidas, hechas para ser modeladas por las manos de la necesidad ó las de los hombres, y, que en horas de revuelta, incapaces de sentir cólera reflejan la cólera de los otros, y, son el

odio colectivo, la furia anónima, el alma iracunda de una facción; inconscientes como un flajelo, fatales como un puñal, tal fué el hombre, que vendido á la aristocracia se hizo el alma de la lucha contra Tiberio, del cual era colega en el tribunado;

siendo posesor, de una enorme extensión de tierras usurpadas, y, de una gran fortuna hecha en el pillaje, no tuvo que hacerse esfuerzo de ánimo, para abandonar la causa del pueblo, y, abrazar la de la aristocracia, que esta vez, resultaba ser la suya;

Marco Octavio, puso el veto á la ley Sempronia;

el Senado se creyó vencedor, con este gesto del tribuno sobornado;

Tiberio, respondió á esa audacia, haciendo deponer y expulsar del tribunado á Octavio;

la Ley Sempronia fué votada;

Marco Octavio, vencido, huyó entre los clamores de la muchedumbre, dispuesta siempre á perseguir con ellos á los que caen; y, cuando un liberto quiso matarlo, Tiberio, se puso entre el puñal y, su colega, y, le salvó su vida; no sabía que en ese gesto, daba la suya;

la aristocracia acorralada, retrocedió y, sin perder nada de su acometividad, ensayó todo contra el tribuno, todo, hasta el veneno, porque la vida de Tiberio, era necesaria á su ambición;

el pueblo, rodeaba á Tiberio, con esa efusión apasionada, que es seña de su inconstancia, y, cuando escapado al tósigo, vestido de luto recorrió las calles

con sus hijos, implorando para ellos, la protección del pueblo Romano, su paseo fué una marcha triunfal, que tuvo las proporciones desmesuradas de la apoteosis ;

no pudiendo aún triunfar por el veredicto de la fuerza, la aristocracia ensayó el de la calumnia, y, Quintus Pompeyo, anunció la acusación de Tiberio, por haber recibido, una túnica de púrpura y un cetro de oro de los Atlátidas :

el tribuno, respondió á esa infamia, pidiendo que los tesoros que el Rey de Pérgamo, había dejado en su testamento á Roma, fuesen repartidos al pueblo ;

el puñado de nobles, que gobernaba y había decidido ya el acaparamiento y distribución de esas riquezas entre ellos, resolvió cortar á todo trance, la mano del tribuno, que así se las arrebatava ;

y, en ese momento, el más encarnizado de la lucha, terminó el tribunado de Tiberio ;

seguro de vencer, lleno de fé, en ese algo inquietante y, tornadizo, que se llama la opinión pública, se presentó de nuevo á los comicios, para ser reelecto ;

la democracia, le fué infiel ;

las democracias, no aman los hombres superiores ; las facciones no saben enamorarse sino de las violencias de los mediocres, cuando no del crimen de los viles ; toda forma de genio, les es naturalmente antipática ; y, la ingratitud, que es el pecado de los reyes, se hace la pasión dominante de los pueblos ;

y, el pueblo, abandonó á Tiberio Graco ;

asustado por los nobles, ó acaso vendido á ellos, desertó de los comicios, el día de la elección;

y, Tiberio fué vencido; vencido por la indiferencia del pueblo, que no le perdonaba haberlo defendido sin adularlo, y, haberlo dominado sin corromperlo;

y, el tribuno, fué entregado inerme, á la victoria de sus contrarios;

sin embargo, osó combatir, y, se presentó en el Capitolio, rodeado de sus amigos:

Fulvio Flaco, que era del número de éstos, vino á él, para denunciarle el complot, que se tramaba: la muerte del tribuno, había sido decretada:

Tiberio, no tembló, y como si hiciese de su palabra una hacha, abriéndose paso, por entre las filas de sus contrarios, llegó hasta la tribuna;

y, habló, ante aquel Senado amotinado, que pedía á gritos su cabeza;

no se disculpó; acusó bajo la tempestad de dictorios que de todas partes salían, por aquellas bocas convulsionadas de rabia, y, entre la amenaza de aquellas manos coléricas que se tendían hacia él, al pie de la tribuna, casi hasta tocar los pliegues de su toga;

no tembló, como no había temblado asaltando el primero, los muros de Cartago, y, peleando en España, al lado de Mencino:

pasión de esclavos es el miedo; el hombre que ama la libertad, ama la muerte; y no teme darla, si ello es preciso para la salud de la República, ni tiembla

al recibirla, si ella es necesaria á la salud del pueblo;

Tiberio, abandonado por la democracia, tuvo la virtud de no desesperar de ella, y, la generosidad de perdonarla, en su derrota :

las democracias, serían capaces de disgustar á los hombres, de la virtud del patriotismo, si por sobre la miseria de su ingratitud. no se alzara, la majestad de la Justicia, que es á quien se hace el estéril sacrificio de defenderlas ;

por entre una selva de puñales, que eran los únicos laureles que había conquistado su heroísmo, y, seguido de un grupo de amigos, de aquellos raros, á quienes la desgracia no hace infieles Tiberio, abandonó el Capitolio, y, se dirigió al templo de la Fe ;

el tumulto lo seguía como un oleaje ; en ese trayecto, no hubo boca de liberto que no lo insultara, ni puño de esclavo, que no se tendiese airado contra él ; es condición de los siervos, reflejar envi- lenciéndolas, las pasiones de los amos ;

llegado al templo, los sacerdotes le cerraron las puertas, para que no entrase ; nunca las puertas de la Religión, se han abierto para amparar la Libertad ;

acosados entre el templo y el tumulto, los amigos de Tiberio, ensayaron defenderlo ;

todo fué inútil :

habiendo el tribuno, tropezado con un cadáver, á las puertas mismas del templo, cayó al suelo ;

esa fué la señal para ultimarle ;

Publio Saturio, y Lucio Rufo, se disputan ante la

historia, la miserable celebridad, de haber sido los primeros en herirlo;

el cuerpo de Tiberio, desgarrado por los puñales, ultrajado y mutilado, fué arrástrado hasta el Tiber y arrojado en sus ondas, más elementes que los hombres; y, las aguas se hicieron rojas de sangre, como si fuese el pudor de la naturaleza, que protestaba contra ese crimen enorme;

en vano su madre, pidió el cuerpo para amortajarlo;...

las aguas le sirvieron de sudario, y, lo llevaron hacia el mar, único sepulcro digno de albergar ese muerto, tan grande como la inmensidad de sus riberas;

como á todos los grandes vencidos de la libertad, la calumnia vino á ser otro sudario, que cubrió no ya el cuerpo, sino la memoria de aquel que se había sacrificado al pueblo: al pueblo, del cual, en esa ocasión, como siempre, no se sabe, qué sorprende más, si la infame cobardía con que abandonó sus defensores, ó la infame abyección con que saludó á sus opresores;

ante espectáculos tan bochornosos como este, se diría, que la esclavitud es el instinto natural del pueblo, y, que si hace esfuerzos por romper su cadena, es para tener la triste voluptuosidad de volver á ser aprisionado con ella;

sólo consuela el ver que la libertad hace su camino, no por los pueblos, sino á pesar de los pueblos mismos;

la aristocracia, orgullosa de su crimen, quiso hacer una virtud de él, y, acusó á Tiberio de ambición...

en torno á ese muerto, como en torno á todos los grandes vencidos, germinó, toda una floración de apostasías;

ser calumniado no basta al genio; le es preciso ser negado;

y, Tiberio Graco, lo fué;

todos apostataron de su culto;

y, Muscio Scevola, su amigo, aquel que lo habfa instigado y, alentado en la lucha, renegando de él, no se conformó con abandonarlo á la hora de su muerte sino que se encargó de justificarla;

y, Escipión Emiliano, su cuñado deseoso de ganarse el favor de los nobles, ebrios de sangre, no vaciló en absolver el asesinato del tribuno;

él, también era un noble; los Escipiones, le dieron su nombre, pero, no su alma; y, no teniendo la sangre de los Escipiones, se conformó con prostituir su nombre;

los nobles, le perdonaron el ser cuñado de los Gracos; la Historia no le perdona el haberlos traicionado;

comprar el perdón por la debilidad, es más vil que merecerlo por el desprecio;

la Infamia, que lo mancha todo, no redime nada.

SULPICIO RUFO

PUBLICO SULPICIO RUFO, era un tribuno, elevado á la par, por el favor de sus amigos, y, el raro vigor de su elocuencia; orador tronitante y, caudaloso, de grandes gestos teatrales y sonantes epifonemas; más apto á deslumbrar que á convencer; más hábil en deslumbrar las multitudes que capaz de guiarlas; más dado al efecto, que al fondo del discurso; amador de la novedad, más que decididor de la verdad; más enamorado del favor popular, que digno de él; dispuesto á servirse del pueblo, haciendo el gesto de servirlo; burgués más ambicioso, que revoltoso; revolucionario teórico, no teniendo en el fondo más convicción que la de su mérito, y, no buscando en la revuelta sino una manera de mostrarlo, esperando acaso la ocasión de negociarlo; más que moderado, conservador, del temple de Crasus, del cual era el amigo, y, de Drusus, del cual aspiraba á ser el sucesor; vanidoso é inhábil,

como todos los oradores; violento y no fuerte; con más ambición que virtud, y, más ostentación que carácter, había abrazado la causa del pueblo, por venganza hacia la nobleza, con la cual acababa de romper, y, á la cual esperaba imponerse, por esas gimnasias oratorias, esperando cándidamente, serle fatal, después de haberle sido inútil;

la *Ley Sulpicia*, que así alarmaba la sensible senilidad del Senado, no era en realidad de verdad, sino un sedimento inofensivo de las viejas leyes agrarias de los Gracos, mutiladas por una mente, más hábil en disimular la verdad que en decirla, y, más capaz de desencadenar la tormenta que de dominarla;

es propio de las tiranías en decadencia, el dar á ciertos gestos estériles, magnitudes de sedición, y, acosadas por la sospecha de un peligro falso, crear uno verdadero; y así, incapacitadas por el miedo, queriendo evitar la catástrofe, la producen;

el miedo, no sólo envenena la victoria, sino que apoderado de la tiranía, la lleva ciegamente á la derrota;

el miedo, es el castigo del despotismo; él, venga al pueblo, ya que no alcanza á salvarlo;

quedaba en el despotismo romano, algo de la candorosa ingenuidad que distinguía la conciencia antigua, y, esa ingenuidad tembló ante aquello, que nunca ha tumbado nada: la retórica;

incapaz de sentir respeto, en una época en que no se respetaba nada, el Senado tuvo miedo, porque

el miedo es la única forma de respeto de los hombres y de las sociedades envilecidas ;

y, tembló ante los gestos desenfadados y, los apóstrofes sonoros de Sulpicio, que buscaba en su elocuencia, un refugio á su ruina, queriendo escapar entre el ruido de los aplausos, al tumulto de sus acreedores, porque en ese momento, no tenía sino dos cosas igualmente grandes : sus deudas y sus palabras ;

es verdad que si el Senado tembló ante aquel Saturnino redivivo, cuyas concupiscencias pedían á gritos la espada de Rabirio. que arrancó la cabeza del otro, fué, porque tras de ese tribuno menesterozo, ya vendido á las promesas del oro núpida en perspectiva de reparto, se alzaba la sombra imponente y, turbadora de Mario ; de Mario, su enemigo, que tenía dos cosas insaciables, la ambición y el odio ; de Mario, bajo cuyo brazo la victoria se hacía dócil y, el pueblo se hacía manso ; de Mario, igualmente idolatrado por los legionarios y por la plebe ; del jefe incansable, que no dejaba de combatir, sino para conspirar, que cuando no ganaba una batalla producía un tumulto ; cuando no se ocupaba de organizar un ejército, se entretenía en organizar una sedición ; que fuera de Roma, ponía en fuga, los cimbrios, los celtíberos y los núpidas, y, adentro, abatía á Metelo, levantaba á Saturnino, imponía á Glausias, salvaba la vida á Sila, y, sobornaba á Sulpicio para que secundara su ambición ; hombre múltiple insatisfecho, incapaz de quietud, siempre ocu-

pado en jugar su vida, y, en cortejar su ambición— en lucha personal, lidiando cuerpo á cuerpo con los acontecimientos, y, disputándose la victoria, mano á mano con la fortuna: *Marius homo varii et mutabilis, ingenii consilii que semper secundum fortunam*, que diría Tito Livio.

CAYO GRACO

CAYO GRACO, despierta en la Historia, mayor fascinación que Tiberio, porque hay en él más del revolucionario ardiente y radical, que en la calmada severidad de su hermano, que más parecía servir á la revolución que encabezarla ;

Tiberio era la serenidad, Cayo, el ímpetu; Tiberio, la dulzura, Cayo, la cólera; Tiberio, la prudencia; Cayo, la audacia; Tiberio, la continencia que mide el peligro, Cayo, el arrojo, que lo salva; Tiberio, era como el río, que va hacia el mar; Tiberio, como la catarata que se desploma en él ;

la elocuencia romana, había oído algo de semejante á Tiberio, cuando oyó á Catón el Censor perseguir con su elocuencia al Africano, pero, no había oído, ni oiría, nada semejante á Cayo Graco, aun cuando oyera después á Julio César, acusando á Donavella, y, al abogado de Arpino, poniendo en el mercado sus arengas, con las legumbres de Túsculo ;

Cayo Graco, tenía todas las formas de la belleza espiritual y material, que dan derecho al dominio de las almas;

la piedad, que tenía un largo clamor, en los labios de Tiberio, siempre prontos á implorarla, no tenía cabida en los de Cayo, de los cuales no partían sino el sonido apasionado de las grandes cóleras, y, el entusiasmo arbitrario de las supremas venganzas:

un revolucionario, que no es un vengador, tiene todas las apariencias de un traidor, pronto á vender su esfuerzo á la victoria, y, á hacer coronar su venalidad por el éxito: renunciar á la Justicia, es la manera más vil de traicionarla; perdonar los crímenes contra la libertad, es, cometer el mayor de todos ellos;

entre las rudas y, tormentosas pasiones de Cayo Graco, no tenían lugar, el Olvido, ni el Perdón, esas dos formas de la bajeza, que la cobardía humana, necesitada de ellas, enaltece en las almas débiles como una virtud, y, aconseja á los pueblos sin virtud, como un consuelo; no renuncia á la aplicación de la Justicia sino aquel que es digno de sufrirla, ó de ser por ella ejecutado;

Cayo Graco, tenía esa incapacidad moral para perdonar, que distingue á los grandes justicieros, y, esa ausencia completa del olvido, que enaltece á los grandes corazones;

por eso, desde su aparición en la tribuna, evocó los manes de su hermano, como para vengarlos, y, evocó las pasiones del pueblo, como para sublevar-

las, dándose con tal ardor á su defensa, que se veía en él, la consunción de esa fiebre divina que ataca á los que no esperando nada de la victoria, van rectos, sin detenerse, hacia la muerte ;

como orador, nunca la palabra humana cayó de tan alto, porque nunca la elocuencia se levantó á mayor altura ;

sería un concepto más que trivial, erróneo, compararlo con Demóstenes, que tenía la simplicidad grandiosa de los griegos, sonora y luminosa, como los mares de Ática, ni con Marco Julio Cicerón, cuya verbología retórica, llena de una ampulosidad de decadencia, era morbosa y letal, como escapada del seno obscuro de las lagunas pontinas ;

Cayo Graco, como todos los hombres superiores, era original, y, se conservaba personal, en su oratoria, no pidiendo inspiraciones sino á su genio, inagotable en bellezas trágicas, como un cielo cargado de tormentas ;

no tenía por la violencia, el odio, que los débiles profesan á esta convulsa y fecunda madre de las revoluciones, de cuyo seno en conmoción, han salido, llenos de sangre de la entraña, los más gloriosos hechos, que decoran los fastos de la Historia ;

Cayo, nacido antes de su hermano, habría hecho la revolución ; nacido después de él, vino á completarla ;

y, por eso, la revolución de los dos hermanos, se confunde en un solo nombre, sin fundirse : LOS GRACOS ;

en esa obra, Tiberio, fué el Apóstol, Cayo, el caudillo: en la dulzura serena del uno, había la sed del sacrificio: en la impetuosidad bélica del otro, había la sed del combate: Tiberio, aun siendo revolucionario, permanecía conservador: Cayo, separándose de la aristocracia, se hizo, netamente radical: Tiberio, tuvo miedo á las facciones; Cayo, las dominó, declarándose faccioso; Tiberio tenía la pasión delicada, Cayo, violenta: la elocuencia de Tiberio, por su arte didáctico, habría podido compararse á la de Cicerón, si Cicerón, hubiese sido capaz de amar la dignidad; la elocuencia de Cayo, no podría compararse, superándola, sino á la de César, si César hubiese sido capaz de amar la libertad: en Tiberio, la elocuencia, era una cítara, en Cayo, era un clarín: en Tiberio regía, el precepto, en Cayo rugía el concepto: Tiberio era la Virtud, Cayo fué el Genio: el uno, fué el mártir, el otro, el héroe; el uno, implora la admiración de la Historia, el otro se impone á ella;

la elegante altanería de este hijo de la aristocracia, salido de su seno para devorarle el corazón, tenía que exasperar hasta el delirio, la petulante decrepitud del Senado, hecho por su dominación perpetua, intangible como los dioses;

en la lamentable degeneración mental de esa aristocracia, en su corrupción, engendrada tanto por el olvido de los principios, como por la bastardía de sus pasiones, toda conceción al pueblo, era mirada por ella, como una traición á sus principios; toda

innovación, se le aparecía como una deserción de sus filas, y, toda orientación hacia la Justicia, le parecía una rebelión contra su fuerza;

de ahí que los hombres honrados que había en ella, no podían entrar en la vía de la reforma sino cayendo plenamente en la revolución;

y, como siempre, la ortodoxia del Poder, miraba como enemigos, á aquellos que querían salvarlo;

así había sucedido con Tiberio Graco, que más que un conservador era un moderado, un espíritu ecuánime, del cual, el espíritu de violencia estaba tan lejos, que no sólo rehusó servirse de él, para vencer, sino que desdeñó usar de él, para vivir;

el furor de la aristocracia, logró hacer de él, una víctima pero no logró hacer de él, un sedicioso;

no así, fué Cayo Graco, que desde su llegada al tribunado. impulsó la revolución, sin esperar á ser impulsado por ella; fué el revolucionario trascendental, y, no el reformador sentimental; lanzó á la aristocracia en la resistencia para lanzar á la democracia en la revuelta; hizo del Poder una camarilla de facciosos, para hacer del pueblo, un ejército de sediciosos; comprendiendo que las grandes palabras, son fatales en política si no van seguidas de los grandes hechos, no se conformó con entrar en la Reforma, sino que entró de lleno en la Revolución; con un ardor sin medida que era como una demencia, y, una cólera impetuosa, que era como una ceguedad;

todos temblaron á su aparición;

Cornelia misma, tendió las manos hacia su hijo, para salvar á Octavio, y, proteger al Senado, en cuyas curules se habían sentado sus abuelos ;

la aristocracia se desconcertó, ante las acometidas violentas, de aquel enemigo, cuya fuerza había temido siempre, pero cuyo empuje, no había previsto jamás ;

lo primero, que hizo Cayo, al inaugurar su tribunado, fué un sacrificio expiatorio, á los manes de su hermano ; y, las víctimas fueron los propios matadores de Tiberio ;

y, aplacado el clamor de la Justicia se encargó de aplacar el de la libertad ;

Cayo Graco, no traía como bandera la ley Semproniana, lo que traía era el cambio total de la Constitución del Estado ; el derecho á la reelección de los tribunos ; la distribución del grano ; el impuesto á las mercancías extranjeras que castigaba el lujo de los ricos ; el establecimiento de colonias agrícolas ; la limitación de las levadas ; el cambio en el orden del voto ; el progreso en el orden de los caballeros ; la ampliación de la ley Porcia, para proteger á los ciudadanos contra las demasías de la magistratura ; la mutilación de la omnipotencia del Senado, arraucando á sus manos la administración de la justicia ; todas las puertas abiertas al cambio de las instituciones y, el viejo edificio de la oligarquía zapado por su base ;

la aristocracia entontecida por aquel huracán de reformas, que soplaba sobre su cabeza, fué herida

en el corazón de su orgullo, por el destierro de Publius Populius, y, el proceso contra Octavio que fueron golpe tras de golpe, asestado á su poderío senatorial, por la mano justiciera de aquel gran reformador, que sabía bien lo que quería, y, en cuyo cerebro poderoso, el porvenir tomaba ya las formas puras de la libertad ;

la aristocracia se vengaba acusando á Cayo de aspirar al Imperio :

Cayo, no se dignó siquiera recoger la infame acusación ; él, sabía que la calumnia, no revela solamente el despecho del contrario, sino que muestra también su debilidad ; cuando una tiranía está herida de muerte, apela al pueblo, para denunciarle que se conspira contra la libertad, y, muere llevando sobre sus labios, esa palabra que no tuvo nunca sobre su corazón :

Cayo, hubiera podido vengarse de sus detractores, dejando ejecutar á Octavio por el pueblo, salpicando con esa sangre la nobleza amotinada, pero no quiso hacerlo, no por esa falsa generosidad, que es el cálculo de los cobardes, sino por ese desdén de los crímenes estériles que forma la magnanimidad de los fuertes ;

él, sabía que para la libertad, no hay más sangre necesaria, que la de aquellos que ejercen la tiranía ; que aquellos que han dejado de ejercerla, conservando el privilegio de ser odiosos, han dejado de ser fatales ; ellos pueden escapar de manos de la Justicia, sin quedar por ello impunes, porque caen

en las de la Historia, que sabe ejecutarlos sin piedad;

y, se conformó, con gritar á la pandilla Senatorial, enfurecida contra él : « de un solo golpe *he quebrantado vuestro poder y vuestro orgullo : ahora, podéis matarme, pero no os podréis arrancar el puñal, que os he clavado en el corazón* » ;

los nobles, aterrados, no confiaban ya en su fuerza, sino en la movilidad egoísta del pueblo, y, conociéndolo á fondo, sabían, que si en esos momentos, no era posible dominarlo, era siempre posible corromperlo, y, que adulando á sus instintos, sus vicios, terminarían por darles la victoria ;

y, entonces cambiaron de táctica, atacando á Cayo, no ya por la violencia, sino por la parodia, simulada, de su obra ;

para eso sobornaron á Livio Druso, tribuno como Cayo, el cual á cada proposición de éste, presentaba otra, aun en sentido más liberal ;

desorganizar las fuerzas de la democracia, por el exceso de concesiones á la demagogia ; suplantar el libertinaje á la libertad ; confundir al pueblo disolviéndolo ; extremar la revolución hasta la anarquía, para matar la obra de Cayo, sobrepasándola, y, acabar su popularidad con su obra, tal fué el plan de la nobleza, arteramente combinado, y, hábilmente ejecutado por Livio Druso, y, por Fabio Estrabón, que debiendo el Consulado á Cayo, se volvía contra él, dispuesto á exterminarlo ; de todas las partes de la obra de Cayo, el Senado no atacó sino su

poder, dejó subsistir el resto, y, lo tomó como bandera ;

con ella bajó á la plaza pública, se mezcló al pueblo, y, eclipsó con el libertinaje de sus concesiones, toda la obra del tribuno ;

el Senado hecho demagogo para las necesidades del momento, no reconoció ya límites á su liberalidad corruptora, seguro de poder luego arrancar al pueblo vencido, más de lo que le daba entonces, vencedor ;

la ley Fulvia, eclipsó la ley Sempronia ; Livio Druso, concedió tanto como Cayo Graco, y, el pueblo deslumbrado por tantas concesiones, comenzó á vacilar, perplejo entre las dos demagogias ;

fatigado de esta lucha, Cayo, cometió el error de retirarse de Roma, yendo á conducir seis mil colonos á Junonia ;

esta ausencia, prolongada, precipitó su ruina :

cuando volvió, su popularidad se había desvanecido ; no quedaba en pie, sino el odio contra él ;

no tenía ya fuerza de prestigio, ni aun para cubrir á sus amigos, amenazados por Opimio ;

sin embargo, cometió la debilidad, inexplicable en un hombre de su talla : confió en el pueblo ; dejó su casa del Palatino, y, se albergó cerca al Forum, llamando á su alrededor á los latinos : éstos fueron expulsados por un edicto, y Cayo, quedó solo :

perdida su popularidad, ya no le quedaba sino una sombra de Poder que iba á escaparse de sus manos ;

al genio, no le es dado tener sino dos partidos : el de la Justicia, ó el de la Ambición ;

cuando el genio, tiene por complemento la virtud, sirve á la Justicia, y, se llama : Graco ;

cuando el Genio, no tiene virtud, no sirve sino á su ambición, y se llama César ;

en ambos casos, la desgracia y el fracaso del hombre de genio, es verse obligado á ser hombre de partido, porque los partidos perdonan todo, menos el genio, y, se apresuran á abandonarlo, prefiriendo ser aplastados por la derrota, antes que ser salvados por el genio, porque el alma de los partidos es la Envidia, y, la misión de la Envidia, no es vencer, sino impedir aún á costa de su vida, que otros venzan :

en la lucha de los partidos, el genio, cae siempre traicionado por los hombres antes que por los acontecimientos ;

tal así sucedió á Cayo Graco ;

su noble corazón, capaz de conjurar todos los peligros, no previó el de la deserción : ni sospechó las infidelidades del presente, pensando en conjurar las violencias del porvenir ;

en ese duelo á muerte entre las facciones, era necesario que sucumbiese una de ellas : el destino iba á señalarla ;

las cóleras desencadenadas, pedían una víctima ; la cobardía del pueblo iba á designarla ;

esa víctima, fué Cayo Graco :

su tribunado expiró en lo más fuerte de la lucha ;

se presentó á los comicios, para ser reelecto; y fué vencido;

el pueblo, engañado por la falsa demagogía del Senado, ó sobornado por el oro de los nobles, lo abandonó, como á su hermano;

estaba reservada á la democracia, esa última vergüenza, de abandonar al hombre superior, que para no tener nada de ordinario, no tuvo ni la victoria, y, cuya alma más grande que el desastre, no se sorprendió siquiera de él, no disputándose acaso, la noble exquisitez de su espíritu, sino una duda: la de saber á quién legaría la mayor cantidad de su desprecio, si á aquellos que lo mataban, ó, á aquellos por quienes moría;

abandonado por el pueblo, Cayo, comprometió la última lucha, con un puñado de amigos:

y, fué vencido, combatiendo cuerpo á cuerpo, con las turbas de esclavos, que Druso amotinaba contra él;

vencido por las turbas, después de sembrar de cadáveres de sus amigos, las calles de Roma, se retiró al templo de Diana, y, como buen romano, quiso atravesarse con su espada el corazón;

sus amigos, se lo impidieron, con la esperanza de que saliendo de Roma, pudiese ganar el campo, y, refugiándose entre los italianos, recientemente expulsados, se rehiciese para el combate;

así, lo llevaron hasta el puente Sublicio, y, cubriendo con sus cuerpos la entrada, se dejaron diezmar, barriendo con sus cadáveres, el camino á los perseguidores...

Cayo huía, pidiendo en vano, un caballo, que lo pusiese fuera del alcance de sus enemigos ;

nadie vino en su auxilio ;

cercado por sus contrarios, que le habían dado alcance, se refugió en el bosque de las Furias, y, allí se hizo atravesar con su espada el corazón, por las manos de su esclavo, Filócrates, que tuvo el raro valor de suicidarse sobre el cadáver de su amo ;

el Cónsul Opimio, había prometido pagar á peso de oro, la cabeza de Cayo ;

Lucio Septimuleyo, del partido de los nobles, la cortó al cadáver y rellenándola de plomo, fundido, la llevó á Optimio ; y, recibió en oro el precio de esa cabeza, que puesta sobre los hombros, del muerto, lo habría hecho arrodillarse si no por respeto que es el homenaje de los libres, sí por miedo, que es el respeto de los esclavos ;

la Historia, vacila en detenerse en ciertos hechos, temerosa de ilustrar con su mirada ciertos nombres, que no acertando á salir de la obscuridad sino por las puertas del crimen, deben volver á ella, empujados por las manos del silencio y del Olvido ;

el cuerpo de Cayo, fué arrastrado al Tiber, sus casas arrasadas, sus bienes confiscados, y, se prohibió á su viuda llevar el luto del Héroe ;

así murió el último de los Gracos, al cual, no le faltó para vencer, sino una época, tan grande como su genio ;

nacido en una época sin gloria, él fué toda la

gloria de su época, no contento con la virtud, que fué el patrimonio de su hermano, añadió á la virtud, el genio que fué su propio patrimonio, y, despreciando la calumnia, que es alma de ciertos tiempos, no se confió sino á la gloria, que es el alma de los siglos ;

abandonado por el pueblo, traicionado por el destino, supo mostrarse superior á ambos, dándole al uno, la libertad en pago de su ingratitud, y, dominando al otro, con su orgullo, en pago de su inconstancia ;

así como en la obra de Tiberio, todas las leyes de Cayo, quedaron en pie, no cayó sino su cabeza ;

el pueblo le negó sus brazos, pero recogió sus beneficios ;

¿ qué importa eso á la gloria de Cayo, el cual, es seguro, que como todos los hombres de genio, servía al pueblo despreciándolo, y, le daba la limosna de su sacrificio, sin negarle por eso el privilegio de su desdén ?

él, sabía que se puede escapar al odio de los poderosos, pero, no se escapa nunca á la ingratitud de los pueblos ; que éstos perdonan fácilmente á sus tiranos, pero, no perdonan nunca á sus libertadores ; y, saben odiar, mucho más, á aquel que les reprocha su esclavitud, que aquel que se la impone ;

todas las grandes almas de luchadores, saben eso, y, otorgan á los pueblos su perdón, antes de haberles dado su vida ;

el partido de la reacción, vuelto á la omnipoten-

cia, entró en ella más furioso que antes, y, más inepto que nunca :

se había librado de su enemigo, pero, ¿ cómo librarse de su incapacidad ?

esa aristocracia en decrepitud, no tenía fuerte sino su cólera, y, en el naufragio de todas sus grandezas, no había salvado sino la del odio :

y, fué inflexible ;

el partido del pueblo, fué castigado en aquellos pocos que fueron considerados, como fieles á la libertad, por no haber deshonrado con la bajeza, el dolor de su derrota :

la reacción, ciega por el coraje, como todas las reacciones, no supo qué extremar más, si su ineptitud, ó su ferocidad ; y, las extremó ambas :

el pueblo, privado, de sus defensores, fué á su turno, privado de los halagos :

cuando ya no tuvieron nada que temer de él, los poderosos dejaron de adularlo ;

se vengaron humillándolo de la vergüenza de haberlo cortejado ; y, castigaron su hora de libertad, haciendo aún más penosa su esclavitud ;

desvanecido el miraje de esa libertad, el pueblo entró más brutalmente en la servidumbre :

y, entró en ella, no como un pueblo, que tiene la desgracia de sufrirla, sino como un rebaño castigado, que tiene la infamia de merecerla :

la esclavitud sufrida, es solamente un infortunio :
la esclavitud merecida es una afrenta :

y, el pueblo de Roma, merecía su esclavitud.

CAYO-MARIO

MARIO, era el pueblo ; era inculto, rudo y violento, como él ; tenía las pasiones bajas y, los instintos feroces de la multitud ; todos los odios del pueblo, gritaban en su corazón, como la tempestad en un bosque ; no había un vicio plebeyo, que no estuviese en su naturaleza, ni una gran pasión primitiva, que no la poseyese ; era grandioso y, rudo, como un volcán ; vencedor de bárbaros y bárbaro él, mismo, el menos latino de los latinos de su tiempo, era sin embargo el cachorro más fiel y más típico de la loba devastadora ; hijo de Marte y de la plebe ; nacido del pueblo y de la guerra, tenía las pasiones de ellos, el ímpetu y, la inconstancia, el heroísmo y la ferocidad, y, ese disimulo artero, ese cálculo egoísta, que no se entrega jamás, ni aun en sus mayores arrebatos, que pasa por prudencia, y, que no es, sino, la astucia ilimitada de la incapacidad ;

Mario, no tuvo nunca ideas, no tuvo sino pasiones ;

no fué un cerebro, encargado de pensar, sino un brazo pronto á ejecutar : el brazo armado de la democracia; incapaz de fundar nada, no supo sino herir; inhábil para crear, se conformó con destruir; demasiado cerca de la naturaleza, de la cual era como un elemento, tuvo la fuerza asoladora de éstos; abatió sin construir, y, cuando hubo acumulado, ruinas de sus contrarios, no supo qué hacer de ellas, y se enterró bajo sus escombros;

¿existía la pasión pura de la libertad, en el tormentoso y rudo, corazón de Mario? no; no existía sino el instinto de la rebelión, que en los hombres de fuerza, se parece tanto al amor de la libertad;

Mario, no amaba la democracia, por haber nacido en su seno, sino que odiaba la aristocracia por la tristeza de no haber nacido en ella: ese odio, era hecho todo de despechos; era un odio de plebeyo, con todos los rencores oscuros de la gleba, acre y duro, como las entrañas de la tierra, implacable, como el corazón de un siervo;

no tenía otra nobleza, que la nobleza de sus victorias, ni otro escudo, que su escudo de guerra, en el cual las flechas de los bárbaros, habían dibujado los cuarteles de su prosapia;

incapaz de sacrificar nada á las gracias, como diría Platón, hacía ostentación de su incultura, como de una virtud; impuso su espada á los pueblos de los cuales, no se dignó aprender la lengua; permaneció un romanoprimitivo, en medio de los romanos decadentes; fué grosero, en la floreciente civilización

de su época; se conservó bárbaro, en la corrupción flamante de su tiempo, en el cual la elegancia, se había hecho un vicio y, como vicio, era una distinción de los romanos; fué superior á esos vicios de su época, tuvo la fortuna de no poseerlos y el orgullo de despreciarlos; tuvo la simplicidad fuerte de la naturaleza, que tiene instintos y no tiene vicios;

Mario, hubiese sido el más grande de los romanos, si hubiese tenido otro talento que el de las batallas; no faltó á su grandeza sino una altitud, la de Hombre de Estado, y, á su corazón una virtud : la de la lealtad ;

por la falta de esta última no supo salvar al pueblo, porque no fué fiel sino á sus odios; fué fatal á la aristocracia, de la cual, no castigó, sino las pasiones, y, fué inútil á la democracia, de la cual, no halagó sino los instintos;

su grandeza, resulta falla ante la Historia, porque habiendo tenido bastante fuerza para tumbar la Tiranía, no tuvo bastante virtud para fundar la Libertad; y, el día de su triunfo, de pie sobre las ruinas del despotismo de los nobles, que había anadado, no fué bastante grande para coronar el Derecho, y, coronó su Ambición;

Su Ambición, tan vulgar como su Vida y tan estéril como su Obra.

CINA

CINA, era de esos hombres, que sin grandes aptitudes son capaces de grandes acciones; en loscuales, la pasión tiene un poder tan grande, que suple con ventaja á la inteligencia : que careciendo de la fantasía, tan fatal en los consejos de la política, tienen la prudencia, tan beneficiosa en ella ; que no proceden por inspiración sino por cálculo ; que careciendo de grandes alas intelectuales, no se elevan á la concepción de vastos planes, pero, van, con paso seguro y firme por los senderos de la política, pesados y enormes, especie de grandes paquidermos bélicos, que como los elefantes heroicos de Pirro, sirven para imponer y desconcertar á los contrarios, diezmándolos con su mole, abriéndose paso hasta la victoria, inmunes á las flechas, que no tienen sino el poder de exasperarlos :

sin otro prestigio que el de su ambición, con una alma inquieta y, una inteligencia siempre inferior

á sus designios, hecho jefe de un partido de descontentos á los cuales, la derrota exasperaba sin aleccionar, Cina, con una audacia, sólo igual á su ambición, acometió contra el Senado, que la espada de Sila, había vuelto á su omnipotencia, y, desenterrando de entre los encombros la *ley Sulpicia*, la agitó en sus manos, más que como una bandera, como una tea, que había de anunciar á las naves de Sila, apenas alejadas de Italia, que el espíritu de la democracia había renacido en Roma ;

vencido por la reacción, escapado á la espada de Octavio, comprada por el Senado para asesinarlo, desterrado por un decreto especial, fué á buscar un refugio á su dignidad consular entre los ejércitos de la Campania, y, se presentó en medio de aquel que sitiaba á Nola ;

los soldados, en su mayor parte italianos, expulsados de Roma, viejos amigos ó legionarios del gran Mario, eran demócratas, y, la vista de un Cónsul, despojado y desterrado por el Senado y, por la aristocracia, desarmó su lealtad y, se entregaron á Cina; fuerte por ese ejército, marchó contra Roma,

á las primeras noticias de la sedición de Cina y su destierro, Mario, infatigable como un joven, se había puesto en marcha: desembarcado en Telemón, reunió un numeroso ejército, y, vino á unirse á Cina ;

éste, lo nombró Jefe Supremo, con poderes proconsulares; y, marcharon sobre Roma ;

Roma, fué vencida ;

Cina, entró á ella :

pero, el orgullo de Mario, se rebeló á entrar, hasta que el decreto, que lo desterraba de Roma, no fuese anulado por otro, que le abriese las puertas de Roma;

el pueblo se reunió en el foro, y, el decreto fué dado, más que como una satisfacción al orgullo del héroe, como una llamada á su ferocidad, en la cual el pueblo tenía puesta su esperanza:

Mario entró en Roma como una espada entra en el pecho;

el Senado cayó á sus pies, atravesado el corazón :

y, la aristocracia, expulsada de la Tiranía, no tuvo para refugiarse, sino la muerte;

se culpa á Mario de implacabilidad ;

lo cierto es, que no fué piadoso, pero ¿por qué extrañar, que en las postrimerías de su vida, no hiciese gala de un sentimiento que había ignorado desde su juventud?;

las crueldades atribuídas á Mario, pasan casi silenciosas, ante el tropel de las crueldades de Sila, que iba á sucederle ;

en medio de sus triunfos, murió Mario, fatigado de vencer y de matar ;

privada de su jefe, entregada á la incapacidad manifiesta de Cina, mayor aun que la incapacidad asombrosa de Mario, la democracia, sin autoridad y sin cohesión, no supo ya, sino agitarse locamente en el vacío, andando como un cuerpo decapitado,

que conserva el impulso de la vida, un instante después de su mutilación;

Cina, murió víctima de una revuelta.

y, Sila, que no esperaba sino la ocasión de un desastre, en las filas democráticas, abandonó entonces el Asia y, desembarcó en Brindisi, dispuesto á caer sobre Roma, como sobre su presa codiciada : el tigre devoraría la loba ;

SILA

SILA, era la aristocracia; y más que encabezarla, la sintetizaba; tenía todos los defectos y las virtudes de ella; sus mismos vicios enormes y sus pasiones cobardes; la imbécil altanería y, el rencor irracional; pero, era superior á su casta, por la energía, que no era sin embargo sino una forma de su ferocidad, pero que constituía casi una virtud, en medio de esa nobleza sin virilidad, y, una inteligencia inferior, que solo podía pasar por genio, en el cretinismo de la casta oficial, herida de acefalía:

Sila, pertenecía á la más peligrosa categoría de los nobles: los nobles arruinados; á esa nobleza media y fracasada, de la cual habían de salir luego con el andar de los siglos, Mirabeau, del cual no tuvo sino los vicios, que son el castigo del genio, y Bonaparte, del cual, no tuvo sino la duplicidad que es la negación de él:

era un lobezno de la rapacidad, educado en la

pobreza : su sangre, era concusionaria ; su abuelo había sido expulsado del Senado por ese crimen ;

su carácter, de una jovialidad ruda y, cruel, dado á la farsa, aprendió á degradarse desde la infancia en el uso de la más baja bufonería ; tenía una alma de cochero y, una alegría de lacayo ; aliaba íntimamente las costumbres más vulgares, á los vicios más viles ; y, su alma parecía no hallar solaz, sino alternando entre la bufonería y la erápula ; no dejando los chistes de las caballerizas, sino para hundirse en el vicio de los prostíbulos ;

su crueldad, no tenía igual sino en su astucia ; era representado, por un león, con una cabeza de zorra ; despreciaba igualmente el valor de la vida y el valor de la palabra ; no perdonó nunca un vencido, ni cumplió jamás un juramento ; su ferocidad, no tenía siquiera la disculpa de la cólera ; daba la muerte, fríamente, como el hielo, ó como el hierro ; era un mecánico del asesinato ;

poseía dos embriagueces : la del vino y la de la sangre ; y no tuvo sino dos virtudes : el carácter y el valor ; por ellas, dominó á Roma ; con ellas asesinó la libertad ; con ellas hizo temblar la tierra ;... con ellas desarmó el brazo de sus contrarios ; pero ellas, no han podido desarmar la Historia ;

Sila, se alza en la Historia, no para eclipsar la gloria de Mario sino, su ferocidad ;

no pudiendo alzarse hasta sus virtudes, le fué dada la triste gloria de eclipsarlo en sus vicios ;

serle superior en el mal, fué la única superioridad,

que el Destino concedió á Sila, sobre Mario ; y abusó de ella :

Sila, no se conformó con poseer el mundo ; quiso devorarlo ;

su dictadura fué un festín donde no se consumieron sino víctimas humanas ;

la demencia del Poder, que había de ser luego la locura de Calígula, apareció en Sila, con tales caracteres de ferocidad, que la Historia retrocede espantada, no sabiendo si referir sus hechos por castigo ó callarlos por pudor :

la ferocidad de Sila, está más allá de la naturaleza humana, ó mejor dicho, no alcanza á entrar en ella, permaneciendo en los límites oscuros de la animalidad primitiva

el partido popular pereció bajo sus garras, sus jefes fueron asesinados con sus familias, no escapando á la destrucción ni los niños de pecho, que no podían ser culpables sino de haber nacido ;

seis mil samnitas fueron asesinados dentro los muros del Coliseo : los verdugos murieron de fatiga, sobre las víctimas cuyo alarido, asordaba á Roma, aterrorizada : á Roma, cuyo corazón no se había conmovido jamás ;

las famosas listas de proscripción, anunciaban todos los días á los romanos, el camino de la muerte ;

— Sila, le decía un tribuno, ¿ es que no dejaréis, un romano vivo, siquiera sea para obedeceros ?

al fin, cansado de herir, corroído por la sífilis,

ebrio y fétido, siendo implacable sin dejar de ser bufón, no cesando de reir, sino para matar, este gran carnicero, que era en el fondo, un payaso trágico, hizo su última comedia irritante : la de su abdicación ; dejó á sus libertos, hechos senadores y magistrados, el cadáver de Roma, que había devorado, para que se sustentaran con sus huesos, y, entró en su casa de Cumas, como una fiera en su cubil ;

esa abdicación era un reto, al cual sabía él, que el pueblo romano, vendido á los *congiarium*, y, ebrio de los vinos, con que provocaba su insolencia no respondería :

su persona era sagrada, por los diez mil cornelianos, que la escoltaban en silencio, por los cuarenta mil legionarios, prontos á defenderlo ó á vengarlo, y, más que todo, por la corrupción del pueblo, que había llegado ya á ese grado de envilecimiento, en que renunciando á la venganza como un crimen, se pone á practicar la servidumbre, como una virtud ;

entrando en su retiro, los gusanos devoraron, ese cuerpo que los hombres no habían querido castigar ; arrojó hecho pus, la sangre del mundo con la cual se había embriagado : la lepra lo cubrió como una enorme púrpura, la única digna de su cuerpo, que yaapestaba al mundo después de haberlo pisoteado ;

el pus ahogó á ese hombre, ya que la sangre no había podido ahogarlo ;

y, la tierra devoró aquel que la había hecho temblar ;

ESPARTACO

Á la muerte de Sila, la única virtud de la tiranía; que era la energía, desapareció, y, ya no quedó sino, la violencia, y Roma, se conformó á ella, permaneciendo esclava, sin tener ya amo, fiel á esa tiranía, á la cual no faltaba ya sino la grandeza del tirano;

la sombra de Sila, quedó reinando sobre la tierra, inspirando el mismo terror que si estuviese vivo, porque su espíritu reinaba en el rigor de sus leyes, y, en el alma de la aristocracia restaurada por él;

Sila, gobernaba después de muerto, y, el mundo aterrorizado por su recuerdo, se acostó sobre su tumba, dispuesto á obedecerlo ;

todos capitularon con esa derrota definitiva de la libertad ; todos, menos los esclavos ;

en ellos, se refugió por un momento, el alma del heroísmo, que parecía proscrito de la tierra :

¿ cómo pasar en silencio, por sobre esa heroica y

fugitiva insurrección de los esclavos de Campania y de los gladiadores de ESPARTACO ?

eso sería hacer al Olvido el cómplice de la derrota, y hacer de la Historia, el esclavo de la injusticia, nombrado para decapitar á los vencidos ;

Si el insuceso fuera bastante, á condenar al Olvido el heroísmo, la insurrección de Espartaco debía entrar en el silencio, pero, si la defensa de la libertad, aun no coronada por la victoria, tiene derecho á la admiración de los hombres, Espartaco, se impone á ella con la talla de un héroe, y, la de un mártir ;

el derecho sagrado de la rebelión, que es la más alta virtud de que pueden enorgullecerse los hombres y los pueblos que lo ejercen, brilló en la espada de aquel gladiador enfurecido, con un resplandor tan vasto, que es bastante á iluminar muchos siglos de la Historia ;

cuando Espartaco apareció, el cielo de las revueltas parecía cerrado en Roma, paralizada por el terror ; el escenario del heroísmo, no tenía actores ; su teatro estaba desierto : sobre la sangrienta torpeza de los hombres, no reinaba sino el silencio ; la sedición había abdicado en manos de la servidumbre ;

Roma, estaba tranquila, y, ya se sabe que una democracia tranquila, es una democracia esclava, porque el tumulto es la vida de las repúblicas, como el oleaje es la vida del mar ; ambos se corrompen en la quietud ;

los jefes de las facciones, habían desaparecido, uno á uno, arrebatados por el huracán de la muerte que ellos mismos habían desencadenado; cumplían así su misión, desapareciendo en el abismo abierto por sus manos; ¿dónde mejor puede desaparecer un gran faccioso, que en medio de la sedición? ¿qué otro teatro, más digno de su muerte, que aquel en que la pasión lo hace desmesurado y, el enorme vértigo de la lucha, lo posee, como una inspiración? el tumulto, es el único campo de batalla digno de un faccioso; y, los de Roma, habían muerto en él, con un noble gesto de vencidos, no teniendo ya, nada que dar á la conmoción, le habían dado su vida; como Empedocles, se habían arrojado al abismo, pidiendo al sepulcro, una quietud, que el mundo no podía ya darles, buscando y hallando en la muerte, la única calma que podía aplacar el furioso clamor de sus pasiones;

sobre ese escenario mudo, donde todo grito de revancha había expirado, avanzaron los esclavos, y, recogiendo en el Forum, el escudo, que los ciudadanos desalentados habían dejado caer, en el polvo, lo alzaron contra Roma, tendiendo hacia ella, los brazos amenazantes, con un alarido de venganza que estremecía la tierra; Espartaco á su cabeza, lo dominaba todo, con su belleza triste que la hora hacía trágica, y un raro gesto de virtud, que Graco, el mayor, debió saludar desde su tumba:

Espartaco, no era un esclavo, era un hombre esclavizado; un rehén de la victoria;

de la noble familia de los Espartiacidas, que tuvieron en Trasea honores reales, ese gladiador-príncipe, llevaba en su alma y en su sangre, fuerza bastante para hacer temblar á Roma, cual si fuese un cachorro de los Bárcidas, escapado á los arenales de Cartago, y, el alma de Aníbal, vibrase en la de aquel mercenario de Pantikapeón, armado por la cólera y el Destino ;

su poema de rebeldía, fué violento y corto, como una tempestad, pero bastante para ver caer ante él, vencida, la majestad de dos cónsules, y, mutilar con su hacha de liberto, las alas de las águilas romanas ;

las legiones vencidas, probaron bien, que Roma decadente, no tenía ya generales, que enviar contra sus esclavos ;

los tiempos de Emiliano, estaban ya lejos :

y, Roma tembló, ante el furor desencadenado, de aquellos que había hecho marchar entre cadenas ;

como siempre, la discordia, en el campamento de los libres, los entregó, dando con su anarquía el triunfo á los contrarios ; y la insurrección fué vencida ;

los esclavos, unos por deserción, otros por rebeldía, abandonaron á Espartaco, que cayó al lado de unos pocos, vendiendo caro su vida, con una agonía de león : no escapando de la vida, sino para caer en manos del ultraje : los Romanos lo mutilaron ;

la cobardía de Pompeyo, buscó en el asesinato, la

gloria, que no supo hallar en el combate ; y, las carnicerías de la Apulia. señalaron á la pública atención, el nombre de aquel mediocre afortunado, que incapaz de grandes acciones, solo fué hábil en engrandecer triunfos pequeños :



LUCIO SERGIO CATILINA

CATILINA, era un genio, llegado tarde á los acontecimientos de su país ; dos siglos antes, en los tiempos de la Gran Roma, él, habría sido el primer ciudadano de su patria ; pero, venido en una época de humillación y decadencia, no le fué dado siquiera el noble placer de serle útil ; nacido grande en una época pequeña, teniendo la triste ventura de ser superior á los hombres y los hechos que lo rodeaban, espantado de la pequeñez moral del pueblo, quiso levantarlo ; indignado con la bajeza de los acontecimientos quiso dominarlos, y, pereció aplastado por ambos, porque ningún hombre superior, ha triunfado jamás, con pueblos viles, ni ha sabido dominar acontecimientos pequeños : la grandeza del genio, pide cosas grandes, como él ; desde que se empequeñecen sus medios, se condena su obra al fracaso ; Catilina, era el último representante de una grandeza ya extinta ; era el alma heroica de la

antigua Roma, enamorada de la libertad, la resurrección de los viejos heroísmos, enamorados de la muerte ¿qué podía hacer en esa Roma, que había renunciado á la grandeza y, temblaba ante la muerte?

los que han hecho de las *Catilinaris*, de Cicerón, un postulado, llaman á Catilina faccioso, y, lo llaman así, como un ultraje ;

faccioso, sí que lo fué ; no por el veredicto inepto de la retórica, sino por la lógica inflexible de los acontecimientos ;

en Roma, no había ya partidos, sino facciones ; la lucha desenfrenada se lidiaba entre la facción del poder y la facción del pueblo ; dominándolas ó sirviéndolas se estaba dentro de una facción ; y, todo hombre público, se veía obligado á ser, y, era, un faccioso ; entonces ¿por qué culpar á Catilina, de ser uno de ellos?

si no había en Roma, sino la demagogia arriba y la demagogia abajo ; si se era demagogo, en el poder y contra él ; ¿qué significa eso de llamar demagogo á Catilina como un insulto ?

su época era facciosa, su época era demagógica, y, él, era un hombre de su época ; faccioso, con su facción, y, demagogo con su demagogia ;

¿quién no era entonces, faccioso en Roma ?

faccioso era Catón, halagando la aristocracia, imponiendo su austeridad como un dogma, no logrando dar á la facción del poder sino el prestigio de su hipocresía ;

faccioso, era César, adulando la democracia, y, aspirando á corromperla, como el único medio de dominarla ;

faccioso era Pompeyo, arrojando su espada en la balanza de los destinos de la República, apoyado por su facción de mercenarios ;

faccioso era el Senado, empeñado en destruir á Pompeyo con una mano, mientras con la otra estrangulaba la democracia ;

si todos eran facciosos, hasta la virtud con Catón y el genio con César, ¿ por qué culpar á Catilina, que sirviera á las facciones ó quisiera servirse de ellas ?

se ha gritado contra la corrupción de sus costumbres ; y, su corrupción, no era sino la corrupción de su tiempo, y, sus costumbres, las costumbres de Rmoa ;

¿ quién era puro entonces ?

Catón, el divino Catón, batía de vergas sus esclavos, salvando los más hermosos ; tenía un harén de siervas ; fatigaba la usura y entregaba su mujer á la riqueza de sus amantes ; no tenía pura sino su retórica ; sólo sus máximas eran insospechables ;

Julio César, el Príncipe de la juventud, el hombre hecho para deslumbrar los siglos y la Historia ; era, al decir de los historiadores, el marido de todas las mujeres, y, la mujer de todos los maridos ;

Pompeyo, tenía la avaricia de Galba y muchos de los vicios, que habían de inmortalizar, luego, á Tiberio ; los pueblos que había combatido, no le

habían dado siempre la victoria, pero, sí le habían dado siempre alguna corrupción, que unida á las muchas suyas, formaban su prestigio :

el Oriente había conquistado á Roma, y, sus vicios, se habían vertido en ella, como en una cloaca máxima, donde desembocaran todas las alcantarillas del mundo ;

la riqueza la había corrompido hasta la médula de los huesos ; el lujo la afeminaba, como una castración : la suburra, se extendía más allá del Forum ; y, los esclavos de Libia, hacían temblar el Coliseo con sus orgías, como los de antes, lo habían hecho temblar con sus combates :

si el vicio, era, el alma de Roma, ¿ por qué culpar á Catilina, que tuviera, el alma de su patria ?

¿ qué vicio tuvo él, que no estuviera en Pompeyo, en César, en Clodio, y acaso hasta en Catón ?

Marco Tulio Cicerón, aquel plebeyo venal, que lo acusaba, por la razón menguada de envidiarlo, y, cuyas veleidades de retórica, pasan aún por sentencias, en el pecorismo abúlico de la Historia, ¿ de qué vicio careció ? ¿ cuál le faltaba ? todos los tuvo para deshonrarlos ; ¿ á quién no se vendió ? ¿ qué causa no traicionó ? ¿ no era su casa el templo del incesto, al mismo tiempo que el bazar de la codicia ? ¿ en nombre de qué pureza, podía hablar, aquel hombre, que fué públicamente acusado, de haber mancillado en el vicio, todas las partes de su cuerpo, aun aquellas que no pueden nombrarse ? *quæ honesta*

nominari nequeant inonestissima; fué Salustio, quien lo dijo;

acusar á Catilina, de corrupción, equivale á acusarlo de haber sido pagano, en un tiempo en que el paganismo, era la única religión del mundo;

hoy, la ciencia histórica ha andado mucho, para ver en las « Catilinarias », algo más que un monumento del odio; y desdeñándolas, les deja la misión de corromper el juicio estudiantil, en los liceos, pero, no les da la seriedad de un alegato jurídico, con valor alguno en los estrados de la posteridad;

hace mucho que la humanidad ha absuelto á Catilina, de los crímenes y, aun de los vicios que se le imputaban, porque al pedir las pruebas de ellos, no ha hallado como Fiscal sino á la Retórica, acusadora sin pruebas, temblando desarmada ante la Historia;

se ha acusado á Catilina de ambición;

si esa virtud, fuera declarada crimen, en el seno de una República enferma y despotizada, ¿en dónde hallar salud para la democracia, fuera de la ambición, de los hombres empeñados en salvarlas?

quién no era entonces ambicioso y, de la más baja ambición en Roma?

¿qué era en Catón la virtud, sino una máscara de su ambición?

¿qué era Pompeyo, sino un ambicioso cauto, que sabía imponer silencio á su ambición, esperando la hora de coronarla?

y, ¿cuál ambición igual á la de César?

ambición, era en Pisón, el esfuerzo del talento por salir de la indigencia; noble ambición;

y, ¿qué era la elocuencia revolucionaria de Clodio, elegante y agresiva, como un gesto de gladiador? ambición, pura ambición;

y, ¿Craso y Lépido y, Dolabella? ambiciosos, de una ambición desenfrenada, de libertad y, de gloria;

y, ¿habéis visto una ambición más enfatuada y, más fatal, que la de ese sofista versátil y venal que era Cicerón?

si la Ambición, era la única virtud de su época; ¿por qué culpar á Catilina de que la tuviera?

él, que tenía todas las cualidades de la grandeza, ¿cómo había de renunciar á aquella, que hace los hombres grandes?

la ambición, es el complemento del genio, y, su pasión;

si Catilina tuvo todas las condiciones de un grande hombre, menos la virtud, ¿cuál de sus contemporáneos, tuvo esa virtud, que al decir de sus enemigos, faltaba á Catilina?

ninguno;

y, todos le fueron inferiores, aun en esa acefalía; á excepción de César, que le fué igual, en el genio, pero no en la intrepidez, esa noble intrepidez que hizo temblar al Senado, de Roma, ante el cual César, su cómplice, lo había de abandonar, retrocediendo ante las paradojas, del Cónsul enfurecido, hecho por la envidia, el sagitario de diatriba;

el jefe de la aristocracia, era Catón ;

el jefe del Poder, era Pompeyo ;

el jefe de la democracia, era César ;

el jefe de la burguesía, era Cicerón ;

¿en cuál de ellos, se hallaría, la honradez, el desinterés, la pureza, que se pide á Catilina ?

es sobre la fe de Cicerón y de Salustio, es decir, sobre la fe de dos corrupciones, que se acusa de corrompido á Catilina ;

no se le acusa por sus faltas, sino por sus designios ; no se le condena por crímenes cometidos, sino por aquellos que hubiera podido cometer ;

no pudiendo calumniar su victoria, se calumnian las probabilidades de ella ;

se ejecuta el fantasma de su Poder, por el solo crimen de haber aspirado á él ;

¿es esa la Justicia ?

en ese caso, como en todos, la Historia, no castiga sino la derrota ;

si César, hubiese fracasado en Farsalia, no hubiese pasado ante la Historia sino por un faccioso de genio ;

si Bonaparte, hubiese fracasado el diez y ocho Brumario, ¿qué habría quedado de aquel aventurero funesto, del cual todos los pretorianos de la pluma y de la espada, han hecho después su Ídolo ?

el fracaso, es el solo crimen de Catilina, no aquellos que le imputaban la mediocridad sonora, y, la insolente venalidad de Cicerón ;

infatigable en la paz, como en la guerra; capaz de osarlo todo y dominarlo todo; no teniendo sino su osadía, que fuese más grande que su cautela; no dejando á la fortuna sino aquello que por estar fuera de lo humano, estaba fuera de su previsión; desconcertante por su audacia, tanto como por su prudencia; llevando su astucia, tan lejos como su perseverancia; sirviéndose de la probidad, de otros, cuando era inútil ó imposible fingir la suya; aliándose al vicio, no por amor, sino por desprecio de él; teniendo toda la moral de su época, que consistía en no tener ninguna; poseyendo la única virtud de Roma, que era el Olvido absoluto de la Virtud; aspirando al imperio de los acontecimientos, mientras éstos, le daban el imperio del mundo; sabiendo ser dueño de sí mismo, para poder ser el dueño de los otros; dominado por su razón, y, no por su corazón; orgulloso sin insolencia; generoso sin fatuidad; amando el dinero, como un medio y la gloria, como un fin; siendo por su lealtad el esclavo de sus amigos, y, por su generosidad, el amigo de sus esclavos; voluptuoso sin infamias; dando á sus vicios el encanto de su elegancia, y, á su elegancia el refinamiento de un vicio; amable, sin la familiaridad, que engendra el desprecio; justo sin la crueldad, que engendra el odio; elocuente, sin el énfasis, que hace degenerar la elocuencia en retórica; irónico, sin la vulgaridad, que es el escollo de la ironía; llevando en todo, el sello de esa grandeza personal, que no sabe empequeñecerse ni aun en el contacto con la

bajeza, que es bastante legítima para sobrevivir á la desgracia, y, bastante noble para ocultarse, cuando es preciso hacer lugar á la inferioridad de los otros, sin humillarla: fuerte y dúctil, como la hoja de una espada; hecho, no para la decoración, sino para la grandeza de una causa; hombre en todos sentidos superior, hecho para remover el mundo y ser la fuerza de él; tipo perfecto del conductor de hombres, tuvo todas las condiciones de la gloria, menos el éxito, y, todas las cualidades del Genio, menos la virtud, que no se preocupó de poseer ni tuvo el poder de resucitar;

en la lucha encarnizada de las facciones, bajo el despotismo de todas las demagogias, Catilina, osó alzar su ambición, como una antorcha para iluminar el camino del pueblo;

la demagogia conservadora, lo acusó, de querer con esa antorcha, incendiar á Roma;

siempre ha sido á la vileza, tarea más fácil, calumniar á un grande hombre, que comprenderlo;

si Catilina aspiraba al Poder, ¿por qué hacer de ello un crimen ante la Historia?

¿quién no aspiraba entonces al Poder, en Roma?

Catón, lo ambicionaba por avaricia; César, por orgullo; Clodio, por petulancia; Pisón, por necesidad; Pompeyo, se solazaba en él, por fatuidad;

Catilina, lo codiciaba, por el derecho del genio;

tenía la legitimidad de todas las ambiciones: se sentía hecho para el mando, como otros son hechos para el ocio; la inutilidad de su grandeza, le pesaba,

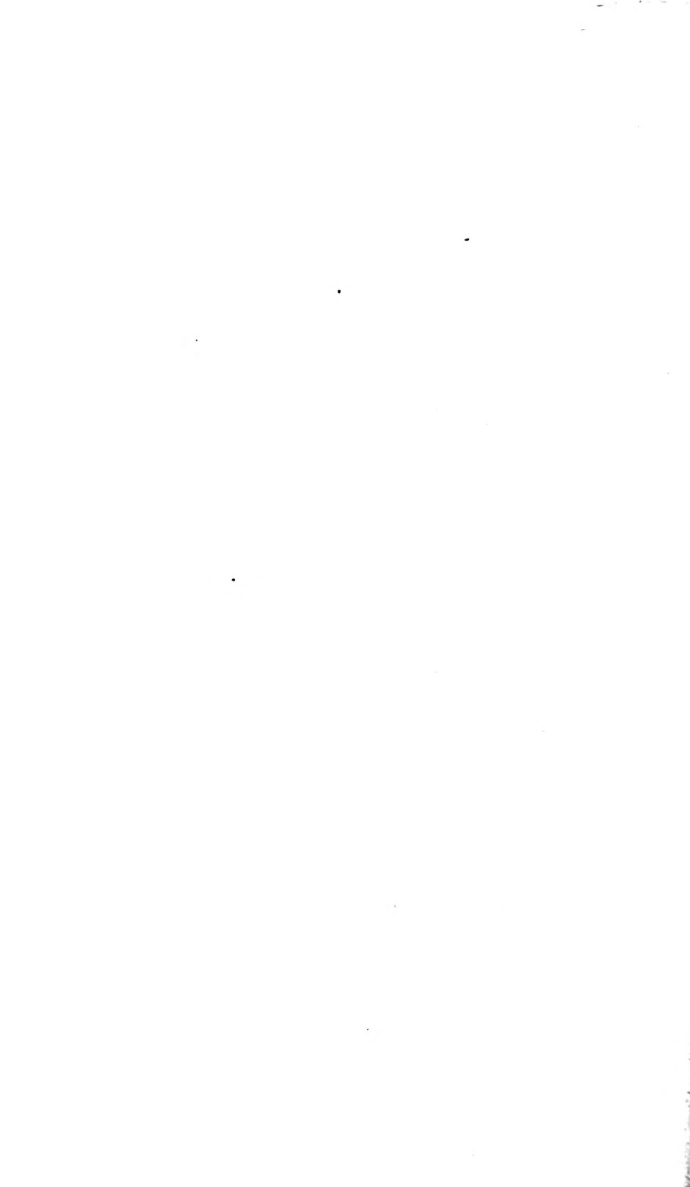
y, la bajeza de su época, no alcanzando á entristecer su ánimo, exasperaba su corazón:

la última tristeza de un grande hombre, es, ver el triunfo fácil de los mediocres; y, el espectáculo que Roma ofrecía á Catilina, no era de aquellos que si no llegan, por la ausencia de la Justicia á satisfacer el patriotismo, sí alcanzan por el aflujo de la gloria, á consolar su orgullo:

en el desesperante paralelismo de esas dos demagogias, que marchaban, más agresivas que nunca, sin encontrarse jamás; en la ruina moral é intelectual de esa Roma, que huérfana de las virtudes de la antigüedad, no había encontrado para suplirlas, sino los vicios más bajos, traídos por sus conquistas; en el afeminamiento y la superficialidad crecientes, de esa juventud, ocupada de los perfumes y de las sedas, con la misma seria tenacidad, con que sus antecesores, se ocupaban de combates y de conquistas; en medio de ese mundo, que la tiranía de los ricos había bastardeado hasta el oprobio, y, la cobardía del pueblo, había envilecido hasta la afrenta; se alzaba Catilina, como un enigma, desconcertando por su silencio, tanto como por sus tumultos; imponiéndose por su talento, tanto como por su valor; sin temor á nadie, ni á nada; con esa ausencia total del miedo, que era la esencia de su carácter, y, que en él, corría pareja, con la ausencia del escrúpulo; tan libre de vacilaciones como de bajezas; consciente de su superioridad ejerciendo la dictadura de ella, haciendo el gesto de abdicarla;

más capaz del heroísmo que del crimen, pero, no descuidando este, si había de servir á su fortuna; haciendo de su ambición una tribuna, desde la cual ejercía, sobre un pueblo sin valor, la violenta pedagogía de la audacia:

tal fué ese César del Motín, que llevaba la multitud por escolta, y dominaba todas las demagogias, con la demagogia de su Genio.



MARCO TULIO CICERÓN

CICERÓN, era el producto más completo de la decadencia de un pueblo y de una raza, aquel, en el cual pierden ya todos los caracteres de su fisonomía y se hacen amorfos ; era la más triste flor de degeneración, que la putrefacción de una época, pudieran hacer nacer sobre las ruinas del Arte y de la gloria antiguos ;

representaba la más triste de las corrupciones : la corrupción del pueblo ; tenía todos los vicios de la democracia, sin tener una sola de sus pasiones ; hecho el lacayo de la aristocracia, tenía todos los defectos de sus amos, sin tener una sola de sus virtudes ; tenía el alma de un esclavo, con las pretensiones de un César, y, las veleidades de una mujer, unidas á la insolencia de un tirano ;

la Historia, no ha visto nada más débil, nada más voluble, nada más fatal, que ese plebeyo advene-

dizo, alquilado por la aristocracia para asesinar la libertad ;

es un fenómeno que por su frecuencia indigna y desalienta, ver á través de las páginas de la historia, que el pueblo, no ha encontrado nunca, enemigos más implacables, ni amos más crueles, que aquellos que han nacido de su seno :

llegado á la celebridad por el camino de la bajeza ; enriquecido por el soborno y la venalidad ; enemigo de los hombres fuertes, porque él era el más débil de los hombres ; odiando en los otros, la virtud del valor, de la cual la naturaleza, lo había privado por completo ; haciendo de la envidia, una profesión, y de la delación, un arte ; lleno de un horror innato á la lealtad, y, no habiendo comprendido nunca, lo que es la fidelidad ; no teniendo de la verdad, otro cuidado que el de violarla, ni de la palabra otra idea que la de prostituirla ; habiéndose hecho de la traición un culto y de la deserción una bandera : traidor por voluptuosidad y por temperamento ; tirano por vanidad y por codicia ; amando la popularidad, con el amor apasionado de un mediocre, y, el oro, con la pasión desatentada de un avaro ; vendiéndose al aplauso y, al dinero como si fuesen una misma moneda ; poniendo sobre el mercado con igual impudor, sus arengas de la tribuna y sus higos de Tusculum ; ignorando la dignidad, como si fuese un vocablo bárbaro, y, olvidando la firmeza como si fuese un beneficio ; no sirviendo á una causa, sino para tener el placer de traicionarla, y, no acordándose de la

libertad sino para tener el orgullo de insultarla; no siendo capaz de otro culto que el de su vanidad, ni teniendo otro dios que su ambición; no buscando amigos sino cortesanos; no teniendo ideas, sino intereses; no cultivando otra fidelidad que no fuera la de su egoísmo, ni otro dogma que no fuera el de su exaltación; no habiendo partido al cual no se vendiera y causa á la cual no traicionara; gloria contra la cual no se volviera; triunfo que no le inquietara; grandeza que no le indignara; habiendo hecho de la elocuencia el más vil de los negocios y de la palabra, el más infame de los vicios, este plebeyo asesino y fatal pasa así por la Historia, con las manos llenas de sangre y la boca llena de mentiras, sin que nunca conciencia alguna haya caído más bajo que la suya, ni la inconstancia humana haya presentado otro ejemplo mayor de lo que pueden la vanidad y el miedo en el corazón de un hombre, cuando ese hombre es como este, un ser de pasión y no de fuerza, de arrebato y no de carácter, osado y no valeroso, no teniendo sino su crueldad, con que ocultar su cobardía, y, que sólo sirvió para comprometer conflictos que no supo dominar, despertar odios que no supo encadenar, deshonar su talento por la falta de su carácter, porque no habiendo tras de ese orador, un hombre, sólo fué una bandera sin asta, destinada á ser pisoteada en la derrota, sin ondear jamás en horas de victoria, á no ser las del tumulto y del asesinato;

la retórica putrefacta de los sofistas, retórica

alejandrina, fué la que floreció en los labios de Cicerón, y, no la elocuencia antigua, la de los grandes siglos de la Grecia, esa maravilla del verbo, que no ha tenido eclipse, en los fastos sonoros de la palabra humana :

los cronistas conservadores, enamorados de la mediocridad cruel de Cicerón, lo han comparado á Demóstenes, cuando no se asemeja ni á Esquino, del cual sólo tuvo la venalidad desenfadada :

Demóstenes, era el orador: Cicerón, era el abogado; el uno fué lo sublime, el otro, lo fofo; el uno la inspiración, el otro la declamación: el uno el artista, el otro el Sofista; el uno es la gloria de la palabra, el otro su castigo; Demóstenes fué la Elocuencia, Cicerón la Retórica: Demóstenes, fué el Genio; Cicerón, fué su parodia :

con este retórico vil, llegó al más alto grado de esplendor, la declamación vacua y ornamental, que es la sola elocuencia de las decadencias, hecha toda de espejismos y de reflejos, de teatralidades y de vaciedades, ostentosa y pueril, abundosa y fácil, rica en matices y en sonoridades, falta de pensamientos y de energía, sin nervio y sin virilidad, floripondio de mistificaciones y, de mentiras, que vemos florecer siempre en los labios de los hombres débiles, en las épocas de corrupción y de ruina, en que las democracias agonizan, víctimas de todas las prostituciones, de las cuales, la última prostitución es la del gusto;

eso fué Cicerón : la prostitución de la elocuencia,

en una sociedad, en que todo se había prostituído ya; este pedagogo de la venalidad, sorprendido por el favor de la nobleza, se puso á amarla con amor de advenedizo, y halagado, por ella en su vanidad — que era toda su alma — se hizo el Ministro de sus venganzas, y con la docilidad abyecta de un esclavo, tuvo en manos de la aristocracia, la fuerza ciega de un puñal; Catilina, fué su víctima:

Cicerón, no le perdonaba su grandeza, y, lo persiguió con un odio de mujer;

halagando al Senado, que se había hecho una banda de vociferadores contra Catilina; sin otra elocuencia que la del miedo; Cicerón se puso á acusarlo de conjuración, y, en el paroxismo del odio, lo declaró enemigo de la República, porque era el enemigo del Poder que la mataba;

César, Pisón, Craso, fueron acusados, con él; se libraron de la responsabilidad por la deserción cobarde;

Catilina solo, con su genio, afrontó el tumulto del patriciado, y, lo venció;

su audacia, fué aún superior á su renombre, y se presentó erguido, insolente, casi triunfal, ante el Senado, donde no tenía sino enemigos, y, supo desconcertarlo, tanto por el vigor de su elocuencia, como por la insultante acritud de su impertinencia: su discurso, se lo disputaron por igual, las galas de la dicción y el lujo del desprecio; su virulencia fría, se complació en humillar á su enemigo, empleando para ello un arte que no quiso emplear

en defenderse; las burlas y los sarcasmos cayeron sobre Cicerón, como una turba de abejas enloquecidas, y, las metáforas acres y desdeñosas llovían sobre el Cónsul plebeyo, á veces finas y, otras brutales, como si las manos del patricio, le cruzaran el rostro á bofetadas:

el Senado, no tuvo el valor de condenar á aquel faccioso sin facción, á aquel revolucionario sin revolución, del cual no se acusaban sino las intenciones que se le atribuían, y cuyo crimen, no tenía otra prueba que las hipótesis de su contrario, y, rogó á Catilina, que se alejara de Roma;

Catilina, obedeció;

no por eso se desarmó la feroz vanidad de Cicerón; todos los días, inventaba una nueva conspiración, para darse aires de vencedor, y, todos los días, denunciaba ante el Senado á Catilina ausente, y, las fingidas conjuraciones de los liberales de Roma, descubiertas por él, y se daba así aires de previsor:

la ligereza irritante de ese censor ambiguo, empeñado en pasar por fuerte, no se fatigaba, repitiendo ante el Senado, su *quousque tandem*, con la misma tenacidad y el mismo énfasis, que si fuese, el *delenda Carthago*, de los tiempos escipionescos; y, hacía para su uso personal, y, el consumo del Senado, un *Catilinas ad portas*, que no lograba sino deshorrar la antigüedad histórica queriendo reproducir su gravedad;

empleaba tal aparato de teatralidad, y tal suma de seriedad en denunciar las imaginarias conspiraciones, que esa actitud habría sido cómica, si este

ser débil y medioso, en el cual, existía como en todos los cobardes, un hombre cruel, no se hubiese de súbito hecho feroz para mostrar, que era capaz de ser todo por vanidad; todo; hasta asesino;

detenidos una noche, los supuestos conspiradores, que huían de Roma, para escapar á las injustas persecuciones del Cónsul, hecho energúmeno á fuerza de pavor, fueron detenidos á las puertas de la Ciudad, por el Cónsul mismo, seguido de sus sicarios :

el pueblo, los acompañó lleno de incertidumbre, y se disputaban los ánimos, en unos el horror que la calumnia oficial, tan fácil de esparcir, extendía sobre los conjurados, en otros la piedad, y el temor que la suerte de esos hombres, amigos del pueblo y de la libertad, les inspiraba :

pero, todos esperaban que el Senado decidiría sobre su suerte ;

pero, no fué así ; Cicerón, afrontando él, solo la responsabilidad, y, violando las leyes de la República, los llevó á la prisión y, allí los hizo estrangular uno á uno, á la luz de las antorchas, por verdugos llevados al efecto ; así asesinó á Léntulo, Cetigo, Gabinus, Estatilio y Cepirio, sin haber aducido una sola prueba de su crimen ;

y, el retórico asesino, en cuya alma de esclavo, la ferocidad, había dominado al miedo, asomado á las puertas de la prisión, gritó al pueblo, con su voz de los grandes días : HAN VIVIDO ! que era como los Romanos, miedosos, de nombrar la muerte, anunciaban la de alguno :

el pueblo se alejó consternado, sin el valor de protestar, como un rebaño asustado por el rayo :

el populacho aplaudió! el populacho de esclavos, enviados por sus amos para aplaudir!

¿ no estaban muertas, y, bien muertas, la virtud y, la libertad en una República, en que el primer Magistrado, violando todas las leyes de los dioses y de los hombres, se erigía en juez y en verdugo de los ciudadanos, y, los asesinaba miserablemente, amparado en las sombras de la prisión y de la noche, y, en vez de un pueblo libre que le pidiera cuenta, no hallaba sino un populacho de esclavos ebrios, mandados por sus amos, para aplaudir ese asesinato, cometido por el más débil y, el más cobarde de los hombres?

la oligarquía conservadora del Senado, aplaudió á aquel *Rómulo de Arpino*, como lo llamó el sarcasmo de Salustio, y fué declarado : PADRE DE LA PATRIA;

años después, condenado por el Senado por ese mismo hecho, había de pedir de rodillas, abrazado á las piernas de Tiberio, perdón del crimen que le atrajera tan pomposo título :

en tanto, Catilina, perseguido por el Senado, rodeado de amigos, que no fueron nunca un ejército, cercado por las fuerzas de Metelo y, de Petreyo, no quedándole otro camino que el de la Muerte, ni otra decisión que la de elegir la forma de ella, dió libertad á su caballo, como Espartaco, renunciando así á toda veleidad de huida y, poniéndose al frente

de los suyos, comprometió una batalla, que no era otra cosa que el heroísmo de la desesperación ;

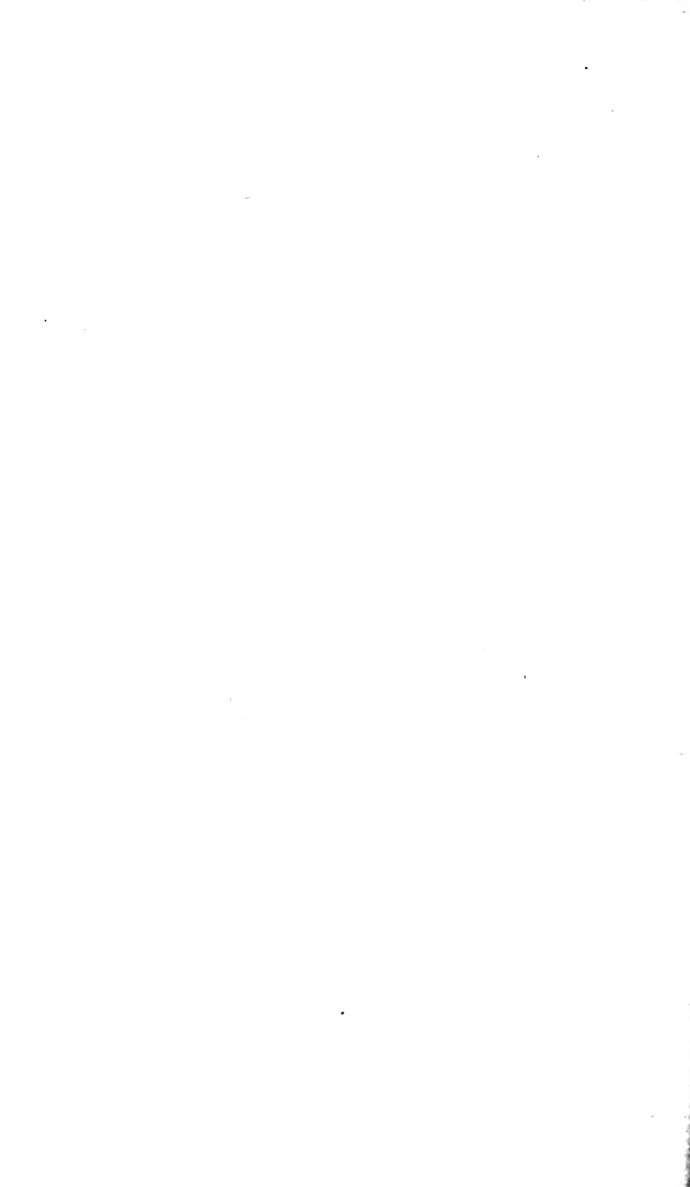
la acción, fué encarnizada : todos murieron ;

y, Catilina, fué encontrado el primero, diez metros adelante de todos, expirante, con tal expresión de coraje, que hizo retroceder á los contrarios :

se le cortó la cabeza, y se la envió á Roma ;

Cicerón la recibió con júbilo, sin prever, en su sangrienta insubstantialidad, la espada del liberto de Antonio, que había de cortar la suya ;

así murió Sergio Tulio Catilina, probando con la grandeza de su muerte, que había nacido para los grandes hechos, y, que el Imperio del mundo que el destino le arrebatava, perdía en él, al hombre más digno de dirigirlo, con su esfuerzo, y, al Jefe más capaz de honrarlo con su genio.



CATÓN

CATÓN, no era un Genio, no era, sino una Virtud; no era un grande hombre, era un gran ciudadano; su grandeza, no radicó en el amor de las libertades, sino en el amor de las instituciones; su espíritu, no era el de la Revolución, era el de la Tradición; ¿no lo veis, con qué pertinacia, se orienta hacia el pasado? todo en él, era arcaico; todo, hasta su virtud; la imitación de Catón, el antiguo, fué el alma de su carácter; fué el mono de su abuelo, como Favonio, era su propio mono; ¿os acordáis del viejo Censor, tosco y furioso, implacablemente enconado contra la gloria de los Escipiones? ¿no veis como el nieto trata de reproducir en todo, aquella figura severa y brutal, tan digna de la Roma antigua? pero, ¡ay, los tiempos habían cambiado! la República, no existía sino de nombre. su desaparición, se hacía, lenta, pero segura, entre las conmociones y las borrascas; no había ya lugar allí, para esa virtud

primitiva, que parecía exigua, porque no estaba siquiera, á la altura de los vicios que combatía: y, ¿qué vicios combatía Catón? los vicios pequeños, ó aquellos que perturbaban el orden de la Tiranía, porque los vicios de los poderosos, aquellos grandes crímenes que ahogaban en sangre la Libertad, le fueron indiferentes, ó queridos; los aplaudió con frenesí, ó guardó ante ellos, ese silencio culpable, que tiene los siglos por comentadores, y la palabra de la Historia por castigo; nunca, se le vió del lado del pueblo, del lado de la democracia, del lado de la libertad, siempre estuvo del lado del Poder, del lado del despotismo senatorial, al cual, en nombre del Orden, su virtud servía de alabardero; en las conmociones de Roma, entre Catilina y Cicerón, estuvo con Cicerón, fué él, quien le hizo conferir el título enfático de *Padre de la Patria*, por el asesinato infame de Léntulo y sus amigos inocentes; y, aun, en la hora álgida de la demagogia, entre las turbas de Clodio y los gladiadores de Milón, estuvo con Milón, es decir con el asesinato á sueldo del Poder, y, azuzó los gladiadores armados, contra todo lo que era liberal ó aparecía siquiera como libre; su espíritu estrecho no pudo comprender nunca la sublimidad de la rebeldía, y, no amó sino los sofismas rígidos del Orden, esa fué su sola pasión; y, fué al pie de esa bandera, que murió; ese gran ciudadano, tuvo hasta en sus extravíos, el alma exclusivista de un *quirite*; todas las pasiones, asoladoras, duras y devastadoras de un Romano, fueron en él; ni una

centella del alma universal y humanitaria de los Gracos, brilló en la suya; espíritu limitado y rígido, tuvo todas las virtudes de su tiempo, menos las de un hombre libre; su vida, no solo fué estéril para la libertad, sino que le fué en ocasiones, fatal; su palabra sin elocuencia, no estuvo nunca al servicio del pueblo; en las grandes conmociones de la democracia, le negó siempre su apoyo, no tuvo nunca la gloria de defenderla, y, le sobró siempre el valor de calumniarla; nunca un gesto generoso, esbozaron sus manos implacables; ellas no se tendieron jamás para proteger la causa de los débiles, de los oprimidos, de los desamparados; ¿combatió la esclavitud, ó trató de endulzar siquiera sus rigores? no; tuvo esclavos por millares, y, los hizo mutilar y torturar, y, comerció con ellos, en un gesto de avaricia que solo igualaba á su crueldad; ¿persiguió acaso, el agio, que devoraba al proletariado Romano? no; lo ejercía, con una ferocidad, que pedía á grandes clamores el sarcasmo de un Moliere, romano, y, que por la tristeza de los tiempos, no tuvo, sino los rudos epigramas, de los Cátulos degenerados de la Suburra; ¿combatió la crueldad de los vencedores, ó la insaciable rapacidad romana? no; antes bien, la ejerció, hasta asombrar la terrible voracidad de los hijos de la loba; ¿quién saqueó á Chipre, hasta extraer de allí un tesoro de 700.000 setecientos mil sextercios, y, dejar desnudas las paredes de los templos? Catón; el austero Catón...

el valor moral de Catón, ante la Historia, con res-

pecto á la Libertad es un valor nulo; su grandeza, es una grandeza convencional y condicional : no tuvo grande sino su muerte: murió representando el Ideal republicano, que había ya muerto y del cual, César, no degollaba sino el cádaver; pero, murió fiel, al Ideal, tiránico, que representaba Pompeyo, y, que años después, había de adquirir todo su funesto esplendor, en la feliz mediocridad de Augusto: su muerte, fué un ejemplo, más que un sacrificio; fué una muerte estoica, no una muerte heroica; ¿por qué? porque el suicidio, en los Romanos, como en los Griegos, no era un heroísmo, sino una voluptuosidad: antes de que el vaho mefítico y, letal del cristianismo, obscureciera con sus terrores y sus mentiras la portada radiosa de la Muerte, morir era bello, morir era dulce al orgullo de las almas exquisitas y hurañas, porque era entrar en la inmortalidad, en la suave trasfusión, de los dioses y, de la luz; eran esas épocas felices, en que la mitología bárbara del hebraísmo, y, el misticismo embrionario de los esclavos, no había aún poblado de visiones y de horror, el seno maternal y hospitalario de la Muerte; morir, era un gesto noble, que ya las épocas menguadas no comprenden; era una forma de libertad, que la religión de los esclavos, había de matar, como todas las libertades, sobre la tierra;

sin embargo, Catón es grande, pereciendo ante el dilema de envilecerse ó de morir, que es el dilema que el día de su victoria, la Tiranía, pone sobre el corazón de los hombres honrados: su fantasma per-

siguió siempre la Monarquía, y, fué todo lo que quedó de la República romana;

de todas las pequeñas virtudes de Catón, no puede hacerse una gran virtud; de todas sus máximas no puede hacerse una Moral; de todos sus pensamientos no se extrae una Filosofía: no nos dejó sino el ejemplo de su muerte, y, con él, una figura de retórica, para afrentar á los tiranos que sean bastante iletrados, para creer que Catón, murió en defensa de la Libertad: su sombra sirve aún para ejercer un despotismo: el despotismo de la Virtud; ese despotismo, sin responsabilidades, que es tan dulce de llevar sobre los labios, y, que nadie ejerce sobre su corazón;

sobre la tumba de Catón, los vencidos de Utica, fueron degradados: ¿qué valían esos defensores de la Libertad vencida, ante la audaz victoria, coronada?

César, fué á España, refugio de los últimos pompeyanos, y, allí venció á los hijos de Pompeyo, tan nulos como su padre:

después de despadazar en Munda, los restos del ejército republicano, regresó á Roma: ya ebrio del vino de la victoria; celebró sus triunfos; fué declarado semidiós; decretó la Dictadura Perpetua; grabó su efigie en las monedas; se vistió de púrpura; instituyó el derecho hereditario, aunque no tenía hijos, reservándose el de adoptar los de los otros: reunió en sí todos los poderes; sin otro partido que el de su ambición, los envileció á todos y los dominó á

todos: monarca, sin querer confesar la monarquía, la ejerció sin freno y sin control, y, bufo, en el fondo de su omnipotencia, para envilecerlo todo, resolvió ennoblecer á Cicerón: el sagitario de la diatriba, fué feliz, de esa resolución, que atestiguaba el desprecio de César por la nobleza, y, no su aprecio por el plebeyo de Arpino;

Durante cuatro años, la victoria siguió á César, por todas partes, como un lebrél de caza: el mundo fué suyo: y la tierra y, el cielo, parecían estrechos, para el despliegue de las alas enormes de sus sueños;

con su corcel enjaezado para partir en guerra contra los Parthos, lo sorprendió la Muerte;

en la embriaguez de sus victorias y de su poder, había creído, que esa República, fundada por Marco Bruto, quinientos años antes, no daría de sí, otro Bruto, para vengarla: ese error, tan común á la insensatez de las tiranías, debía serle fatal;

la República había muerto, pero, aun había republicanos;

POMPEYO

Pompeyo, era una de esas mediocridades, que todo lo deben á la fortuna y nada al mérito; uno de esos hombres cuya prosperidad es un crimen del Destino, y, cuya elevación, es un crimen de los hombres; un favorito de la suerte; uno de esos seres, que tienen necesidad de creer en Dios porque sin él, no se explicarían su exaltación; una de esas injusticias vivas, que el cielo, se encarga de cometer, y la bajeza de los hombres, se encarga de sancionar; mediocridades pomposas y felices, hartas de los favores del acaso, y, menesterosas del aplauso de los hombres, hambrientas de adulación, porque incapaces de levantarse hasta el orgullo, que es la pasión de los grandes, se refugian en la vanidad, que es el orgullo de los pequeños; Pompeyo, afortunado en la guerra, como en todas sus aventuras, tuvo todos los triunfos de un guerrero, para lo cual

le sobró fortuna, pero, no tuvo nunca la talla de un héroe, para lo cual, le faltó, el alma ;

fatal, como todos los hombres mediocres, á quienes la bajeza de una época, da una talla superior á sus aptitudes, este retoño de Sila, del cual había sido el soldado, quiso en su veleidad equívoca, acariciar la democracia, para ponerla al servicio de su ambición, única cosa que tenía superior á su incapacidad ;

no era el hombre grande, pero fué el hombre hábil, para recoger la herencia de Sila, fingiendo dar razón á la sombra de Mario ;

las tiranías, como las revoluciones, hechas por los grandes hombres, no vienen á servir sino á los hombres pequeños ;

y, Pompeyo, era mediano en todo, desde su origen, hasta su ambición ;

no tuvo grande sino su fortuna, que fué su amante ; y, vivió del capricho de ella ;

la adulación, le dió el título de grande, que la posteridad no ha confirmado, opiniendo un veto definitivo, á aquel veredicto del soborno ;

soldado de Sila y Ministro de sus asesinatos, él, había sabido guardar en la crueldad cierta dulzura, que lo hacía pasar por inocente, cuando no era sino la forma refinada de la hipocresía, que es la fuerza de aquellos que no tienen el valor de su delito ;

viniendo directamente de los campamentos de Sila, nadie más apto que él, para recoger la herencia ensangrentada del vencedor de Orcomena ;

la Fortuna, que es la nodriza cariñosa de los mediocres, lo trajo en sus brazos, á la hora precisa en que las últimas convulsiones de las guerras civiles, se retiraban del suelo de la república, y, el cadáver de Sila, volvía la quietud al mundo, ya que no podía volverle la libertad;

él, recogió de esa tumba rodeada de legionarios, el escudo que había sufrido sin mellarse, el asalto de Cheronea, y, los dardos atenienses, y, que sólo la muerte pudo abatir contra la tierra, y, con ese escudo asaltó el Capitolio y, dominó á Roma;

Roma, estaba ya madura para ese despotismo de la mediocridad;

habiendo empezado á denegarse con la libertad, había llegado á ese triste grado de abajamiento, en que lo último que se corrompe es la admiración; y, Roma admiró á Pompeyo;

fatigadas de oprimir la tierra, sus manos se encargaron de hacerse un opresor;

no sabiendo qué hacer de las cadenas de Masinisa, resolvió colgarlas á su propio cuello, y, se encadenó con ellas;

Pompeyo, era, por su mediocridad, el hombre apto para el dominio de una democracia expirante, que había llegado á sentir el horror de la grandeza;

humilde de nacimiento, y, soberbio de carácter; grande de ambición y, pequeño de alma; haciendo pasar su pereza por cordura y, su indolencia por habilidad; llamando prudencia su debilidad, y magnanimidad su cobardía; incapaz de resolver los

conflictos, pero, hábil en aplazarlos ; bastante nulo, para ser popular, y, bastante popular para ser fuerte ; amando la pompa de las cosas, más que el mérito de ellas ; siendo un retórico de la espada, enamorado del ruido y celeso del aplauso ; hábil en disimular, y, en engañar ; sin más designios que los de su ambición, y, sin más ambición que la del Poder ; general afortunado, más que guerrero hábil ; rico de victorias fáciles, é incapaz de cosas difíciles ; no teniendo otros amigos, que aquellos que le atrajo su fortuna, ni otros enemigos que aquellos que le atrajeron sus crueldades ; vivió demasiado, para sostener el prestigio de esa grandeza, y, el día, en que empujado por los acontecimientos rodó en el suelo, no desapareció con él, sino una sombra de grandeza, tan mísera, como la sombra de República que se ocultaba en el Capitolio :

JULIO-CÉSAR

César, era el Genio, Pompeyo, la Fortuna; César, tenía todas las formas de la grandeza, Pompeyo no tenía sino la del éxito; César, era noble, Pompeyo, ennoblecido; Pompeyo, había surgido del pueblo, César hacía remontar su origen á una estirpe de dioses: Pompeyo, siendo un plebeyo, se había puesto al servicio de la aristocracia, y, llegó á representarla; César, noble, se puso al servicio de la democracia y llegó á ser el alma de ella; Pompeyo, fué el amigo de Sila, y, lo sirvió, en su tiranía; César, niño, fué el enemigo del viejo déspota y se hizo desterrar por él: Pompeyo, recogió el escudo de Sila, César el de Mario: en Pompeyo, vivía la vieja alma del Senado, en César un átomo del de los Gracos: Pompeyo, era el pasado, César el porvenir: Pompeyo, era el corazón de Roma, César el corazón de la Humanidad: Pompeyo, lo debía todo á la fortuna, César á su genio; allí donde Pompeyo, había

triunfado por el éxito, César triunfaba por el esfuerzo: en Asia, que fué para Pompeyo un paseo, fué para César, una campaña: allí donde Pompeyo, no tuvo sino escaramuzas felices, César lidió grandes batallas: donde la traición hizo victorioso á Pompeyo, la ciencia militar hizo victorioso á César: allí donde Pompeyo pactó, César combatió: él crucificó los piratas antes que Pompeyo los diezmará; él venció á los Celtiberos, y, á los Britanos, á los Germanos y á los Galos, y, dominó los Iberos, y, dondequiera que puso el pie pudo decir el *veni, vidi, vici*, que en las soledades del Asia conquistada por él, hizo llorar de envidia al fantasma de Alejandro;

César, siendo el primer patricio de Roma, se hace voluntariamente el primer ciudadano de ella;

noble, rechaza el contubernio con la nobleza, y, abraza la causa del pueblo: cónsul, resucita las leyes de los Gracos, y, reparte al pueblo las tierras de Campania: humilla por igual á los caballeros y al Senado: orador, el primer orador de Roma, anada á Dolabella, con el peso de sus arengas, y, eclipsa á Cicerón, humillándolo con el esplendor de su palabra: revolucionario, es, el amigo de Catilina y el defensor de Clodio: hombre de humanidad y de generosidad, alza de su ruina á Cartago, y, hace surgir á Corinto, como una resurrección del alma griega, que era el alma gemela de la suya: quiso hacer de Roma el hogar del mundo, y, no se detuvo, sino cuando después de faltarle tierra para sus conquistas, le faltó la vida, para sus designios:

¿ qué faltó á César? la Virtud ;

nacido en un tiempo en que la Virtud, había ya muerto, ¿ fué culpable de no encontrarla sobre la tierra?

César, como Catilina, no son culpables de haber carecido de virtud, sino de haber nacido en una época que carecía por completo de ella ;

la moralidad de Catón no era sino la tristeza de una alma, que no hallando ya la virtud, para rendirle culto, se dedica á llevar el duelo de ella ;

Catón, no fué el representante de la Virtud, en Roma, fué su panegirista ; no habiendo podido tener el privilegio de ella, tuvo su culto ;

fué el sepulturero de la virtud, que no habiéndola conocido, se dedicó á guardar su sepulcro, con una piedad, que era un orgullo ;

cuando César apareció, ya no había virtud en Roma, y, solo el vicio conservaba todas sus energías ; César, las tomó para sí, y, en él, esos vicios, tuvieron toda la energía de las virtudes antiguas ;

en la Roma corrompida y decadente, el vicio, no podía, sino dar á César un nuevo encanto, y, añadir una nueva seducción á su prestigio ; porque César, fué un hombre hecho todo de seducciones ; por eso las sufrió y las impuso á su turno todas, desde aquellas infames, que deshonran á los hombres, hasta aquellas brillantes, que deslumbran á los pueblos ;

después de seducirlo todo, su memoria, ha acabado por seducir la Historia ;

lo último que su gloria ha corrompido, es, la piedad :

su última conquista ha sido la de la posteridad, que fascinada por su genio, ha acabado por absolver su crimen :

¿ cómo un hombre así, no había de despertar los celos y la envidia de Pompeyo ?

al principio habían sido amigos, por necesidad, no por lealtad, y, esa amistad, había sido más fatal á Roma, que sus odios :

cuando ejercieron el poder juntos ó en unión de Craso, su gobierno no fué sino un pugilato de popularidad, una carrera desenfrenada para obtener el aplauso del pueblo, y, una lucha por conquistarlo :

en esa lucha, ambos habían corrompido el pueblo con las dos formas más bajas de la corrupción : la adulación y el soborno ;

ellos, habían adulado al pueblo, que es la manera más vil de corromperlo ; y, ambos lo habían sobornado por el oro, que es la manera más infame de encadenarlo ;

ambos habían eliminado de las costumbres todo lo que pudiera ser un ejemplo saludable, no sólo para la libertad, sino para la dignidad de los hombres ;

todo fué puesto á precio, bajo el Consulado alternativo ó conjunto de estos dos ambiciosos ;

las magistraturas fueron vendidas, los comicios fueron sobornados ; los más altos cargos del Estado, estuvieron á merced del mejor postor ; todo fué objeto de comercio y de lucro ; y, el alma codiciosa

de Cartago, conquistó á Roma; después de haber sido conquistada por ella ;

al amor de la gloria, que era la esencia del alma romana, sucedió el amor del lucro ; ya no se pensaba en combatir, sino en vivir ; la sed de vencer se había extinguido en los labios de Roma, y, ya no le quedaba sino el gesto de ofrecerlos en un histerismo desesperado, á la ambición del primer centurión, que quisiera ultrajarla con su abrazo ;

descartado Craso, de la política, ya, no quedaban sino César y Pompeyo, disputándose el Poder ;

César, partió para las Galias, buscando nuevas victorias, que añadir á su prestigio ;

Pompeyo, quedó en Roma, forjando nuevas intrigas, que añadir á su poder ;

y, así se preparaban los dos grandes pretorianos, el uno por la gloria, el otro por la intriga á dominar el mundo ;

¿de quién sería la tierra, que se dormía tranquila á la sombra de esas dos espadas, que cruzadas sobre ella, se disputaban su dominio ?

en este duelo de pretorianos, el veredicto de la espada, sería la única sanción de la victoria ;

¿á quién tocaría el cuerpo de esa república moribunda ya apuñaleada por Pompeyo ?

¿cuál de los dos pretorianos enfurecidos, le cortaría primero la cabeza ?

Pompeyo, defendía su presa, como un viejo tigre, sentado sobre ella ;

César, voloteaba sobre ambos, como una águila

hambrienta, pronta á dar cuenta del tigre y, de la presa...

y, Roma, esclava corrompida y, fatalista, esperaba indiferente á aquel que viniera á poseerla ;

¿qué le importaba el nombre del Amo?

sin embargo, hay lugar á creer, que el nombre de César, le hacía latir en secreto el corazón ;

todo, hasta la corrupción, es sensible al prestigio de la gloria ;

en César, la ambición era ardiente, pero sabía calmarla, ora con el uso de la elocuencia que fanatizaba sus legiones y subyugaba los bárbaros, ora con las batallas en que los vencía, y, eran el juego más noble de su espíritu, ora, con el estudio, que era la pasión favorita de su grande alma, ora con el escribir de sus memorias, en las cuales, si el interés enmascaraba la Verdad, siempre era el Genio, quien hacía confidencias á la gloria ;

mientras Pompeyo, pensaba en eliminarlo, él, gobernaba las Galias, y, escribía sus « Comentarios », encargando á su pluma de contar á la posteridad los triunfos de su espada ;

en tanto, lamentando su ausencia, Roma se desangraba bajo el puñal de las facciones, que alentadas por la impunidad, habían llegado al paroxismo ; la violencia reinaba por todas partes y la Libertad, no aparecía por ninguna ; todos querían apoderarse de la ley, nadie quería sufrirla ;

las turbas de Clodio, era todo lo que quedaba del radicalismo, vencido con Catilina :

y, el puñal de los gladiadores de Milón, era todo lo que quedaba de los conservadores vencidos con Cicerón; y, esas facciones, hacían rojo el Tiber, con la sangre de sus asesinatos;

Clodio, era un Catilina sin genio, que no pudiendo conquistar á Roma, se conformaba con ensangrentarla;

Milón, era un Cicerón del puñal, que hacía del asesinato, el mismo uso que el otro, de la elocuencia: venderle al mejor postor;

asesinado Clodio, por los gladiadores de Milón; desterrado éste; muerto Craso en su guerra contra los Partos; vuelto Cicerón de su destierro, más desacreditado que nunca, y, más necio que jamás; no teniendo nada que temer de Catón, que habiendo vuelto de Chipre después de haberlo saqueado, empleaba toda su energía, en repartir al pueblo coles y lechugas, sazonadas con máximas sobre la frugalidad, que su avaricia hacía vehementes, Pompeyo, no tenía á quien temer, en ese naufragio de su popularidad, que arreciaba por minutos; si César no hubiera vivido, Pompeyo habría sido el más feliz de los mortales; pero... César vivía; y, Pompeyo temblaba...

el abismo se ahondaba, cada día más, entre estos dos, candidatos al Imperio;

¿cuál heriría el primero?

Pompeyo, fué el primero en herir;

sin valor para hacerlo frente á frente, se amparó tras de la venerable nulidad de Marcelo, para pedir

al Senado el reemplazo de César : se proscribió su candidatura de los comicios, ensayando en nombre del olvido, lo que no se osaba hacer en nombre del valor ; y, no contentos con despojarlo de sus privilegios y, de su autoridad, Catón lo amenazaba, con acusarlo, obligándolo á la humillación de defenderse ó á la tristeza de morir, condenado por aquellos hombres, que no querían castigar en él, sino su gloria ;

en vano, imploró al Senado por medio de los tribunos del pueblo y, la autoridad consular de Servio Sulpicio, que volviese sobre su acuerdo y, no lo privase de la comandancia que la voluntad del pueblo le habia dado, ó que todos los generales inclusive Pompeyo, fuesen comprendidos en el decreto del Senado, y, dimitiesen también ;

no se le quiso oír, y, se le dió la orden, de licenciar su ejército y, presentarse en Roma :

Pompeyo, era el Amo oculto del Senado, y, era pues Pompeyo, quien desarmaba á César :

el vencedor del mundo, vencido por la intriga, ¿entregaría su espada ante sus enemigos, sin desenvainarla siquiera? ¿qué hombre en quien la virtud no hubiera sido una embriaguez, se habría desarmado así, mansamente, ante las intrigas de un adversario, pronto á anonadarlo ?

sus legiones y sus cohortes, amotinadas, le pedían no abandonarla ; sus amigos de Roma, le escribían no ceder, ante la envidia caduca, y, la dictadura omnipresente de Pompeyo ; los tribunos del pueblo,

vencidos en el Senado y expulsados de él, que habían abandonado á Roma, le conjuraban á venir en su auxilio, es decir, en auxilio del pueblo que ellos representaban y de la ley, que había sido violada en ellos :

entonces, marchó sobre Roma, dispuesto á anondar, el poder que lo desafiaba ;

llegado á la orilla del Rubicón, el *limite sagrado*, que la ley, prohibía pasar á los ejércitos en marcha, alucinado por su ambición, le pareció escuchar el sonido de una flauta, luego el de un clarín, y, vió sus legiones, hasta entonces vacilantes, ante la piedra sagrada, que era como el dios Terminus de la República, atravesar el río, y, llamarlo á grandes gritos desde la orilla opuesta :

entonces, espoleando su caballo, aquel caballo de patas tentaculares, que al decir de los historiadores, tenía dedos, que se adherían á las rocas, como una mano y al cual le había sido profetizado, el Imperio del mundo, para el jinete, que lo montara, atravesó el río, y, llamando á los dioses, — él, que no creía en ellos, — los puso por testigos de su crimen, y, desafiando á su fortuna dijo : *Alea jacta est* ; la palabra de todos los aventureros sin alma, que han franqueado después la frontera indefensa del deber ;

el crimen de César, no estuvo en pasar el Rubicón, para proteger la República, puesto que la República ya no existía sino de nombre ;

su crimen estuvo, en pasarlo para asesinar la libertad, en vez de restaurarla :

si hubiese ido al socorro de ella, pasar el Rubicón, no era un crimen, era un deber ;

no hay ley divina ni humana, que pueda alzarse ante un hombre ó un ejército en marcha para proteger la libertad :

las fronteras de la tiranía, no son nunca sagradas : la ley, que las protege, no es una ley, es un crimen :

la tiranía, no tiene derecho de asilo en ninguna parte, ni aun en la Historia ;

ya en la ribera opuesta, recibió los tribunos del pueblo, Antonio y Cario, que venidos de Roma, llegaron ante él, desgarrándose los vestidos, golpeándose el pecho, implorando con grandes alaridos, que fuese á vengar al pueblo de la ofensa que se le había hecho expulsándolos, y, á castigar al Senado y, á Pompeyo, que habían cometido tan monstruoso crimen ; las cohortes indignadas, pedían á César llevarlas á Roma, para vengar el ultraje hecho á la majestad popular, y librarla de sus enemigos :

César, se lo prometió, y, marchó con ellos contra Pompeyo ;

imposible pintar el desconcierto y el pánico, que la marcha de César, produjo, en el mundo gubernamental de la Urbe ;

Pompeyo, no sabía qué hacer de su ineptitud, y pedía consejos á todos, incapaz de seguir ninguno ;

¿ dónde está tu ejército ? le preguntaba la burla de Volcacio ;

Hiere, con el pie en tierra, para que surjan tus legiones, le decía Favonio... Y, aquel pobre grande hombre, se veía obligado á confesar que no tenía legiones, con qué detener á César... La oligarquía, perdía por minutos su ilusión sobre la grandeza de su jefe... Desvanecido ese miraje ¿qué quedaba de Pompeyo? lo que era : una fatuidad decaída ;

todos giraban desconcertados en torno de esta ruína que empezaba á vacilar ;

Cicerón, no sabía dónde ocultar su miedo yendo á todas partes, con un consejo que no se le pedía, y, dando una opinión, que nadie, ni Pompeyo, quería ya tomar en cuenta ;

Solo Catón, dió consejos de valor, pero, nadie escuchaba á Catón ; todos reían de él ; sus trajes sucios, sus piernas desnudas, sus pies descalzos, sus ademanes diogenescos, hacían reir á los Romanos, tanto como sus máximas, llenas de una ruda candidez ; habían tomado el hábito de aplaudirlo por mofa : Roma, amaba á Catón, como una curiosidad ; por nada del mundo, hubiera querido que se le hiciese mal : era su mono preferido ;

Roma, reía aún de la Virtud ; al entrar más de lleno en la Tiranía, llegaría á odiarla ; los pueblos que apostatan de la Libertad, principian por el olvido ó la burla de la Virtud, y acaban por el odio de ella : llegan á odiarla como un castigo ;

así, Catón, fulminaba, en vano, impaciente de sacrificar una virtud cuya inutilidad le pesaba casi como un remordimiento ; porque la esterilidad, es

el más grande dolor de la virtud, y, es el solo castigo de su orgullo; Roma, moría por falta de virtud, y, Catón, no podía dársela: ¿por qué? porque á fuerza de aislarse en el orgullo de su virtud, Catón, había acabado por no tener otra virtud que la del orgullo: y, el orgullo, en épocas de decadencia, es una virtud sin contagio: frente á la Tiranía, él, basta á salvar un hombre, pero no alcanza á contagiar á un pueblo:

el Senado, caído de la esclavitud en el desprecio, no sabía qué hacer de su incertidumbre, y, se echaba en brazos de Pompeyo, pidiéndole salvar la República, á tiempo que Pompeyo, se echaba en brazos del Senado, pidiéndole salvarlo á él; y, estas dos ruinas se consolaban mutuamente: eran dos miedos, que se abrazaban:

en el duelo de esos dos legionarios disputándose la corona, los dos campos se diseñaron desde el principio, claramente:

la aristocracia, la riqueza, el Senado, todas las formas conservadoras, todo lo que era el pasado, se agruparon miedosas y tumultuosas en torno de Pompeyo:

el pueblo, los restos dispersos del partido de Catilina, el ejército, los legionarios licenciados, los extranjeros, á quienes había hecho ciudadanos, los esclavos, á quienes había hecho libres, los gladiadores á quienes había salvado de la muerte, los Griegos, á quienes había hecho romanos, los Galos, á quienes había hecho senadores; todo lo nuevo, lo

humano, lo que significaba el porvenir, estaba con César :

en esa lucha, Pompeyo, representaba, el genio estrecho y agotado de Roma, que se moría : César, representaba, el genio de la Humanidad, que iba á romper á Roma ;

la ola del pánico, cubrió la tierra toda de Italia : se diría que una inundación de miedo arrasaba el mundo romano ;

Roma, se hizo un campamento de fugitivos, que huían ¿ de qué ? ¿ de quién ? ellos mismos no podrían decirlo : en el pavor del momento, no habrían acertado á decir si estaban allí, para huir á César ó, para aclamarlo :

César avanzaba de triunfo en triunfo del Pin-cenum á la Umbría, á la Etruria y amenazaba á Roma ;

nunca, después de Aníbal, tal viento de pavor había soplado sobre la Ciudad Eterna : se diría que el espanto aullaba entre los intercolumnios del Forum, y, al pie del Capitolio, donde la loba sagrada, miraba huraña, esperando ver aparecer sobre una de sus colinas, aquel que vendría á salvarla, ó á vencerla :

Pompeyo, poseído de una cobardía senil, que deshacía el miraje de sus glorias militares, abandonó á Roma, huyendo en una desbandada que tenía todos los caracteres vergonzosos de la fuga y, el horror de una derrota, y, dejó á Roma abandonada, sin llevar siquiera el tesoro, que dejaba como la

Ciudad, á merced del invasor, del cual huía, poniendo en esquivarlo, tanto empeño como había puesto en provocarlo ;

lamentable espectáculo, aquel de Pompeyo y su partido, fugitivos ante César, desaliando de palabra aquel ante el cual huían, encargando así al ridículo de adornar su cobardía, y amenazando con la muerte... ellos, que apenas podían salvar su vida... Oyéndolos aplaudir á Sila, y, amenazar á Roma, con sus castigos, se creería escuchar la sombra del Dictador, fulminando sobre la Ciudad, vencida : *sermonis menacis, inimicus optimatum, hostis mens proscriptions meros Syllas* ;

fiel á su táctica de aplazar los conflictos, sin resolverlos, Pompeyo, soñaba en refugiarse en las provincias orientales, y, venir desde allí, con un ejército de reyes, contra Roma :

ese plan, que no era siquiera una táctica, sino una insensatez del miedo, debía ser fatal á aquella sombra de Coriolano, perdida en la pequeñez de sus designios ;

Pompeyo, huyendo, lo esperaba todo de la deserción, nada de la victoria : la deserción, no llegó á las filas de César, y, la derrota, si había de llegar, hasta el mismo campo pompeyano, en el terrible sitio de los Cinocéfalos ;

entre tanto, las águilas de César avanzaban de victoria en victoria ; sus ejércitos triunfaban por doquiera ; Fabio Máximo, vencía, en Narbona ; Valerio, en Cerdeña ; Curión, en Sicilia ;

sesenta días, bastaron á César, para someter á Italia :

después de organizar en Roma su Dictadura, con los restos de un Senado esclavo, vendido á la victoria, y del cual, el poder de las circunstancias, apenas alcanza á explicar, la miserable servilidad, César, partió, para el Egipto y, la España ;

iba, según su frase, á combatir un ejército sin general, para volver después sobre Pompeyo, á combatir un general sin ejército ;

la derrota que alcanzó las huestes cesarianas, en Bagnadas con Curión, con Dolabella y con Antonio, en Iliria, esos triunfos fugaces del pompeyismo, que hicieron desertar, por la centésima vez á Cicerón, hecho el adulador de la victoria, no inquietaron á César, que parecía decir á la barca de su Destino, lo que debía decir luego al barquero de Brindisi : « no temas, llevas contigo, á César y, su fortuna ; »

vencedor en España, en una guerra de cuarenta días, en que perdonó un número de enemigos, igual á aquellos que venció, y, no se ocupó sino de licenciar los ejércitos que la derrota le entregaba, César, vino sobre Marsella, la tomó, y, cubierta ya su retaguardia, fué en busca de Pompeyo ;

en tanto Roma, lo había proclamado, Dictador Perpetuo ;

celebró sus triunfos con grandes regocijos, y, actos de clemencia, habituales en él, no como un sentimiento, sino como un cálculo ; porque en César,

como en muchos otros tiranos, la clemencia, no era una Virtud, sino una Política ;

Sin embargo, conservando aún la máscara, democrática, no amnistió á los vencedores de Catilina, como un desagravio á los manes de aquel que le había precedido en la revuelta, y, á quien había abandonado á la hora del peligro ; irritante superchería, de aquel, que negando su mano á Petreyo, que había vencido á Catilina, en el campo de batalla, daba la suya á Cicerón, que había pedido su muerte, y, había asesinado infamemente á sus amigos ; así rehusaba César, su misericordia al valor, y, lo otorgaba á la Adulación ; triste ejemplo del poder de la lisonja, aun sobre aquellos, que pudieran por su gloria, estar por encima de ella :

Pompeyo, después de haber abandonado á Roma, había perdido á los ojos del pueblo, toda forma de legalidad, y, César, habiéndola conquistado, tenía á los ojos de todos, esa única legalidad de las épocas turbadas ; la del Exito ; esa legalidad, que solo la disputan y, la resisten, los grandes hombres, que son por su carácter y su virtud, como los solitarios de su época ; los pueblos la aceptan con el regocijo, que nace de su corrupción, ó la resignación, que viene de su impotencia ;

el mundo, se dividió en dos campos : el Oriente, por Pompeyo, el Occidente por César ;

Pompeyo, tenía de su lado, los reyes, los príncipes, la nobleza, el oro de los aliados romanos ; César, no tenía sino su Genio, y, el favor que le

venía de su leyenda democrática, que le hacía como una aureola, sobre su frente enigmática, cargada con el peso de un inconfesable designio ;

el mundo, estaba habituado á obedecer á Pompeyo, y, aun á admirarlo, porque un largo ejercicio del Poder, abajando el nivel mental de los oprimidos, corrompe fácilmente su admiración, y, termina por hacerse admirar, de aquellos que tienen el hábito de obedecerlo ; cuando la hora de la catástrofe suena, el hombre mediocre se muestra en su verdadera miseria, y, el pueblo, enfurecido contra sí mismo rompe el Idolo, y, le retira su admiración, con su obediencia ; y, ¿qué hace de ambas? las entrega á un nuevo Amo. .

parece condición inmanente de la Libertad, no quedar pura sino en forma de deseo ;

Roma, que como todos los pueblos en decadencia, sentía la vergonzosa necesidad de un amo, se volvió del lado de César, para coronarlo ;

y, la Victoria, vino en auxilio de Roma ;

César, en fin, pasando el Epiro, y, entrando en Tesalia, se avistó con el ejército de Pompeyo, en Farsalia, sobre los campos mismos donde ciento cincuenta años atrás, Roma, había vencido á Grecia, de la cual, el alma helénica de César, parecía ser la última irradiación ;

— ;Por fin! exclamó César, al ver al enemigo ; por fin!...

y, dando á su ejército por divisa : « Venus Victo-
riosa », comprometió el combate ;

el choque fué terrible, en aquel campo cataulónico de la República Romana; el poder del *Pilum*, que hería á los jóvenes Romanos en la cara, decidió de la victoria; los legionarios, hicieron pedazos á los arqueros de las huestes pompeyanas, y, cuando Pompeyo, sorprendido en su tienda por los gritos de los fugitivos, exclamó con un furor senil: *¡Cómo! hasta en mi propio campo!* ya no tuvo tiempo sino de arrojar las insignias del mando, montar á caballo, y, escapar, por la puerta Decumana: César, llegaba; y, con César, el fin de la República Romana;

Pompeyo, fué á morir, en las playas de Egipto, bajo la espada de un retórico de Tolomeo coronando así, con una muerte obscura, una vida, cuyo resplandor había sido la más abyecta complicidad de la irónica demencia de los cielos y los hombres;

César, no se detenía en gozar de sus victorias, como Aníbal. César, se apresuraba á aprovecharlas; y, persiguió á Pompeyo hasta Alejandría:

la espada de Septimio, atravesando su rival, le entregó el Imperio del mundo;

los apologistas de César, dicen que lloró al saber la muerte de Pompeyo:

¡tal vez! ¿no lloró Nerón, al firmar una sentencia de muerte?

lo último que muere en el Tirano, es, el cómico, que reside en él:

César, aprovechó su permanencia en Egipto, para seducir ó dejarse seducir de Cleopatra, y, ponerla,

sobre su lecho y sobre el trono; así, tuvo él, una nueva querida y Roma, una nueva aliada;

una campaña, que fué un paseo, por el Asia Menor, le bastó para vencer al Rey del Ponto, destronar al último de los Macabeos, y, coronar al primer Antipater;

vuelto á Roma, no le quedaba nada grande, qué hacer por la victoria, y, se ocupó en hacer todo contra la Libertad;

en ese desierto de almas, que es una Tiranía, el Silencio, se había hecho;

el Silencio! que es el homenaje del Miedo á la Tiranía; la Abdicación de la Palabra; la más grave de todas las abdicaciones;

la pasión de la palabra, que parecía haber sido el alma de esa época, trágica y sonora, que fué, el fin de la República Romana, esa época de Catilina, de Clodio, de César, de Cicerón y aun de Pompeyo, que también cultivaba la Elocuencia, como una arma de su prestigio, esa pasión que era como la vida y, la atmósfera de esa época, había pasado; el Silencio lo llenaba todo; Roma, se había hecho muda ante César; parecía que la elocuencia hubiese muerto con la República, y, la espada de Farsalia, le hubiese cortado la lengua...

no :

la Elocuencia, no había muerto : Cicerón, vivía, para deshonrarla;

en medio de ese silencio, Cicerón, hizo el monopolio de la abyección hablada; él, que había aguzado

los puñales contra César, diciendo, que «el asesinato de César, simplificaría muchas cosas»; era ahora el cantor ditirámico de la clemencia del Dictador; su Oración *Pro Marcellus*, llevó la lisonja á ese grado, en que la desnudez de su bajeza, hace enrojecer el rostro no de aquel que la tributa, sino de aquel que la recibe...

la gloria de César despide un resplandor tan grande, que la sombra de su delito no alcanza á ocultarlo;

es necesario sacudir la fascinación de esa gloria; ya que no ha sido posible á muchos negarle la admiración, que sea al menos permitido á los hombres honrados negarle su aplauso:

que la Historia no sea culpable de haber aplaudido el crimen, después que otros han admirado al criminal:

el contagio de esa admiración, deshonra á la Historia y á los historiadores; ya que no puede vengar la libertad, la Historia, no puede aplaudir su vencimiento, ni menos regocijarse de él, absolviendo siquiera, sea, con su silencio, al vencedor:

¿en nombre de qué pretende rehabilitarse á César?

¿en nombre del genio?

el genio, que sirve para explicar el triunfo, no sirve para excusar el crimen:

disculpar el crimen por el genio, eso sería deshonorar la Historia, por amor á la paradoja:

rehabilitar el despotismo, es tarea de esclavos,

porque en el despotismo, no hay noble sino los odios que inspira, y, no hay otra virtud sino aquella que lo elimina ;

la grandeza de un criminal, no quita nada á la enormidad del crimen, antes la aumenta ;

las intemperancias del elogio, no pueden conquistar las conciencias honradas, para los aventureros de genio, que no se distinguen de los criminales vulgares sino en las proporciones dadas á su delito, por la complicidad cobarde de las adulaciones ;

la probidad de la Historia, no soporta esos ultrajes á su criterio moral, ni puede abandonarse á esas cobardías que la deshonan ; ella, no solo niega al Crimen su aquiescencia, sino que le niega su alma, ella, tiene el deber de emanciparse de esas admiraciones, que viviendo por el fondo de corrupción, que hay en el corazón del hombre, perduran en la humanidad por el contagio de ese mismo vicio, que se extiende hasta la posteridad, como el virus de un mal vergonzoso que corrompe y degrada el espíritu humano ;

la gloria de César, es de esas glorias que es necesario herir, aunque para herirlas, haya que cerrar los ojos, por temor de ser deslumbrado por ellas :

ese fulgor del genio, que brillando en los ojos de Mario vencido, desarmó el brazo del esclavo, designado para matarlo, no alcanza á desarmar la Historia, á no ser que el historiador sea un esclavo de la admiración, puesto al servicio del Crimen ;

frente á la gloria de César, es necesario apresurarse á degollarla, para no tener la debilidad de perdonarla; encolerizarse con ella, por temor de enternecerse ante ella, y, abrazarse ciegamente á la justicia, para no ser desarmado por la admiración:

amar más la libertad que la gloria, es la sola fuerza posible para odiar á Julio César, ese hombre que cortejó tanto la democracia, sin llegar á amarla, que no la sirvió sino para explotarla, y, que traicionando la libertad, traicionó su propio genio, que era el único digno de salvarla;

reaccionando contra esa gloria, probaremos, que si esa tiranía, no nos seduce, no hay ninguna sobre la tierra, que pueda seducirnos; y, que colocados como Bruto, entre César y la Libertad, optamos por la libertad, y, condenamos á César. no pudiendo ya ejecutarlo; y, lo entregamos al brazo armado de la Justicia histórica, esa gran tiranicida, encargada de vengar los pueblos que no saben vengarse y, castigar la audacia de aquellos hombres, que la cobardía de los otros deja impune; y, así probaremos, que al escribir la Historia, no puede sobornarnos nada, ni aun el Genio;

en presencia de Julio César, como en presencia de todos los tiranos, es necesario, que los historiadores, no asalariados por el éxito, y, no corrompidos por la gloria, hagan con su pluma, lo que Bruto, hizo con su puñal, mostrando así, que si por veredicto de la vida, no les fué dado el honor de

llegar á tiempo al Senado de Roma, para ayudar á la obra de Bruto, al pie de la estatua de Pompeyo, si les fué dado llegar á tiempo al pie de la estatua de la Justicia, para aplaudirla.

la orgía, en que se desarrolló el genio de César, no añade nada á su magnificencia, como no disminuye nada á su tiranía la absurda pretensión de creerla necesaria;

¿hay un solo despotismo en la Historia, que no se haya dicho, necesario á la salud del pueblo?

¿cuál es el tirano, que no se haya proclamado, indispensable al orden y, á la Salvación de la patria?

esa vocinglería asalariada y, esos gestos enfáticos, que alcanzan á engañar á los esclavos, no pueden seducir los hombres libres; ellos quedan fieles á la Verdad, adscritos al partido de la Libertad, que no admite nunca las tiranías necesarias, y, las condena como un crimen:

el crimen de la tiranía, no ha sido nunca necesario al mundo, ni lo será;

la Tiranía, no salva nada, y todo lo destruye;

no es el crimen, de haber hecho la guerra, el que se culpa en César: él, no hizo la guerra, la aceptó;

su crimen, no es, haber asesinado la República que estaba muerta ya, por la tiranía de los nobles, y, la dictadura de Pompeyo: su crimen es no haberla restaurado;

el crimen de César, no es haber destruído la libertad en Roma, puesto que ya no existía, sino no haberla dado al pueblo, que confiaba en su victoria,

y, haberla asesinado, cuando se refugió á la sombra de su espada ;

ése fué su crimen, y, por ese crimen mereció la muerte ;

el alma humana, tiene la pasión de la Justicia y, por eso, lo que más la indigna, en la Tiranía, no es su Iniquidad, sino su Impunidad, esa irritante Impunidad, que viene, no del valor de los tiranos, sino de la cobardía de los pueblos ;

por eso, los hombres libres, se regocijan del asesinato de César, y, lo aplauden ; los esclavos, la lloran todavía, y, como los libertos de Nerón, esperan que vuelva entre ellos, y, se entretienen en coronar todos los advenedizos victoriosos, creyendo ver en ellos, la sombra augusta de César ;

MARCO DÉCIMO BRUTO

MARCO DÉCIMO BRUTO;

¿cómo pasar sin detenerse, ante esta gran figura, tan llena de prestigios y, de enigmas, la más alta, la más noble, en la culminación de los tiempos, que aparece así, sobre el promontorio escueto de las edades, en la confluencia de dos mundos históricos, dominando con su ruda inmensidad, los horizontes todos de la Historia?

el lenguaje de la Admiración, rara vez, se ha empleado en objetos dignos de ella, y, por eso, como un triunfo de la Ironía, sobre la bajeza admiratriz, se vé el objeto ensalzado plegarse bajo el elogio, derrumbarse, abrumado por los arabescos bizantinos de la Retórica, pesada de servilidad;

pero hay figuras como esta de Marco Décimo Bruto, de tal manera enormes, tan rectamente orientadas hacia la Gloria, y, prolongadas hacia el Mundo Invisible del Ideal, que la palabra de la Admiración,

necesita alas para alcanzarlas, y, no va sobre ellas, sino hacia ellas, como una flecha, deseosa de tocarlas, y, perderse en la luz de su Inmortalidad;

en el silencio sagrado de las edades, sobre esa playa ya sin gritos del Pasado, donde se rompen sin rumores, las olas del mar de lo Infinito, esta figura de Marco Bruto, se muestra en su adusta enigmaticidad, como uno de esos colosos de granito, pletóricos de Misterio y Majestad, que el arte anónimo de los pueblos faraonitas, alzó en la linde del desierto, ó á las orillas de los grandes ríos, para dominar la soledad con su grandeza, ó ver con sus pétreas pupilas sin emociones, el desfile eterno de las olas, que van hacia el mar: como los hombres, y, los pueblos, hacia la Muerte:

ese taciturno y divino Marco Bruto, por la conciencia, por la consistencia, por la trascendencia de su virtud, hace de ella, uno como imperecedero, acre y, exótico perfume, que llena el mundo; ¿desde cuál lejana y deífica selva, ese cinamomo de la Inmortalidad, nos manda su alma embalsamada? de esa sagrada selva del Sacrificio Humano donde, ya no entra el hombre, sino hecho dios;

dos Símbolos, igualmente augustos, se alzan en los confines del mundo antiguo á la hora de su derrumbamiento: el puñal de Bruto, que mató á César, — y, la cruz, del manso decidior de parábolas semitas, que acabó el Imperio de los Césares;

¿de qué árbol, cortaron ese madero, que puesto en cruz, fué como la raíz, pivotal del mundo nuevo?

¿de cual venazón oculta de la tierra, rica en fibrosidades divinas, salió ese acero inapelable, que por sobre las montañas de los siglos acumulados, brilla, como otra estrella de los Magos, diciendo al mundo esclavo : *surge, illuminare quia venit lumen tuum?*

¡gestos estériles, ambos gestos! el puñal y la cruz, nada pudieron; tras de la sombra de Bruto, se alzó, el Imperio Conquistador, tras de la cruz del Galileo, el Vicariato Dominador; la Libertad no surgió de estos dos grandes gestos de Venganza y de Martirio, pero esa esterilidad, no quita nada á la divinidad de su actitud; el Esenio, martirizado, fué hecho dios, envuelto en una adoración hecha del poder de la Leyenda; Bruto, obscurecido, espera aún su reinado, envuelto en su soledad inabordable, en el arca inhabitada, de la Leyenda del Espanto; el Visionario analfabeto de Nazareth, triunfó, porque el paganismo desaparecia de sobre la faz de la tierra; Bruto, es todavía, un Vencido, porque el Cesarismo, vive é impera, omnipotente sobre el mundo; si un día llega, en que la Libertad impere absoluta sobre la tierra, ese día, será el reinado de Bruto, y, los hombres lo adorarán, pero, como pueden adorar los hombres libres : declarándolo el primero de los hombres, es decir, colocándolo por encima del último de los dioses;

la aparición vivificante de Bruto, en la confluencia obscura de los tiempos, no tiene del Milagro, porque no hay Milagro, sino ignorancia, pero, tiene del Prodigio, porque el Prodigio, es la brusca é

instantánea Revelación de las grandes fuerzas ocultas que el Destino tiene en sus manos, y, de las cuales, sírvese á veces, para prenderlas como faros, sobre las costas brumosas, en la tormenta equinoccial de la Vida, como la demostración de un principio existente de Superioridad, en esta forma vital, hormigueante de pasiones, que es, el Hombre;

la teoría del Super-Hombre, es una vieja teoría prehomérica, sentida por los hombres, siglos y siglos antes de que ciertos filósofos descerebrados de hoy, pusiesen su precioso arcaísmo en circulación; el Super-Hombre, en su divina forma de superioridad, excepcionalidad, y, eternidad, está todo, en Marco Décimo Bruto; la virtúología trascendental de su vida lo hizo el primero; la bajeza ingénita de los hombres, llena de oscuros sincretismos en fermentación, lo ha hecho : el Único; después de él, principia la teoría vulgar del Heroísmo; la Hierolatría, es un culto de vasallos; la Brutofobia, es una pasión de eunucos; en la obra abyecta y, melancólica, de los odiadores de la *gloria verdadera*, el odio á Bruto, es el primer deber; en el ritual palatino, la detractación de Bruto, es, un dogma de antecámara; las bocas, aun cerradas, de los lacayos, como las puertas aldabonadas de los palacios, todas gritan contra él, ó se premunen de él; pero, su sombra, su augusta sombra vengadora, es llamada á grandes gritos, por el clamor de la Humanidad; ella aparecerá un día sobre la tierra, hecha legión, y con ella, la Libertad; por ahora, es, la hora de César,

de todos los Césares y, los hombres, ahogados bajo las rosas venenosas de la esclavitud, duermen, perseguidos por la obsesión de Bruto, odiándolo, y, sin embargo, protegidos por el divino amor de su puñal;

la naturaleza de Marco Bruto, naturaleza sin ímpetus, hecha toda de excepción, de reflexión, de abnegación, no está dentro del torbellino de la Vida, sino encima de ella, como un sol; si esa palabra sin sentido, llamada, lo *sobrenatural*, pudiera aplicarse fuera del Absurdo, ninguna otra, mejor que ella, para definir esa alma de elección, tan ajena á las pasiones pequeñas y, á los sentimientos que les son alícuotos; alma de excelsitud, llena de pensamientos dignos de un dios, tal como los creadores de esa especie de mitos, los forjan, llenos de perfección; su gesto no fué, como el de Milón, ó el de Clodio, el de un mecánico del puñal, pronto á hacer de Roma, un laboratorio de sus venganzas; no, él era una alma pura, un estoico, abrevado en la fuente de las quimeras con que la filosofía espiritualista de Platón y y de Sócrates, habían nutrido el alma del mundo antiguo, por eso, puso su pensamiento muy alto, por cima de los hombres, para no ir sino á la Idea; no era á Julio César, á quien hería; era á la Tiranía, encarnada en él; el hombre, no entraba para nada en sus designios, sino el crimen, aquel cobarde crimen inconfesado, que el hombre llevaba en su corazón; su sueño, no era el de una Venganza Humana, era el de una Justicia Divina; y con el

alma y, el pensamiento fijos en la santidad de su Misión, puso un pie en lo Invisible y, el otro en lo Eterno, y... ¿se precipitó? no : ascendió á la Inmortalidad; su Justicia, no fué un salto de Leucades; su Justicia fué un Thabor; nada perecedero, nada interesado, nada vil, buscaba su puñal en las entrañas de César; no buscaba sino el Crimen : que César viviera, eso importaba á Marco Décimo Bruto, como hombre ; César, lo amaba como un hijo ; gozaba en acariciarlo como tal ; ¿ no había dado orden de ahorrar su vida, en el vértigo de la batalla de Farsalia? después de su victoria, ¿ no había hecho todo lo humano por atraerlo á su partido, sincerándose ante él, del Crimen de aspirar al Imperio? ; le había dado el Gobierno de la Galia Cisalpina, y, lo había nombrado Pretor, defraudando la ambición de Casio, y, atrayéndose su odio, que debía serle fatal; cuando había hecho instituir el Poder Hereditario, había pensado en Bruto, nombrándolo *in petto* su heredero; la Historia, que como toda cosa de hombres, tiene odio á la *verdad verdadera*, y, ama la Leyenda, porque es la forma afortunada de la Mentira histórica, hase dado á propalar que Bruto, era hijo de César;

Cronología, fiel hermana de la Verdad, ven, y, díles, que, cuando Bruto nació, César, tenía quince años, y, no podía, físicamente, ser su padre, que aquella palabra de agonía, que hace estremecer las entrañas de la Historia, aquel *tu quoque FILI MI*, tan doloroso y tan profundo se refería, á una paternidad hiperbólica, exclusivamente espiritual, que su cora-

zón daba á Bruto á quien amaba tan tiernamente, como si fuese su hijo, porque sabido es que Servilia, madre de Bruto y, hermana de Catón, fué la más grande y más duradera pasión de Julio César, ese corrompido y tornadizo hombre de amores; cariño paternal tan grande, era el de César, que había adoptado á Bruto en su testamento y, lo nombraba el heredero de su Poder; quitad el alma noble á Bruto, dejad morir á César, en su lecho, ó desaparecer en esa guerra de los Parthos, que iba á emprender, y, Octavio, os sería ignorado; el llamado siglo de Augusto, no viviría con ese nombre en la Historia:

Desde luego, afirmarse puede como cierto, que el ser hijo de César, no habría detenido el puñal de Bruto, en su camino; era de raza de tiranicidas y de justicieros, hechos á herir el corazón de la Iniquidad, y, su propio corazón; por su madre, venía de aquel Servilius Ahala, que en los comienzos de Roma, había matado con su puñal, á un Tribuno turbulento, para librar al pueblo de su tiranía; y, por raza paterna, ¿su abuelo, no había condenado á muerte y hecho ejecutar su propios hijos, como cómplices del crimen de haber querido restaurar la Monarquía? no busquéis en nombre de la Naturaleza, las fibras sentimentales en aquel ser de perfección; no se las dió el Destino, porque poner no quiso en su corazón, fuente ninguna de pequeñez, ni apocamiento; ninguna pasión vulgar, fué pasión suya;

independiente de todo dogma de servilismo, y, de

toda Ética convencional y reticente, ¿ registráis en la Historia, un gesto más *personalmente desinteresado*, y, por ende más puro, que aquel de Marco Décimo Bruto, matando á Julio César, para salvar la Libertad? un Bruto, fundó la República, y, el último Bruto, la vengó, ya que no pudo resucitarla; ¿ no os parece ver en eso un gesto equitativo y visible, de ese algo, obscuro y formidable, que es el secreto de las tinieblas, y, que se llama: el Destino?; ¿ no os parece esa figura de Marco Bruto, la más digna de dominar con su impenetrable grandeza, el torbellino huracanado de los siglos?;

la dinastía de César, como toda cosa mala y vulgar, se hace común; la dinastía de Bruto, como toda cosa de selección y, escogimiento, se hace rara; ¿ por qué? porque con ser la Ambición, pasión tan grande y avasalladora en el corazón del hombre, una hay que le es superior en intensidad, que lo ahoga y, lo domina todo, en su débil corazón: el Miedo;

el cesarismo se ha hecho una Religión, y, Bruto, queda un Apóstol, sin prosélitos; ¿ por qué? porque el crimen de César, es humano, está más cerca de la chusma y, la vileza, es, la emboscada silenciosa y, letal, donde se duerme el rebaño, ansioso de ser castrado; y ¿ el otro? el otro, es, la cima; la ascensión hasta él fatiga todo lo que no sea alas de águila, ó fuerte pezuña de león; no hay familiaridad posible con esta gloria; nadie se acerca al rayo;... el cesarismo, queda siendo siempre un vicio de los hom-

bres; la Justicia, queda siendo, una virtud de los dioses; toda madera es buena para hacer un César, y, la más vil, es la mejor; pero, no toda arcilla, es la divina arcilla, para hacer, el Hombre Superior, dominador de la Muerte y, del Destino; he ahí, porqué un César, es algo, archivulgar y fétido, que se vé todos los días, en los estercoleros de la política, en tanto que, un Marco Bruto, es, algo extraordinario, excepcional, y, suprahumano, que no se da sino en la pureza inmaculada de las altas montañas del Ideal, colindantes con el difuso Infinito: ese es el Mesías verdadero, el Mensajero de los dioses, enviado por ellos, y, que no aparece sino de tiempo en tiempo, para alumbrar con el rayo de su puñal, las tinieblas del porvenir, y, mostrar á los siglos degradados, que aun existe la raza de los hombres sobre la tierra:

los pueblos, continúan siendo pródigos de ese vicio, llamado César; y, los cielos continúan en ser avaros, de ese tesoro, llamado Bruto; dadme un Bruto, todos los días, en el mecanismo abstruso de la política, y, el cesarismo, habría muerto, en el vientre de la Iniquidad, que es su madre; el limo miserable de que está hecho el hombre, no es la levadura del Prodigio, y, por eso, la antigua y augusta forma de Virtud, que se llamó, Marco Décimo Bruto, no aparece todos los días, sobre la soledad moral del mundo, en ese vasto Imperio de la Servidumbre, batido por el oleaje salobre de las lágrimas del Hombre;

la admiración al César: ¿qué lacayo, no la tiene en el fondo de su alma, domesticada, menesterosa? la admiración á Bruto; ese es el distintivo de almas de excepción, las almas superiores, exquisitas y libres, llenas de la concepción perfecta de la Libertad:

¿quién podrá levantar nunca el alma de un esclavo, hasta la admiración á Bruto? sería alzarlo de súbito hasta la Redención, suprema, ilimitada: ¿no moriría de un vértigo de luz? la Naturaleza, sabia, hizo el Sol lejos de los hombres, para no arderles las pupilas; así con ciertos resplandores de la Virtud, que surgen violentamente, de lo Eterno: ... es necesario educar los ojos del alma, para su contemplación; así, con la gloria de Bruto, abriéndose paso con su puñal, á través de las épocas, arrodilladas, y, por entre la aglomeración de los siglos de la Historia;

ante esa gloria, única, cargada de Enigma y de Silencio, no quedan, sino dos actitudes: insultarla ó adorarla; ¿sois almas de esclavos? insultadla; es, la única manera que tenéis de no envilecerla; ¿sois hombres libres? adoradla; inclinad ante ella la cabeza, ya que un Hombre Libre, no debía nunca las rodillas;

.

ANTONIO

ANTONIO, era el centurión más desvergonzado y más vulgar de todos los pretorianos de Roma: manchado por todos los vicios, su disolución asiática, no fué igualada, sino cuando con el andar del tiempo, Calígula y Heliogábalo subieron sobre el trono; era bufón como Sila, y, ebrio como él; depravado y sanguinario, el amante de Cleopatra, creía llegada la hora de subir sobre el trono, y, reinar sobre la tierra; ¿no tenía bastantes vicios para ello? su burda ambición, no lo engañaba; era bastante infame y bastante vil para merecer el Imperio, en esa hora aciaga, en que la República había muerto: cuando una democracia ha desaparecido, toca á la brutalidad el imperio de los acontecimientos: allí donde la libertad ha muerto, es al vicio, al que toca dominar:

nadie más digno de la púrpura que Antonio :
ningún vicio le faltaba :

la suerte lo dispuso de otro modo : y, la batalla de
Actium, libró al mundo, del dominio de este hombre,
tan digno de ser su Amo.

ÍNDICE

PÁGINAS POLÍTICAS

Vox clamavit.	1
Per inania regna	11
Verso la vita	18
Ecce Deus.	22
Cristo rojo	29
Fatal exodus	35
El apóstol.	42
La inexorable ola	47
La cólera sagrada.	51
Inexorable dilema.	57
El alma de la raza	69
La sangre de la hidra.	92
El gesto del sembrador	99
La sombra de Walcker	113
Jingoísmo filibustero	120
Veritas Via	130
Ex ungue leonem.	147

PÁGINAS HISTÓRICAS

De la historia y de los historiadores	153
Pirro.	187
Aníbal Barca.	191

Tiberio Sempronio Graco	205
Sulpicio Rufo.	223
Cayo Graco.	227
Cayo-Mario	241
Cina	245
Sila.	249
Espartaco	253
Lucio Sergio Catilina.	259
Marco Tulio Cicerón	271
Catón.	281
Pompeyo	287
Julio-César	291
Marco Décimo Bruto	315
Antonio.	325





